

"Esta dimensión original del pecado no podía tener un contrapeso adecuado más que en la actitud opuesta: Amor Dei usque ad contemptum sui. Amor de Dios hasta el desprecio de sí mismo"

Contracorriente

*"Te alabo, Padre, Señor del cielo y de la tierra,
por haber ocultado estas cosas a los sabios y a los prudentes
y haberlas revelado a los pequeños" ...porque te da la gana...*

Es la única manera enérgica de nadar, virilmente, varonilmente, tozudamente... Requiere mayor esfuerzo, más energías, mayores fuerzas; pero sobre todo mayor voluntad, que es el asiento firme de todos los querer.

¡Oh pecesito flojo! Pecesito mío que te dejas llevar por la mansedumbre de las aguas: Cómo se te desprenden las escamas y se te hacen blandas las agallas...

O se nada contracorriente, o se forma parte de la mediocridad más burda y degradante.

***Dios no es muy importante;
Ni siquiera importante...***

¿Mantener la conclusión de la frase para la última página, colocarla en el medio, o escribir ahora mismo la respuesta...?

Hay contestaciones que se despliegan en una larga explicación, otras muy cortas; hay lectores que sienten enorme fruición en ir desdibujando las respuestas página tras otra; otros prefieren conocer el todo y entretenerlo con cada frase. ¿Qué crees...? Una vez que elijamos, habremos desperdiciado otras posibilidades.

Dios es un intruso, mete las narices donde no le llaman. Es injusto.

La única injusticia sería que Dios no existiera, que no hubiera trascendencia, que todo fuera a mi medida y como yo determino que debería ser. Soy soberbio. Soy Dios. Él a mi imagen y semejanza: chiquitico, impotente, torcido. Ése Dios así, coincido contigo, no sirve. Al llamarle injusto ya le quitamos, porque no puede ser Dios e injusto al mismo tiempo.

Dios no es muy importante, ni siquiera importante... Dios es lo único importante.

«Convenceos, y suscitad en los demás el convencimiento, de que los cristianos hemos de navegar contra corriente. No os dejéis llevar por falsas ilusiones. Pensadlo bien: contra corriente anduvo Jesús, contra corriente fueron Pedro y los otros primeros, y cuantos —a lo largo de los siglos— han querido ser constantes discípulos del Maestro. Tened, pues, la firme persuasión de que no es la doctrina de Jesús la que se debe adaptar a los tiempos, sino que son los tiempos los que han de abrirse a la luz del Salvador» Escrivá de Balaguer, *Carta 28-III-1973*, n. 4..

Demuéstralo

Teófilo de Antioquía. Un tipo interesante. *"Si tú me dices: 'muéstrame a tu Dios', yo te diré a mi vez: 'muéstrame tú al hombre que hay en ti', y yo te mostraré a mi Dios. Muéstrame, por tanto, si los ojos de tu mente ven, y si oyen los oídos de tu corazón... Ven a Dios los que son capaces de mirarlo, porque tienen abiertos los ojos del espíritu. Porque todo el mundo tiene ojos, pero algunos los tienen oscurecidos y no ven la luz del sol. Y no porque los ciegos no vean ha de decirse que el sol ha dejado de lucir, sino que esto hay que atribuírselo a sí mismos y a sus propios ojos."*

Si te lo tengo que demostrar, si me lo exiges por la cerrazón de tu corazón, ya no vale la pena. Se puede ser versado y tonto. La mejor prueba es satanáas: "un pobre diablo".

Que lo demuestre. Tu frase huele a, es, desafío. ¿Conversar, escuchar; o sencillamente exponer luego tú, por sentenciar? ¿Cederías, si te lo llegasen a demostrar, hasta cambiar tu vida? ¿En qué consistiría, para ti, la convincente prueba, si ya has levantado una enorme pared, si hay un enorme "no" que aflora incontenible en el brillo de tus ojos, en el rojo o en la palidez de tus mejillas según se vaya apoderando de ti la impotencia, la ira o la rabia?

El único modo en que verás es si te quedas ciego. Oirías si te quedases sordo. Ciego a ti mismo, sordo a ti mismo. Sólo se abrirá tu pecho si destrozas ese caparazón de podredumbre en que te aprisionas a ti mismo. Para volar hay que abarrancarse el fango que nos traba las alas.

Hay una piscina en Siloé para que te laves no solo los ojos, sino para que te zambullas. Ahí se caen las escamas de la vista, y se hace blanda la coraza hasta desmenuzarse.

Tienes un hombre todo encorvado, de agrietadas carnes y rictus en los labios. Eres racionalista, lo sepas o no lo sepas. Racionalista tonto. Ciego que no deja guiarse. Yerras, porque te acompañas solamente de ti mimo. Cefas tuvo que hacerse Piedra, Saulo tuvo que dejar a Pablo tirado al borde del camino. Dios tiene un nombre para ti, después que hagas añicos el que ostentas. Pero siendo tú mismo serás tú mismo: viejo, abandonado, con telarañas en el alma. No te lo podría demostrar. Se trata de creerlo y echar a andar, no hacia donde vas: en dirección opuesta. Encontrarás la luz cuando ya no veas lo que veías, cuando no oigas lo que oías, cuando no seas más aquél que eras. Para eso necesitarás coraje y mucha audacia. No puedo darlo; pero alguien puede, si te humillas y lo pides porque lo quieres muy de veras.

¿Sabes la ventaja que tiene ellos, los católicos?: tienen a Pedro. Pedro que rompió a llorar, y no reniega ya; que se ensoberbeció y alardeó; y ahora escucha, y está atento, y se humilla --iimprescindible!--, y obedece, y enseña, guía, señala, y se despoja. Otros, que se apoderan de sí mismos, o tienen el potingue del Marxismo en sus cabezas, ¿querrían de veras aprender? Cuando suplican que se lo muestren, ¿escucharían razones? Abrevan en los charcos: la piscina es clara y de fulgores. No si buscan afuera: la verdad irrumpe adentro. Antes de ir ver a Pedro a la Jerusalén, tendrán que derribarse, ellos a ellos mismos, para ir donde Ananías, o él a ellos.

Un infinito número de infinitesimales conforman un infinitesimal. Un infinito número de finitos no logran repletar un infinito. Axioma: 1. *m. Proposición tan clara y evidente que se admite sin necesidad de demostración.* 2. *m. Mat. Cada uno de los principios fundamentales e indemostrables sobre los que se construye una teoría.* ¿Cómo quieres, amigo, que te demuestre eso? Son principios primeros. Si hubiera otros anteriores, los emplearía. Te empecinas, siempre y sin sentido, en exigir lo que no puede darse. Son, están, se enraízan y crecen. Verdades tan claras, evidentes, que se yerguen renuentes a todo manoseo aberrante. Son estacas clavadas en la tierra, firmes, inamovibles. Sólo que vas a rechazar tierra y estaca: porque, ¡vuelvo a la noria!, se te han dado ojos para que no las veas aunque con ellas tropieces y te caigas; oídos para que no las oigas aunque bramen, no vaya a ser que te conviertas y vivas.

Evidencia, dijo John Stuart hace muchos, gastados lustros, es aquello ante lo cual la mente debe inclinarse. Acaso no lo hagas, cuesta doblarse ante lo majestuoso por sencillo, dura la cerviz para asombrarse. Y como te empeñas en alzar borrascosas, embravecidas y feroces aguas --pretendes arrastrarme--, no me dejas otra alternativa, lo acepto con regocijado empeño, que ir contracorriente.

Y si lo haces, y si lo logras, sólo un favor: no te lo quedes. Ve por la vida contando ése, tu cuento.

"Así lo entiendo yo..."

"Representation is that by which the intellect understands and not that which is understood".

Que así lo entiendas no significa necesariamente que sea como te lo representas.

"Yo Soy El Que Soy". Y a partir de Él, cada cosa creada es lo que Él quiso que fuera, independientemente de ti, y de tu relación con esa cosa, y sin contar contigo. Ya lo sentenciaba aquel poeta amigo:

*"El ojo que ves no es
Ojo porque tú lo veas
Es ojo porque te ve".*

Hemos soberbiamente perdido la capacidad de asombro. Al no tener, se nos arrebató aquello que teníamos: ese maravilloso don, esa capacidad de acercarnos con humildad a nuestro entorno, obsequio brotado de la intimidad del Dios, de su entraña misma. Es burda altanería el proclamar *mi verdad* como verdad: la sirvo en mi bandeja mía; y a los demás sólo les queda renunciar a las suyas, los cientos de millones que por ahí circulan, y abrazar la que yo expongo con toda la vehemencia de mi flaco ser. Dijo bien el que expresó que el miedo de algunos teólogos es que los hagan Papas, porque perderían su infalibilidad.

Aplastar la pobre y miserable doxa. Hincar tú y yo la rodilla, y sin titubeos torpes, con bríos, enterrar hondo la soberbia, sin miedo de agotar la verdad. Sin Dios no hay absoluto, y todo queda relativo al relativo, también ese concepto mismo. Sin la velocidad de la luz como absoluto, ¿relativo a qué todo lo demás? Relativo a lo que es relativo suena a tontería.

"Me llamáis Maestro y Señor y decís bien, lo soy." Tiene que haberlo, un señor, y un maestro, y discípulos muchos, en todo. Puedes, perfectamente, levantar la mano en la clase de Matemáticas, o de Física, y decirle al profesor: *"Lo siento. Disiento. Mi opinión muy particular es que..."* ". No te aconsejaría rebatir la tesis del universo cuántico mientras no pueda sustituirlo el tuyo nuevo: ¿alguna hipótesis del por qué los objetos cambian de color al calentarse, o de los cuantos de luz?

Hay una palabra maravillosa, descubierta hace mucho pero de poco uso. Es una palabra sonora, fulgurante, que se apaga o brilla más al pronunciarse: humildad. Si buscásemos en el diccionario, en el de la existencia misma, tras definirla, presentaría como su antónimo el vocablo simplezas. O se es humilde, o se es simple, simplemente tonto. Recuerdo aquel libro de Estrategia Naval: al abrirlo, la primera oración rezaba: "*El genio militar raras veces ocurre en la historia*". Era toda una lección, pauta y guía para toda una vida: no creemos que seas tan brillante, haz lo que aquí te vamos a decir.

Es nuestra elección. Ir aprendiendo, escuchando, asombrándonos, indagando, agotando la verdad hasta sus heces –o discurseando, regando las veredas de opiniones muy nuestras, y muy sin mucho fundamento. Lástima si no se entiende.

De catedrales y anarco-comunismo

“...Salen de sus celdas. Se dan la mano, sonríen. Les leen la sentencia, les sujetan las manos por la espalda con esposas, les ciñen los brazos al cuerpo con una faja de cuero y les ponen una mortaja blanca como la túnica de los catecúmenos cristianos. Abajo está la concurrencia, sentada en hilera de sillas delante del cadalso como en un teatro... Firmeza en el rostro de Fischer, plegaria en el de Spies, orgullo en el del Parsons, Engel hace un chiste a propósito de su capucha, Spies grita: “la voz que vais a sofocar será más poderosa en el futuro que cuantas palabras pudiera yo decir ahora». Les bajan las capuchas, luego una seña, un ruido, la trampa cede, los cuatro cuerpos caen y se balancean en una danza espantable...”. Así narraba Martí para el diario La Nación de Buenos Aires la ejecución de los anarquistas en Chicago a fines del siglo XIX, suceso que dio lugar a la conmemoración del 1 de mayo como día del trabajo en muchos países, no en Estados Unidos ni en Canadá. Mientras el poeta cubano plasmaba su narración, todavía sonaba el grito de Louis Lingg, desde la celda donde se suicidó; había sido el quinto condenado a muerte: “No, no es por un crimen por lo que nos condenan a muerte, es por lo que aquí se ha dicho en todos los tonos: nos condenan a muerte por la anarquía, y puesto que se nos condena por nuestros principios, yo grito bien fuerte: ¡soy anarquista! Los desprecio, desprecio su orden, sus leyes, su fuerza, su autoridad. ¡Ahórquenme!”.

Desde el anarquista al poeta cubano, hasta las calles que se inundan de consignas y reivindicaciones, resuena el momento del Génesis en que Dios abre ante su criatura la hermosa tarea del domeñar la tierra. El trabajo se presenta ante el hombre como reto, como conquista, como el camino para hacer de este mundo el lugar donde erija la preciosa tarea que es el vivir.

La Iglesia instituyó el primero de mayo como la fiesta de San José Obrero, el varón justo y sencillo que mostrara a su hijo Dios la hermosura e hidalguía del trabajo acabado, bien hecho, de servicio santificador. Allí, en el silencio de su escondida vida, en su taller de artesanías, forjó el Cristo, al cuidado de José, el temple heroico de aquel camino con destino de Cruz.

Hay una preciosa historia que por encima de los versos del poeta, del grito blasfemo del anarquista, muestra la sencilla y grandiosa finalidad del trabajo humano. Caminaba el anciano sus asombros entre los obreros que trabajaban en la construcción de la que sería una enorme iglesia. Le pregunta, al primero que encuentra, qué hacía. Sudoroso, molesto, le responde el obrero disgustado que si no le era obvio que estaba picando piedras. Encuentra a un segundo no lejos, y a la misma pregunta responde éste que estaba ganando el sustento de su familia. Un tercero, dejando a su lado su enorme mandarria entre una montaña de rocas destrozadas, le mira a los ojos y le contesta entre orgulloso y sonriente: "Estoy construyendo una catedral".

Sembrar de petrificadas oraciones, de fábricas, de universidades y de escuelas, de anchurosos surcos en los campos, como egregias torres a la dignidad del hombre por todos los senderos de la tierra, es el grandioso fin del trabajo de cada intelectual, de cada campesino, de cada obrero. Benditos surcos que llenan de sudores el rubio trigo, la prieta uva, que son el tributo del hombre al Dios aquél que en sexto día de la creación, primero Él, plantó un jardín en el oriente; y en medio, majestuoso y eterno, el árbol de la vida.

Déjalo ser Dios.

"La casualidad no es más que la ignorancia de una causalidad compleja"

¿Por qué tacharle su existencia? ¡Te yergues solo en tu soberbia! Tú, la cúspide del mundo. ¡Existes tú! y nada más es, fuera de la piedra de tu corazón y la ceguera de tu alma. Quebrada la verdad, atrincherado en la irracionalidad, te me vuelves un tonto, mi pobre amigo. ¿Agnóstico?: al afirmar que nada puede afirmarse, ¡afirmas! ¿Relativista? e incluyes en tu aseveración la relatividad de tu solemne sentenciar. Opinas, y sonrías los griegos, despreciativos de la doxa, del cotarro su orondo discernimiento. Y al alejarte, perdido en la insensatez de tu altivez, sepultas, borras, los escasos senderos que llevan a la luz cuando se cruza el bosque entre luciérnagas.

¡Vaya insolencia! Te hizo y le deshaces, te ama y le desprecias; le exiges, en vez de suplicarle; le insultas, y dices que no existe; te vuelves con fiereza al otro que en él cree. Vas, al hacerlo, talando los verdos; y quedas atrapado en soledades del páramo en el medio, repleto de tristezas, atiborrado de absurdos disparates, abandonado a tus miserias. ¡Suprimes al que es la recompensa!

No hace lo que tú harías si fueras Él, ¡el que no existe y que te tomas tan en serio! A qué enanas estaturas le reduces al darle tus consejos; cómo le encojes al estrujarle para que quepa entre tus manos. Un Dios injusto; qué absurda contradicción de términos. ¡Qué se muestre!, retas; te es fortuna que no llegue a complacerte... Exiges para otros sus señales, sabiendo que no habrá tales; buscando suprimirles los accesos, hundiéndoles contigo, ciego de ciegos; abriendo abismos en que otros --envidia entrelazada de vilezas!-- se sumerjan contigo.

No está, Él, en tu horizonte limitado, y no le encuentras. Y dices que no hay nada más allá de tus cercados. ¿Crees, de veras, que no hay nada más allá del truncado pedazo de tus simplezas? Si te mueves, si avanzas, verás que hay algo del otro lado de tus narices; pero entonces desaparecerá un pedazo que dejas a tus espaldas. Y si enlazaras los limitados horizontes de los mortales todos, amplios y dilatados, los de todos los que son y los que han sido, habría todavía algo más del otro lado de los montes, más allá de la aguas, allende de los cielos, cuando se muevan sus paisajes.

No sabrás quién fue el que lo quiso; pero ese horizonte en que te afirmas, alguien lo ha colocado en el puntito que le es la tierra al universo. ¿No has visto como ella, danzarina de azures, da vueltas en torno de sí misma, millares de espacios en cada hora? Su cintura, coqueta, cimbra ocasos y auroras ante el rebelde sol que la provoca; enamorada y loca hiende los espacios en órbita de lujos, año tras año.

En infinito espiral de vivacidades jactanciosas, el sol esgrime lanza, y se arroja y la arrastra: quiere, seducido cruzar, como lo hace ella, a millares de fantasiosas velocidades: setecientos noventa y dos mil kilómetros por hora en torno a la Galaxia. Ella, la nuestra vía Láctea, mujer al fin, con su espiral barrada, no le cede en arrestos, y enredando tierra y sol en sus vértigos corre al rescate de la Andrómeda a quien ha vislumbrado, cubierta su desnudez en joyas, a una celeste roca por rigor de Cefeo encadenada. Se acercan ambas a trescientos mil kilómetros por segundo, todo en apuros, que cinco mil ochocientos sesenta millones de años ahora las separan. ¡Allá va desbocado tu horizonte!

Ese universo, donde tu planeta se pierde entre exorbitantes órbitas, regido por leyes eternas y un orden preciso ¡es solamente la no vida! ¿Y el precioso desarrollo de la vida?: ¿el santuario de un vientre que la engendra, que hilvana el ojo y la piel humana, el intelecto, la ambición y el sueño... en qué horizonte tuyo es que la encierras? ¿Donde destrozas la semilla que se hace árbol glorioso, la crisálida que se hace mariposa, la abeja que vierte mieles...? De tu piel para adentro, en insondable viaje hasta el mismo centro de tu existir, se extiende lo más hermoso del hombre y la mujer: un universo de bondades y de sueños, un mundo alado, de pasión, del hincharse del corazón enamorado: ahí es que se anida el coraje del héroe, al pensamiento enorme, y el pronunciar del sabio.

Todo aquel universo de soles, nebulosas, astros, luces y agujeros negros, no es sino el paisaje al palpar del hombre. Es en el alma, más allá de tu ser roñoso, mutilado, donde crecen poemas que rezuman ahogos y ternezas; allí es donde alcanzan la luna los niños con sus manos, y el fuego se enrosca entre el coral del hierro. En la esencia del ser es que hay lutos que empañan los celajes, amargores, duelos, cerrazones, sombras, estampidos de rayos, luceros que prenden sus antojos de los aires, y pájaros extraños que estrellan sus plumajes en la espuma buscando devorar al pez alado. Más allá de tu encallada barca, y de sus grietas, aunque no las veas, las reniegues, vibran y existen virilidades que se alzan, cobardías repletas de vergüenzas; hay balas que arrancan, a pedazos, entrañas; fragor de guerras, añoranzas de paz; y un Dios que vela, que sabe de desesperaciones y abatimientos, alucinaciones y esperanzas del hombre y la mujer que colocó en el huerto con sueños de mañanas ¡Se escapan de la helada rigidez en que te cercas, anudas, atas, y te cercenas!

¡Te amo tanto, tanto me dueles! ¡Cuánto quisiera traspasarte el ánimo porque entendieras lo único que hay para entender! ¡Cuánto no haría porque destrozando los limitados moldes en que te encierras, te asomaras al universo, amplio, que se abre desde tu superficial

epidermis hacia el interno! ¡Hay trascendencia! Allí te espera desde las eternidades, no hay otro lugar en que le puedas encontrar, ése que niegas. Déjalo ser, en ti y en esos otros. Esto es muy serio, es jugártelo todo, con dados que el destino ha cargado, ¡a una sola apuesta!

¡Permítele existir! Concédele, al hacerlo, que le crezca al inocente niño la luz en sus pestañas, que se divierta con la divinidad, y duerma en rezos sus agotadas travesuras al beso de la madre que aparta pesadillas y pone muñecos de peluches en sus almohadas. Deja que el pobre amarre sus harapos y dolores a su Dios, ¡no se lo taches!; que se esconda entre las llagas del que viene de Edom, de Bosra con sus vestiduras teñidas de sangre. Permite que el moribundo empape sus angustias en el anhelo de una divinidad amable que le aguarda más allá de sus dolores, cercano, donde no hay sedes ni carencias. Él te soporta tu insolencia y deja que el malvado exista esperando que una noche de vigiliass se arrepienta; permite que tú le niegues, que te burles y rías hasta saciarte. Él redime tu mofa, y te perdona, y te espera al borde del camino, a la sombra cuajada de sus misericordias. Deja, pobre indigente mío, que el sueño germine; y el verso sea.

¡Me dices que no ves nada más allá de tu agriado horizonte! ¿No ves cómo se mueve cuando te mueves? Vuela contigo en los espacios con el sol acibillado de lunares, bordeado de asteroides, de luces viejas, de estrellas que se apagan... hasta que te estrelles, en el lugar común de la tragedia humana, donde aguarda la amada de Perseo. ¿No crees que acaso haya habido alguien –idéjalo ser!–, alguno de gigantesco brazo, que algún día lanzara, de peñascos enormes, del infinito hacia el inmenso la pedrada? ¿Casualidad en estallidos, o la ignorancia de una causalidad compleja, complicada?

¿Qué te he hecho...?

Me cuentan que me arrancas de tus edificios, de tus escuelas; y más aún, de tus adentros. ¿Es cierto, hijo? Algo grave tengo que haberte hecho, algún insulto, algún desaire. Debo haberte escupido, golpeado, vomitado. Otros me dicen que no es nada personal, que se trata sencillamente de la separación de la Iglesia y del Estado; y no lo entiendo. Es decir, ¿es la separación del Estado... y de Dios? Yo soy Dios, no soy "Iglesia". Y cuando nos separan, ¿tú, dónde te colocas? ¿De qué lado te pones? ¿O es que brincas de un lugar al otro? Me preocupo porque debo ser un Dios malo -ivalga contradicción!--, y tú muy bueno, y muy bueno el Estado; porque si no ¿por qué tendríamos que separarnos? ¿Te importuno tanto que no resistes mi presencia? ¿En ningún sitio? ¿Es porque no existo o, porque existiendo te molesto?

Yo no me he movido, no puedo moverme; soy por naturaleza inamovible. Te apartas tú. Eres tú quien te alejas. Me angustio porque te amo. Me duelen tus espaldas que es lo único que veo; y sé que tiene que haber algún motivo, grave, muy grave, que sobrepase el haberte creado, y consentido, y regalado este universo hermoso que ya habitas. No quepo, y me expulsas, de este paraíso; y pones a la puerta un ángel con espada que me prohíba todo regreso.

Me cuentan que me arrancas de edificios y escuelas; y más aún, de tu alma; de todo lo que, acaso, más que tuyo sea mío; que me abuchear. ¿Es cierto, hijo? Te pido poco: que me lo cuentes, que me digas de mi pecado, para pedir perdón; yo a ti, ¿por qué no, si he pecado contra el cielo y contra ti? Dime, te lo suplico, pueblo mío, ¿qué te he hecho yo? ¿En qué te he contristado? ¡Respóndeme!... Pero si no pudieras responderme, si en nada hubiera yo pecado, entonces, Saulo, por qué es que me persigues?

Hombre y mujer los creó

*“Tiemblo por mi país cuando reflexiono que Dios es justo;
y que su justicia no duerme para siempre”*
Thomas Jefferson.

No homínidos. Creados de un tirón. Iba la tierra brotando cual flor enorme entre las crispadas aguas. Despliega el Dios la arrolladora creación, haciendo irrumpir entre sus manos portentos y milagros que llegan a maravillar a sus mismos ojos asombrados. ¡Era todo tan bueno! Formidable emergía a la vista de aquel Dios la salvaje pujanza de su obra: crecían verdores y dorados, los irisados caracoles, palmeras, dinosaurios, la diamantina cueva, bisontes, las revoltosas brisas, los centelleantes suelos; la nieve como estela de fríos que derrama albos entre osos enormes, en ella camuflados; peñas y rocas en que reposa sus sueños el lagarto. Detiene de pronto su entusiasmo, se revuelve en sí mismo, medita, duda, porque le falta algo... Se dobla sobre el suelo y toma polvo, y lo hace barro, juega a esculturas: hace un muñeco que no le gusta, lo tira a un lado; intenta otro un poco más rosado. Éste le gusta; pero está seco, inmóvil, agrietado. Sopla sus aires y le forma pulmones, lo sacude y le grita pero no oye... ¡Y se despierta! Y lo coloca a la sombra del flamboyán enorme, y le frota las piernas... ¡Ya corre! ¡Ya se encarama y grita y palmorea! ¡Ya está el hombre en la tierra! Le abraza Dios en contenturas: ¡es lo mejor que ha hecho!; en sus espaldas le palmorea con entusiasmo tal que le despeña; y si no es porque se apresura a rescatarlo hubiera tenido que hacer otro segundo Adán, que le coloca nombre. Se sienta Dios y le contempla: no le ha quedado mal; pero le lee soledades en sus ojos, morriñas mañaneras, insomnios de ansiedades, porque está solo. Y Dios le inventa compañera. Eva. ¡Creced! ¡Multiplicaos! Repletan de retoños los confines de la tierra. Quiero muchos otros Adanes, y multitud de Evas. Complementará ella lo que al varón le falta. Le dará él, a ella, de sus dones. Varón y hembra los creó. Adán muy hombre, Eva muy Eva. Él de rugidos, ella de flores. Él todo Adán, y ella toda Eva. La hembra para el varón. Para el varón la hembra. Es el único modo. La única manera. Sencillos como palomas, no les puso dobleces, no les puso rencores; y sin flojeras.

Le habló la serpiente. ¡Sí! ¡Que hablaron la burra de Balaam, y la serpiente! —el lobo no; el lobo siempre aulló—. Tampoco necesitó de traductores la cobra artera que entonces, y hasta Babel, se hablaba todo en una sola lengua. Le dijo que podían ser dioses. Inventadas la envidia y la ambición, la mujer le creyó; lo quiso la mujer y lo aceptó el hombre, lo hizo suyo, porque los devoraba su soberbia. Y Dios se

fue de sus paisajes. Quedaron solos ellos, sus hijos, los hijos de sus hijos. Las serpientes todas, siguieron repitiendo el mismo cuento. Otros Adanes, chiquiticos, y otras Evas, pizpiretas, cruzaron los caminos de sus tatarabuelos, hasta que el truco se hizo viejo. Ya nadie le creía a la serpiente, porque nadie, nunca se había vuelto un dios así de grande, o un dios así pequeño.

Se enroscó la sierpe en un cedro, y meditó, y meditó, y meditaba, y se exprimió el cerebro, de astucias lleno. ¡Ya lo tenía! –me lo conto una amiga, de las que saben de eso--, y le facilitó su treta el que Eva se paseaba descuidada de ropas como en los idos tiempos, y le agradaban todavía las manzanas.

- “¡Serás como es el hombre!”

La agarró de nuevo; ahora con más fuerzas, ahora que ya no era, o no quería ser, lo que ella era.

Todo se fue al traste. Surgieron los tubos y probetas donde entubaban fetos. No hacía falta el lecho. Y las virilidades, disecadas, colgaban por los techos. Y si el lecho se usaba, se agarraban los fetos con unas tijeras largas, y se arrancaban. Todo se hizo triste, todo se hizo mustio. Se inventó la madre sin el padre, el padre sin la madre. Las casas de más cercas, se fueron achicando los hogares: no había muchos niños, ni tías, ni había abuelas. En cambio se ensanchaban las ciudades, chupópteros exagerados. En ellas trabajaban todos febrilmente, todos revueltos; sin que quién era quién ya se supiera: se vestían iguales, se trataban iguales, se entrelazaban todos igualmente. Un día, unos pocos hombres y mujeres se vistieron de negro, con unas togas largas y unos rostros serios. Sin impudicia decretaron que se acaban los sexos, que no hacía falta el respeto, ni el honor, ni la flor, ni el requiebro, ni el vientre fecundado con veneración y pasional ternura por el esposo enamorado. Todo sería igual, de igual rasero. Y dieron con una maza grande sobre la enorme mesa de un tribunal que llamaron supremo. Era decreto.

Afuera se llenaban de humos y de luces las calles y avenidas; se asfaltaron, aplastando la hierba que cuando llovía ya no olía a mojada. Los humos, tantos, nos tapaban el cielo cuando era de día; las luces, tantas, en las noches, no dejaban un hueco a las estrellas: no había firmamento, no se veía; con él, el Dios se fue alejando, desaparecido prescribiendo. Y la serpiente dormitaba; ya no se necesitaban sus esfuerzos: no había huertos; no había ningún árbol del bien y del mal: estaba enjuto, extenuado; quedaba sólo el de la ciencia, alto, alto, muy alto, sublime, gigantesco. El hombre ¿mujer? ¡Era ya dios!... un dios retorcido, extrañado. Seco, inmóvil, agrietado, era un dios muerto. ¡Ni homínidos siquiera!, que en ellos el macho es macho y

la hembra es hembra, queda un abstruso tribunal de togas negras, la vida acuchillada, decretando decretos.

Tiemblo.

Hechos a mano

*"Cuando bendiga mis comidas, ¿a quién nombraré?
Cuando cada noche descanse de la vida ¿a quién le daré gracias?"*
Hörderlin

Bordados preciosamente por una mano prodigiosa. Formados antes de que el mar arrojara arenas por las playas; mucho antes de que las pléyades se fugaran en atropello a través de los cielos, temblorosas, por temor a que Orión las cubrirá de flechas y pudiera herir a una de las siete ruborosas cabrillas, de las más jóvenes joyas que adornan nuestro firmamento, el nuestro, donde fuimos colocados con un sentido, con un fin, con una vocación. Fuimos queridos. No somos el producto ciego de la fatalidad. No puede serlo. Ni la no vida puede producir vida, ni de lo inferior puede forjarse ni formarse lo superior, ni ningún materialismo, por muy dialéctico que sea --¿es ello una virtud?—pude dejar a una ciencia del mañana, acaso futurista de gimnásticos pasos e irreverentes bofetadas, probar lo que ellos no han hecho. No es el hombre un animal racional, sino un ente, dotado de razón y de animalidades --tampoco es el vegetal una piedra que respira, ni el animal un cedro con movimientos--: puras pamplinas. Yo soy esencia y existencia, las dos en una, al hermoso unísono del ser creados, que la una no puede destrabarse de la otra. No he heredado nada, no he saltado, no me ha dado nadie lo que no tiene, de ninguna antigualla he adquirido nada. Trasciendo. Sé que soy y existo y sé que sé, y yo quiero dar gracias cada noche, por mi mujer, y por los nietos de mis nietos, y nombrar al que los hizo y me hizo. Lo exige mi intelectualidad, lo vibra mi organismo, lo dicta este realismo que no acepta el asquear del bodrio que sirvan a los cerdos.

Si no te encuentras en este mudo como en tu casa, amigo mío, si no estás a tus anchas, es porque te has arrastrado a creer ser, en el mejor de los casos, un pensador --si piensas-- o un simple técnico que maneja complejas boberías --puntualizaría Heidegger, y adjetivo yo, la triste alternativa-- . Eres más que eso, infinitamente superior. Tu firma es el arte, tu límite los cielos; tu alma, bordada a mano, necesita, radicalmente grita, por alguien a quien nombres cuando bendigas tus comidas, , y le reconozcas creador y señor, y padre bueno y justiciero; a quien le digas igracias! cuando todo se haga negroses, y solo, con tu almohada, te enfrentes a ti mismo, a la realidad de este hoy que te preguntarás si has salvado; en el que has redimido, conquistado, o vuelto un montón de vulgaridades. O te

arrodillas, lloras, suspiras -iy es entonces que te empinas!--, o te agostas absurdamente hasta que mueras.

Elogio del dictador.

*"He jurado ante el altar de Dios hostilidad eterna
contra toda forma de tiranía sobre la mente del hombre"*

Thomas Jefferson

¡Muerte al tirano! ¡Bendito el magnicidio que lo borra de la faz de la tierra! "¿Del tirano? ----diría Martí— *Del tirano di todo, idi más!; y clava con furia de mano esclava sobre su oprobio al tirano*". Maldito el trozo de la tierra que le vio nacer, maldito el brazo que le dé su apoyo y su sustento. Del tirano el trono se le asienta sobre montaña de fríos huesos, cadáveres enderezados, vivientes hombre muertos, que más que el cuerpo sojuzga frentes y almas. De pérfidas traiciones, de envidias y delaciones se consolida todo totalitarismo. Infelices aquellos que, esclavizados a sus pasiones viles, desenfrenados sus instintos como puercos, asquerosos aduladores del de turno, le erigen al opresor su imperio. Irredento espinazo que se dobla. Gloriosa la martiana mano que con furia, el oprobio del tirano sin escrúpulos clava sin ningún recato.

Hierven sangre, piel, y aliento, cuando se llama dictador al despótico, satánico tirano. El tirano es tirano, tirano entero, de cabeza a los pies. ¡No es la dictadura su baldón! Al averno se le llama infierno; al demonio, Luzbel; sin cubrirle las pieles y maldades con eufemismos tiernos. Se denigra al dictador, y el tirano se revuelve de gozo, cuando no se toma al toro por los tarros. El tirano es tirano, no dictador, ini que ocho cuernos!

Nervioso tomo la llave que abre los portones de la Roma eterna, en la que todos los regímenes se consolidaron o nacieron, para que asome la figura enorme, egregia, del dictador, a quien la patria necesitada llama; en cuyas manos firmes y heroicas coloca, como un arado santo, sus sagrados destinos, de redención el angustioso ruego.

¿Dónde extravía las historia sus crónicas preciosas? ¿Qué desalmado le arranca sus humildes, escanciadas victorias al prócer que encarama en sus hombros el peso de la patria angustiada, sufrida, de salvación sedienta, la yergue, la redime, la alza en vilo y con ella avanza, y se retira luego...

Lucio Quincio Cincinato fue arquetipo aventajado. Bucólica su vocación, este romano, ilustre entre todos los ilustres, dejaba transcurrir sus días entre valles, por Ceres en fecunda abundancia

bendecidos, su férreo puño apretando el apero. El surco era su hombría, su orgullo los sembrados; y nada más quería sino el generoso sudor que le empapaba, al recoger los rubios granos. Atrás había quedado la política; que no necesitaba Lucio de ajedreces complicados, ni de civilidades estruendosas. Para él el trino de las aves, el frescor de las aguas entretejidas de los ríos, valían más que los oros y triunfos que en la Roma capitalina, en puja recia eran, para los otros, meta y destino.

A la muerte de Publio Valero le llamó el senado. Fue cónsul suplente a su pedido, y al término volvió al arado. Transcurrieron dos años, y los ecuos y volscos a Roma amenazaron. Cincinato de nuevo fue requerido. Del campo le arrancaron para nombrarle dictador. Destrozar al invasor le tomó dieciséis días. No quiso honores, despreció todo título, y volvió a roturar los surcos, libre en sus campos. Habían transcurrido cuatro lustros cuando a Lucius, de ochenta y dos años, de nuevo lo reclamaron dictatoriales fueros. Salvada luego Roma, volvía de nuevo el prócer a su terruño amado.

Ochenta y cinco dictadores hubo hasta Silas, que éste no cuenta. Lucio Cornelio Silas tomó a Roma por la fuerza, se proclamó a sí mismo dictador, y se volvió un tirano. Aun así renunció pocos años después, despidió a su guardia personal, se declaró dispuesto a responder de sus acciones. Nadie le emplazó, y se marchó a su casa.

Si a cada cónsul le acompañaban 12 lictores, al dictador le requería veinticuatro! En sus manos todo el poder por pocos meses; no más de seis decía la ley. Muchos se iban aún antes del famélico término. ¡¿Cómo atreverse a llamarle dictador al cruel tirano?!

Odia, Dios, el odio. Odia los odios del tirano. Odia el retorcerse de serviles espaldas al opresor, al que lame sus botas, al que lacayo se le inclina, y no incendia del tirano sus ominosas bardas. No quiere el Cristo tener nada con él cuando dice de Herodes: —*Vayan y díganle a esa zorra que hoy y mañana estaré expulsando demonios y curando a los enfermos, y que el tercer día ya habré terminado*—. Habré terminado, sin que cuente él. Y con el dedo acusatorio le señala: por sus vilezas le conoceréis. No puede el olivo dar, sino de olivo ramas, espinos los espinos, y el cardo a la fuerza cardos. No puede el déspota parir hombrías. Satánico padre de mentiras arroja vómitos y sangres, y su asquerosa baba de verdugo provoca arqueadas, regurgitaciones, náuseas. No te tememos: *"Dile a tu amo que en César sólo manda César"*. ¡Entiéndelo, tirano!

Hay tanto tiranuelo, pequeño, retorcido, por los campos todos de la tierra; aferrado al poder todos los días de su tiempo, esclavizador que trepa sobre su propio pueblo, que para arrancarle la banda presidencial que el mismo se coloca hay que arrancarle el pecho. ¿Por qué no osan llamarlo por su nombre, ustedes, hacedores de miedos? No hay paralelos. No hay confusiones. El tirano sojuzga, el dictador rescata. Aquél se nombra, al otro es la patria quien lo llama. El uno usurpa, el otro redime y salva. El dictador acepta contra su voluntad el mandato con finura de alma; el tirano, burdo, y grosero se encumbra, trepa con uñas y con dientes, miente engaña, tortura mata, y se aferra, y hay que echarle a patadas. ¿No conoces, tú, a ninguno?

No hay enfermedades, sino enfermos, cuentan los sabios; tampoco hay en política un régimen para todas las tallas, ni es la democracia panacea universal. *Todo tiene su momento oportuno; hay un tiempo para todo lo que se hace bajo el cielo --sentencia el Eclesiastés--, un tiempo para amar, y un tiempo para odiar; un tiempo para la guerra, y un tiempo para la paz.* Un tiempo para la república en paz; y otro para el peligrar de la nación, y para defenderla; para la guerra, y para la dictadura noble y temporalmente necesaria. Para el aborrecimiento del tirano existe todo el tiempo.

Los años y el olvido, retorcido el vocablo, le habrán quebrado al dictador sus fascas, denostado el águila imperial, manchado la simbología de su magistratura, arrancado el Magíster equitum de su costado; pero nunca el pundonor de aquel soldado que tantas veces rescató el suelo natal al ser llamado. Nunca podrán arrebatarle el loor de haber a sus surcos vuelto, los honores por siempre renunciados -- que le estorbaban-- cuando la redención hubiera terminado.

Hundido al surco el hierro del arado, de trabajosos, isudorosos cultivos!, es su ambición noble y gozosa. Esa es su vocación, la tierra; es a la república a quien venera, es ante ella que se inclina con respeto, y somete su espada. Para él la patria es templo sacrificial donde se ofrece como víctima propicia. Sangre, a borbotones... ¡del enemigo! Atravesados quedan éstos en sus cuernos como aspas. Escarlata el filo de su espada, al invasor traspasa el airado garfio de sus bríos. Nunca, ¡excelso!, se mancharon sus manos con la sangre de sus propios hermanos; jamás esclavizó al de su propia raza. Al pueblo se le sirve; ante él se arrodilla el dictador; por él ataca, y lucha y vence. La única corona que fulge, pura, en su frente, es el beso agradecido de la patria.

De duelos y deshonestidades

"¡Ay de ustedes...hipócritas, que parecen sepulcros blanqueados: hermosos por fuera, pero por dentro llenos de huesos de muertos y de podredumbre!... por fuera justos delante de los hombres, por dentro llenos de hipocresía y de iniquidad." Mateo.

¡No hay, ya, duelos! Temprano en la mañana, la bruma envolviendo los adustos padrinos y testigos, rotundos los carruajes, impacientes corceles en la solemnidad del paisaje brusco y agreste, se presagiaba muerte. No es tal. Aquel combate entre dos caballeros, sólo los que se consideraban como tales y luchaban por su honor se envolvían en él, era a primera sangre. No era el matar el objetivo, sino la necesaria satisfacción que restauraba el honor perdido. Por siglos fue legal y aplaudido. Ya no. Han pasado aquellos tiempos en que el contrato escrito era añadidura porque estaba envuelta la palabra. Honor y respeto andaban por todos los senderos, mancomunados en las almas. Es triste que la razón para que se haya apagado el silbido de una bala o el entrecruzar de aceros, sea que a la honorabilidad y la caballerosidad las haya apuñalado la plebe por la espalda.

De Charle Peguy, a trozos, una cita larga y necesaria: *"...Una tradición que procede desde lo más profundo de la raza, una historia, un absoluto, un honor, querían que esa pata de la silla estuviera bien hecha. Cada pata de la silla, aunque no estuviera a la vista, era tan perfecta como la que se veía. Todos los honores convergían en aquel honor. La decencia y la finura del lenguaje. Aquel respeto al hogar. Un sentido del respeto, de todos los respetos, del ser mismo del respeto. Todo era ritmo y ceremonia desde la luz de la aurora. Todo era tradición y enseñanza. Todo era elevación interior, y una oración toda la jornada, el sueño y la vigilia, el trabajo y el escaso reposo, el lecho y la mesa, la sopa y la carne, la casa y el jardín, la puerta y la calle, el corral y el umbral, y el plato sobre la mesa."*

Ya no. La mediocridad, vulgar, grosera, se ha entronizado, manda, doblega, impone su corrupción en tiranía abominable. Insaciable y fachosa, ante la cual cualquier cobarde concesión exige más. Su vaho se extiende como lava; su ordinariez obscena ha desgarrado, itenía que hacerlo!, a la estética misma: esculturas, pinturas, literatura y prensa, chorrean lo grotesco.

La deshonestidad de la Intelligentsia falsea, miente, se acomoda, retuerce cifras y la verdad para que respondan a lo que un liberalismo extremo quiere imponernos. Marx, mentiroso, plagiador, atorrante, ha sido aventajado por una plaga de ideólogos que imponen sus asunciones como credos. Las visiones intelectuales y sociales de los "ungidos" no tienen otro escaño que lo que Thomas Sowell llama el virtuosismo verbal de los argumentos sin argumentos. Afirman su vacuidad en falta de probidad y enorme desprecio a los demás. Enuncian su torcida visión, y es reglamento. '*El hombre nació libre y en todas partes está encadenado.*' es himno y es bandera desde Rousseau. La riqueza se distribuye, no se crea; el gobierno parasitariamente enorme, es la quimera. Y al que se oponga a sus prejuicios y estereotipos populistas, no importa cuán grandes e irrefutables las verdades con que se les resista, con impudicia culpable y ruin, ausente el argumento, es retrógrado, obcecado, reaccionario. Deshonestidad moral, libertinaje, *elección*, desenfreno. Desterrado un Dios incómodo y molesto, yo soy mi dios complaciente, mimoso, halagador, ronco y marrullero, que afirma que estatuto es aquello que quiero; y exige tolerancia a cada vicio que insatisfecho demanda más... y cuya esclavitud --ino importa!-- se enrosca y tiraniza.

Deshonestidad de un mayoritario cúmulo de prensa que no ofrece noticia, adoctrina, distorsiona, contamina. Un señor, un grupo poderoso, recluta subordinados dóciles y les da la receta, les labra su camino y todos, extraña coincidencia, opinan como él opina. Escasas disensiones, un curioso coro entona melodías iguales; al unísono embisten, igual informan, en rasero de iguales igualdades que armonizan. Poco el consumo de tiempo y de dinero: oír a uno es escucharlo a todos. Aquel grave periodista de tiempos viejos explicaba lo que le habían enseñado y pedían de ellos: comentarios ninguno, se dan noticias. Pobre ancianito.

Deshonestidad en el gobierno. Al pueblo no se le sirve; se le extorsiona, se le compra, se le domeña: peana a la dominación más absoluta, se oculta, se engaña, se desdeña. Deshonestidad del pobre que no pesca, fabrica ni cultiva. Deshonestidad del rico que engorda su avaricia, que esquilma, que erige foráneos paraísos donde entierra impuestos, y sepulta caridades en preciosos y blanqueados mausoleos de altruismo. Unos y otros idénticamente deshonestos. La misma complicidad felina. Todos aunados, el cielo clama, a ser lanzados a la igualitaria mazmorra de fuegos y de infiernos.

Estas crisis mundiales son crisis de héroes y de santos, diría mi amigo. De honor y de respeto es ser el que se es, radicalmente: el cura, cura;

la monja, monja; el rabino, rabino; el hombre, hombre; la mujer, mujer; el niño, niño. Se necesita del israelita sin doblez, de la voz que clame en el desierto, del cruzado que se lance del sepulcro a la conquista, del inquisidor que busque en acrisolado incendio pureza en la doctrina, del noble que se hincó ante el rey que de caballero le revista, del marino que rompa con proa sin titubeos el proceloso mar: molinos y quijotes y sanchos fieles. Que a todo se dé apellido; como en el Génesis a cada bestia por su nombre: a la virtud, virtud; y al vicio, vicio. Pablo, por sí las moscas, le hace una lista a los Corintios: "*¿No sabéis que los injustos no heredarán el reino de Dios?*" Y puntualiza: "*No erréis; ni los fornicarios, ni los idólatras, ni los adúlteros, ni los afeminados, ni los que se echan con varones, ni los ladrones, ni los avaros, ni los borrachos, ni los maldicientes, ni los estafadores...*". Sumada a ello la inhonestidad del diablo que ya no existe, se esconde, no quiere ser él mismo: ha hecho del desaparecer su gran mentira. Ya ni en la no confiabilidad del diablo puede el hombre confiar.

Hay un respeto de todos los respetos, honor de todos los honores: respeto al Dios, y a sí mismo del hombre, que es respeto al honor y honra al respeto. Respeto al no romper, que es no corromper, la unidad de su vida. Sin costura la túnica, una sola pieza de arriba abajo. Respeto al sentido de la existencia, de cada criatura, como esplendor de la gloria eterna del Creador que nos señala Gertrud de von le Fort cuando nos hace volver nuestros asombros a la flor solitaria en la montaña, al borde de las nieves eternas que nunca vieron ni verán ojos humanos; a la belleza inmarcesible de los polos y de los desiertos, inútiles a un pragmatismo para quien adquiere más sentido un par de botas que una sinfonía de Beethoven. Respeto de sí mismo, al no desvirtuar el ser misión, y vocación e ideal: respeto al sueño y al ensueño, a la universidad y a la basílica, al no nacido, al miserable, a la mujer, al blanco, al negro; respeto al libro, al escritor honrado, e irrespeto al irrespeto.

¡Ay de ustedes! ¡Ay de nosotros cuando la bruma gima, temprano en la mañana, ausente de sólidos carruajes, de adustos padrinos y testigos, porque ido el honor, no exista el duelo!

La piel, el ojo, y el pájaro carpintero

*"La historia no consiste en estar ausente, sino en volverse ausente;
es ser alguien y después desaparecer dejando un rastro.
El resto son sólo anotaciones en los libros".*

D. Estulín

Afirma Klocker de Kant haber bebido sin mayores reparos en fuentes empiristas y racionalistas, de licores fuertes, para erigir su teoría del conocimiento: todo lo que conocemos son nuestras impresiones sensibles, toda universalidad y necesidad vienen del intelecto. El genio de Königsberg, aquél Copérnico del intelecto a la inversa que hizo al objeto conformarse a nuestro yo, había desgarrado para siempre la validez del conocimiento humano: la razón, divorciada de la experiencia, era pura ilusión. Se había amarrado el intelecto a los sentidos indisolublemente. Era entendible: aquel gigante había nacido a la sombra enorme del racionalismo y de un Hume que afirmaba que conocimiento y experiencia eran sinónimos. Tomás Aquino quedaba lejos, no lo estremeció: ¿Conozco solamente lo que me represento y no el original? ¿No conlleva el correr, contingente, la necesidad del movimiento?, se había preguntado el Doctor Angélico quinientos años antes. Y si fuese únicamente verdadero lo que puedo verificar sensiblemente, ¿cómo podría verificar que esa afirmación lo sea? Es el hombre el que ve, el que oye, el que agoniza y se sonríe... ¡el que conoce!, no pedazos unificados de él. Y cuando muere, se muere todo, no queda una impresión momificada de algo que se fue. No soy dicotomía, no puedes separarme mi facultad de sensación de la de mi intelecto; no tengo que esperar por mis sentidos para entenderlo ni puede mi concepto de cereza substituir a la cereza que se ofrece apetitosa, viva, con su coro de zánganos y reinas; y es eso lo que conozco, no un dibujo en el pliego interior de mi entendimiento. Cuando veo su rojiza pulpa, sé que la veo, de un solo golpe, y en ello me distingo de la abeja.

Apenas había Hegel completado y sistematizado coherentemente la filosofía idealista de Kant, cuando el materialismo desatinado, absurdo, lo echaba todo, literalmente, por tierra. Y no es sólo que estúpidamente no entendiera, sino que lo distorsionaba todo malignamente: tomando dos vocablos, dialéctica y materialismo, construyeron un churro. Su objetivo era y es negar, es destruir. Encadenados los *sin cadenas* a una *materia* teórica que no existe. La materia pura que esgrimen y tratan de imponer es impensable e imposible: existe un "algo" material, una cosa, una res que contiene materia, que no constituye "el todo" de la realidad; ésta le trasciende, es más hermosa y vital, más asombrosa, definitivamente más desgarradora. Cuando a aquella cereza la privo de su rojo, le muerdo

hambriento sus pedazos y arrojó la semilla, queda, su esencia: lo que la cereza es: la entiendo, me es inteligible: mientras su arrugada piel se esparce por el suelo como la cola tronchada de un lagarto, la fruta del cerezo todavía estremece, salta vibrante, muestra tozudamente su existencia. ¿De dónde brota la materia, toda materia, la que después se hizo cereza? ¿Existió desde siempre? ¿La explosión de una piedra parió un trocito de pulpa? Se pierde todo en la neblina de los tiempos. Ocurrió *un día*. No saben ni el cuándo ni el donde, lo único que afirman es que pasó. Nunca más sucedió. La piedra ha renunciado a hacerse pulpa de nuevo. Sin fundamento en la experiencia, es una excepción a la rigurosa demostración que exigen... Pero algún día –se esfuma su severidad científica-- alguien lo demostrará. No seamos impacientes ni incrédulos, fue así que sucedió y tiene un nombre: se llama evolución. Sin anclaje en el ayer, sin otro basamento que la enfebrecida imaginación materialista, sin poder probar sus indecencias, apuntarán a un mágico mañana: alguien lo hará, nosotros no. Algún día un sabio del oriente probará lo que no se ha sustentado pero se afirma. Por el momento es dogma. ¿Sin imaginación?: ¡sueña!, imagínate ese glorioso momento venidero en que todo se te demostrará, afirman los rollizos, adiposos, mofletudos, marxistas satisfechos. Nosotros apelamos a su mismo sentenciar: ¿no se ha podido verificar en la naturaleza? Es falso.

Nosotros tenemos pruebas. Razones sobran para explicar la falsedad. ¡Ah!, y lo más importante: tengo testigos. Razones tenemos: no puede dar vida la no vida. Aquellas arenillas de la playa, no pueden dar a luz un crisantemo; ni éste un camaleón; ni una nube un potrillo. ¡Es tan sencillo!: no puede lo inferior dar lo superior, nadie dotar lo que no tiene, ni ninguna información genética ser añadida. ¿Entonces cómo?, ¿acaso creación? No. Creación es dogma que no se puede demostrar, y a la inversa sí vale porque es de allá para acá: lo exigen ellos. Pero, lo que más me divierte son los testigos: Que se presente la señora piel, mientras esperan afuera, por favor, a que los llamen, el ojo y el pajarito. ¿De dónde habrá, la piel, salido? Hermosa, no replicable, extensa y amorosa arroja todo el cuerpo con cuidadosa diligencia: gruesa donde debe serlo, en los pies y las manos; fina como fino hojalde cuando se hace ventanilla que cierra los ojos asustados o los abre a la luz plena, divina; se repleta de vellos donde debe, o los borra, los tacha, donde no hagan falta. Parece tersa, y está llena de pliegues, se hunde en depresiones por volverse reservorio de sustancias, y se alza en tenues abultamiento donde es requerido. Se abre desde adentro hacia afuera como la flor al aire: permite, generosa, que asciendan los sudores con su carga de células ya muertas que elimina; y se yergue hermética, impenetrable, a todo externo, barrera que escuda al organismo. Corazón y cerebro

periféricos arrostra los calores y reta al frío: contrae capilares, detiene el flujo de la sangre reteniendo el calor; o abre glándulas al cielo porque el sudor anegue, cunda, arrastre fuegos y nos enfríe. Murmura, cariñosa, que existe un mundo del otro lado, denuncia fuerzas y presiones: se hace táctil y baña en sensaciones. Artista consagrada, toma pincel y espátula, empapa en melaninas y cubre de colores. Ni pueden duplicarla; ni haber nacido de guijarros, peñascos, ni de igniciones; ¿qué trueno, o brillo, o helecho, o caracol puede haber trasmutado el suntuoso ropaje que cubre nervios y huesos? ¿Entonces, cómo? ¿De dónde habrá, la piel, salido?

Que testifique el ojo. Entre muchísimos otros, acudimos al doctor David N Menton, del instituto de investigaciones de la clínica Mayo, profesor de anatomía de Washington University School of Medicine, St. Louis, profesor Emérito de Washington University School, quien muestra la imposibilidad de que la evolución pueda producir un ojo (*Not a Chance!* son sus palabras). El cerebro humano consiste de aproximadamente 12 billones de células formando 120 trillones de conexiones. La retina del ojo sensible a la luz (que realmente forma parte del cerebro) contiene sobre 100 millones de células fotoeléctricas. Estas células capturan la estructura de la luz formada por los lentes y las convierten en complejas señales eléctricas, que son enviadas a un área especial del cerebro donde son transformadas en la sensación que llamamos visión. Todo ello para capturar un pajarito dando fuertemente con su pico en una palma... A una supercomputadora Cray, le llevaría 100 años para simular lo que en nuestro ojo ocurre muchas veces cada segundo. ¿Puede alguno de ustedes, señores del jurado, creer que esa inimaginable estructura sucedió un día "por casualidad", cuando el más simple tejido necesita de estambre, dos agujetas y una experta bordadora; y que en árbol genealógico de esa preciosidad, encontramos como primer ancestro un trozo de una piedra? Y si no... ¿cómo surgió en la naturaleza?

Que pase el pajarillo, artesano de maderas preciosas que horada, entra, extrae, bruñe y repleta. Ebanista y hachero. Tallista delicado, recio tornero...

La historia titulada "*El pájaro carpintero desafía a la evolución*" narra cómo esta preciosa ave se distingue del resto de las demás. A sus patas, fuertes y de garras afiladas, le crecen cuatro dedos, dos delante y dos detrás (la mayor parte de los pájaros tienen tres dedos delante y uno atrás) para agarrarse firmemente al árbol en cualquier dirección: oblicua, vertical, horizontal. Las plumas de su cola son duras y esponjosas reforzando en su labor al pico en forma de cincel que perfora, tamborileo potente, la madera con fuerza de taladro

industrial. Al golpear el árbol con tamaña fortaleza quedaría el pajarillo inconsciente si no estuviese dotado de un maravilloso cartílago protector, colocado ente su pico y su cráneo, que actúa como amortiguador absorbente, de diseño estructural tan perfeccionado que los cirujanos cerebrales investigan el sitio y forma de colocación de este órgano para tratar a pacientes en cirugías postraumáticas. En proporción a su tamaño y peso, el cráneo del pájaro carpintero es la pieza ósea más resistente que tenga criatura alguna. Camuflado nuestro pajarito en ropaje moteado, aunque se escucha su repiqueteo se vuelve muy difícil el descubrirle. Un hecho sorprendente es que taladra intermitentemente: golpea y se detiene: enfoca el sitio en que va a golpear nuevamente, cierra fuertemente sus ojos, y entonces descarga sus furias en una tozuda serie de martillazos ien el lugar en que ha oído al gusano arrastrase! Aseveran los científicos que la vehemencia de los golpes es de tal magnitud, que si no los cerrara con rudeza sus ojos saldrían disparados de sus órbitas... y no se ha conocido que ninguno de estos voladores se haya quedado ciego. En añadido de milagros, la lengua de este pájaro --la mayor parte de las aves se extiende hasta el límite del pico--: se prolonga diez pulgadas por los aires hasta alcanzar en su túnel su presa. ¿Cómo la agarra? Su lengua está dotada de unas pequeñas barras creadas al efecto; pero hay otro portento todavía más admirable: fabrica en ese instante una goma que fija al gusano o la larva, retrae su lengua y los engulle. Aun si le hubiese tomado cientos de miles de años desarrollar esa facultad ¿no se pegaría la lengua a su garganta, o al esófago, y lo asfixiaría?: ¡No!: posee otra pequeña fábrica que produce el disolvente preciso y adecuado; y al momento de tragar, exactamente entonces, ni antes ni después, diluye el pegamento. Queda más por contar: uno de estos simpáticos personajes posee una lengua extraordinaria en todo sentido: toda otra nace en la garganta y se abalanza hacia por la boca hasta el límite del pico; la del pájaro carpintero europeo verde, crece hacia la parte posterior del cuello, da una vuelta por la porción alta de la cabeza, y por allí vuelve hacia la parte anterior, atraviesa un pequeño orificio en la parte frontal, penetra en el pico, lo franquea completamente, y es capaz de extenderse las diez clásicas diez pulgadas fuera de él. ¿De qué ancestro adquiriría esta facultad? ¡De ninguno! Ninguna posibilidad (*Not a Chance!*) entre billones de trillones. ¿De dónde habrá, esa prodigiosa avecilla, salido? ¿Dios? ¡Si Dios no existe! Si Él no es, ese pobre pajarito no tendría la más mínima ocasión de existir; sería pura ilusión, delicada fantasía, afiebrada alucinación de nuestros ojos, y terminaríamos en dos mitos unidos: el de Dios y el de nuestra avecilla.

¿Se puede sinceramente creer que haya una infinita, o finita –daría lo mismo-- serie de casualidades, coincidencias, acertijos, acasos, posibilidades, carambolas o coincidencias que hayan juntado esas maravillas yendo de lo inerte a lo activo, de la no vida a la vida; que de pronto un peñasco empezara a advertir sensaciones?... Y lo inaudito nos dirán que ocurre: en el mismo intervalo espacio tiempo, en el mismo sitio, “saltan” una mona hembra y un mono macho, no uno en África y la otra en América, que no hubieran podido continuarse en hijos y en bisnietos. Un mono y una mona osados, atrevidos, se pusieron de acuerdo para que sus hijos no fuesen más monos y monas, y dan un macho hombre y una hembra mujer, culminando en esa extraordinaria criatura que han dado por llamar el homo sapiens quien jornadas más tarde, cansado de caminar, inventada la rueda y hastiado de los fríos frotara unos palitos para calentarse a la lumbre radiosa de los fuegos. Hombre y mujer ingratos, dieron las espaldas a sus antepasados: al agallado pez, al buen lagarto, a la sagaz culebra. Enfadados porque eran feos y peludos, avergonzados de su linaje, renegaron de ellos porque su tatarabuelo era topo y vivía en un agujero. No me agrada ese cuento: no es de romances, ni enternecedor: no tiene hadas, magos y sortilegios: es un relato crudo y mordaz que sólo se lo creen los tíos amargados de gruesas gafas.

Los monos detuvieron las malabáricas mutaciones para que no pudiéramos palpar el brinco, respirarlo, probarlo: no hubo más monos osados que quisieran dar más saltos genéticos... Nos dejaron con las ganas de que pudiera ser *científicamente* comprobado. Sólo hemos heredado un mito acaracolado que los marxistas y sus compañeros de ruta nos predicán como dogma sagrado. ¿Y por qué asumir que el hombre es el fin en la cadena? ¿Por qué afirmar que no somos un eslabón más, que la evolución no se ha quedado corta y mutilada, que nosotros también un día no daremos otro salto? Y ya que de lo inferior puede surgir lo superior, en algún rincón brotarán al unísono seres supra-humanos, de cerebros pasmosos, de diez pies de estatura y dos cabezas por si se estropeara una... Habrá más saltos, uno tras otro, ad infinitum, que la *cientifiquísima* teoría de la evolución lo exige: es su doctrina.

Sé que la historia así contada parece una tontería, y lo es. Así la cuentan. Si me indagasen quiénes pudieran creerse esa estupidez, repetiría lo que alguien ya ha dicho: solamente un suma cum laude, un *phd*, un liberalísimo profesor de antropología, o un corto de cerebro y largo en malquerencias marxista leninista.

Aristóteles, sublime, anudó a la observación la ciencia, retrasando su avance siglo tras siglo hasta que Galileo arrojara desde una torre una piedra. Kant, gigantesco, pudo darse el lujo de atar toda prueba a la experiencia y en ella a la naturaleza, pero no ató al hombre a ella. Tuvo que arribar un materialista bien dialéctico, un marxista, un comunista, un atorrante a toda prueba o un tergiversador malévolo para fabricar e imponer esas tonteras que se imponen en las universidades, sin admitir alternativas a sus prédicas. Aquéllos gigantes fueron y serán eternamente alguien, dejando agradecidos rastros; a éstos la historia, implacable, dura, los volverá ausentes. El resto son sólo anotaciones en los libros.

Ven, arrodillémonos. Démosle gracias porque se haya limitado a hacer un mundo *in vía*, y no crease un universo de tanta perfección como al que aspiras: no habría lugar para nosotros dos. En orbe tan perfecto ni ese tú ni este yo existirían.

¡Tonta contestación! No incumbe. Si verdadera, importa la pregunta como lanza que atravesase al Cristo e imponga a su costado chorrear sangres y aguas; que quiebre el corazón y abra al misterio.

De perfecciones, preguntas e imperfecciones

"Cada pregunta verdadera es como la lanza que atraviesa al Cristo causando que de su costado irrumpa agua y sangre" Orígenes

Tu pregunta, cercano, querido y mío, obliga: *"¿Por qué Dios no creó un mundo "tan perfecto" que en él no pudiera existir ningún mal?"*.

Tantas veces antes repetida, y contestada; pero no para ti: la tuya es nueva, que es serlo para todos. En la tragedia que es el existir no hay, no existen, amado amigo, respuestas simples. Tampoco incumben. Lo que interesa, asevera Forte comentando a Orígenes, no es proveer respuestas, sino discernir preguntas verdaderas, porque todo interrogante honesto y radical abre el corazón del misterio. ¡Ni el Cristo es esa respuesta que pretendes!: ¡No es molde petrificado, ni setecientas letras! Es --Él lo llamaba, metanoia-- andadura, invitación, transformación, convite y fiesta.

Dar vueltas al enigma de la creación del mundo es girar en torno al hombre y a su Dios. La ecuación resulta repleta de variables; constantes, dos: un Dios que fue libre de crear o no crear, y un hombre libre al que creó. ¿Y acaso ese ejercicio de voluntad libérrima -pregunto, sólo pregunto--, la exquisitez del riesgo; la aventura de hacer a un hombre, nefando o sublime por arbitrio, que desfallece y cae, destroza, le escupe al que lo hizo que es chapuza el universo que creó, no es la perfección? ¿Valió la pena? ¿Vale la pena amar, y en el amor sufrir, y en el sufrir amar? ¿Vale la pena este albedrío? ¿Vale la pena no ser un zombi; que alcances a criticar al dueño, al soberano, al Hacedor: pretender enmendarle la plana porque hubieses podido hacer mejor lo que Él no supo hacer tan bien; porque dejó a tu daño, el tuyo, desbaratar su creación y en culmen destrozar sus entrañas en un leño por tratar de reparar tu destrucción?

¿Mundo perfecto aquél que tú dibujas... sin mal, sin libertad, y sin imperfección? ¿Sería más perfecto sin ese desperfecto que puedo perfeccionar? ¿Sería superior sin ese deterioro que logro yo, que es culpa nuestra en este mundo de los tres, de Él y tuyo y mío? Un mundo... ¿sin voluntad? ¡Ni un cielo lo sería!: camino de recios, a veces desconcertantes viajes, y un final de regocijos. Nunca fue nadie creado, ni querubín ni ángel, sin esa independencia, sin la maravillosa autonomía aun de rechazarle. Te valora, ¡tanto!, que te hizo hijo; sin atender a que lograras no amarle, que concibieras decrecer a lo peor. No un mundo de obediencias ciegas: puedo mover cuerpo y espíritu; ambos hacia la derecha o hacia la izquierda, hacia arriba o abajo. No

pudo existir un mejor cielo en recompensa; ni un mundo mejor, con ese cielo como meta.

Me contaba aquel buen amigo, de los dos, que bien lo conoces hermano mío, cómo, en el transcurso de su vida había tenido comprar casas, obligado por sus cambios de destino. Ninguna le causó la sensación de posesión total como aquella primera, ajada, estropeada, sobre la que se vio obligado a colocar sus sudores pulgada tras pulgada, cuatro veces en hermosa sucesión: rasparle sus maderas, luego pinturas. Cada vez que visitaba un pedacito de su corteza como piel, sentía de ella su caricia. Cuando terminó estaba, era, flamante -- me repetía entusiasmado--: la había parido ¿Una casa perfecta, o una a construirla, a perfeccionarla, a hacerla? El cielo, un día será mío. Mucho de Él y un poquitico mío, que lo asalté. Allí estaremos, en glorioso pillaje, mi libertad y yo.

Ningún universo comparable a éste *en estado de vía*: se me ha dado escalar, vibrar, crecer; derrotar al dolor, al sufrimiento, al aguijón, y hasta la misma parca que troza el hilo de la vida. No tienen ellos poder ninguno, no logran doblegarme; tengo coraza de orgullos nobles, la fuerzas de mis brazos, el vigor de mis piernas, un pecho que enfrenta al viento, y un sudor que cae a chorros de mi frente cuando abro surcos de vida. ¿Duele? Con el santo dolor con que la madre alumbró, rescata el héroe, y el santo implora. Duele la espina de la rosa que el enamorado entrega, la lágrima con que la esposa despidió al que acude a la exigencia del deber, la hombría que a éste se le raja al abrazarla. Le duele al cirujano rasgar la carne virginal, de la mujer que yace muda ante él, sin importar que sea de iridio el bisturí con el que se dispone a ensangrentarla: va a arrancarle, a la muerte odiosa, un alma de cristal. Duele el fragmentado luto con que la patria ciñe a cada hijo que cae en la contienda, y la historia esculpe en su memoria, triste y risueña. Es vía, es gloria.

¡Oh misterio terrible! Puede cruzar por el marjal, enfangarse las alas el ave tonta; o ascender entre los vientos arduos a la montaña donde la nieve es pura, sus brillos de filo de coral; el hombre aherrojarse, él mismo, con cadenas de vicio, y entonces maldecir: gritar que es culpa de un Dios injusto, que le dio las maderas y los clavos con que sacrificar. Puede el mortal elegir lo heroico o lo bestial, el egoísmo o la largueza de la entrega total, librar o esclavizar, injuriar o cantar; babosear o hincarse agradecido ante el Dios que de tanto donar, no sabía ya qué, le dio la libertad. ¡Por el mismo camino se llega a tantos lados! No hay experiencias a la que logres agarrarte: hay un encuentro único, tuyo, con la verdad, y una invitación a la que te enfrentas con

sólo dos barajas: repudio o asentimiento. La perfección es eso. Te hizo hombre y no petrificada estatua; dio a la roca dureza, al hombre la ternura; instintos a la bestia, y a ti y a mí encrucijadas, dudas, un arco de resquicios, coyunturas; al mar obedecer, partirse en dos enrojecido, y a ti escoger. Te dio la fuerza, la inteligencia; el don, el poder de poderlo. Trazó un "debes" en tu frente, una ley dentro, y grita: ¡escoge!, ¡salta!, ¡combate!, ¡vence!; aquí tienes la lanza, los fueros, avidesces, valor, ¡hasta el sitio que ahora pisas lo he dado yo!; eres milicia, legionario, cruzado, gladiador ¡No te me rindas! ¿Tu cruz?: aquella que tú hiciste: ni Dios ni azar; la fallida torpeza de un hombre, soberano, que en indigencia de alma se hace maldad.

"En el principio creó Dios los cielos y la tierra....Y la tierra estaba desordenada y vacía, y las tinieblas estaban sobre la faz del abismo... Y llamó Dios a la expansión Cielos". Vio la tierra desordenada, no lo ignoró, y las tinieblas de los abismos. Ya en el día segundo había separado, aun físicamente, la tierra de los cielos. Un mundo que es mundo lo creó, y un cielo que es cielo. Y vio Dios que era bueno. No un cielo mundo, ni el mundo cielo que tú pretendes; una carrera con obstáculos que el atleta ama, y podio diferenciado para el trofeo.

Ven, arrodillémonos. Démosle gracias porque se haya limitado a hacer un mundo *in vía*, y no crease un universo de tanta perfección como al que aspiras: no habría lugar para nosotros dos. En orbe tan perfecto ni ese tú ni este yo existirían.

¡Tonta contestación! No incumbe. Si verdadera, importa la pregunta como lanza que atraviese al Cristo e imponga a su costado chorrear sangres y aguas; que quiebre el corazón y abra al misterio.

La nieve es negra

*"Hay en el hombre un deseo de verdad y de generosidad en el que radica su mayor dignidad,
Pero el hombre constata también en sí mismo el acoso de la decepción y de la muerte.
Por ello necesita una razón para amar, una razón para sufrir, y una razón para morir."*
José Antonio Sayés.

Era el albor de los tiempos. El follaje fulgía más verde porque la llovizna tenue y temblorosa lo acariciaba cada mañana con beso de brumas asustadas. Su espesura de esmeraldas llegaba hasta las aguas: las olas no habían podido todavía destrozar las peñas en sus lechos para llenar de arenas las orillas sin playas. El sol, tímidamente, estrenaba curvaturas en los no hollados arcos del espacio: desperezaba sus radiosos bostezos detrás de la montaña con delicadeza extrema, temiendo arañar las sombras que retrocedían trémulamente, casi espantadas, ante aquella esfera enorme a la que aún no estaban acostumbradas; medrosas, preocupadas: ¿iría el gigantesco trozo de oros a borrarlas perpetuamente? Los riachuelos no lograban su anhelo de ser ríos: rodaban sus hilos tenues enroscando suspiros en las erizadas puntas de las rocas que luego pulirían con ansias de sedes apagadas. Se erguía una filigrana de cantares que aprendían gorjeos escuchando los matices de las lluvias y el bramar de las fieras que ya emprendían con noveles impulsos inexpertas cacerías, pletóricos de músculos y nerviosidades. Era la única muerte: el aislado y necesario enlace de presas inocentes y cazadores que en círculo previsto eran cazados: todo inundado de medidas, calculado, previsto, para que la vida floreciera armoniosa en la graciosa jerarquía de lo creado. Surgieron hombre y mujer; y dieron nombres: diferenciaron al león del lobo, halcones y serpientes, y se tomaron la exigencia de domeñarlos. Todo era limpio, sereno, claro. Pasaron plenilunios, que contaba con la pequeña colgante esfera el ser humano sus júbilos, sus cuitas, sus jornadas. Lejos para el hombre, en triste lontananza, quedaba aquel jardín de los preludios donde yacía, en una vuelta de un camino, junto a una quijada de devorada presa, una manzana mordisqueada. Un día, el paisaje se vistió de fiesta: se llenaba la campiña en acuarela de un llanto inusitado, hería a la mañana y se alargaba al firmamento. El orbe todo se llenó de embebecimientos: ¡había nacido el primer niño! Corrieron lunas y más lunas, vino otro niño, y otros niños y niñas les sucedieron. Crecían y se multiplicaban. Continuaron las bestias sus rutinas de cazadores y cazados: huesos; de las reses las tiras de

pellejo regaban campos; y no muy tarde aquél primer hermano mató a su hermano... Ya nada fue tan limpio, ni tan claro ni bueno. El viento se estiró enturbiado. Hubo un diluvio; ocho escaparon y en las llanuras de Sinar plantaron tiendas. Llenos, inflados en sus orgullos, resolvieron: construyamos una ciudad con una torre que llegue al cielo. Nos haremos famosos y evitaremos ser dispersados por la tierra. Y edificaron ciudad y torre que rozaba los cielos, inútilmente: confundidos en mil lenguas se dispersaron desde Babel hasta llenar los confines de la tierra. Alguno acuchilló. Alguna madre se arrancó de las entrañas lo que en ella crecía. A la luna se le hacía menos claro ver a la tierra: se la oscurecíamos...

Lustros, décadas, miles de años. Torre aún más enorme, y su hermana gemela --babeles y manzanas ¿coincidencias?— se erguía, se erguían, en suelos ya sin yerbas. Un dardo enorme, y otro, lanzados desde el corazón mismo del Sinar, las atravesaron arteramente. Fue un día 11 de algún septiembre. El mundo se estremeció, rugió furioso contra aquella maligna sinrazón que destrozó 2,973 seres humanos. Se desató la guerra. La guerra justa. ¡Cundía la indignación necesaria y severa!

Mientras, sin indignaciones clamorosas, sin que los gobiernos lanzaran sus artillerías ni aviones pavorosos, ese año morían en Estados Unidos más de un millón de niños abortados, cuarenta millones en el mundo, cincuenta y cinco millones en la nación de Roe v. Wade desde aquel 1973. Tomaría 36 años de atentados, uno tras otro diariamente, un atentado como el del 11 de septiembre cada día, más de trece mil viles atentados, para igualar el número de niños asesinados por aborto en el mundo en un año. Llevaría medio siglo, ¡50 años!, un atentado como el del 11 de septiembre cada día, más de dieciocho mil viles atentados, para igualar el número de niños asesinados por aborto en Estados Unidos desde 1973 hasta ese año. Casi tres niños abortados por cada uno que muere de hambre. ¿Desata el orbe guerra, la guerra justa? ¿Cunde la indignación severa y necesaria?

Agudamente hace el profesor Fernando Pascual notar, comparando la guerra y el aborto, que en éste se *enfrentan* pocos seres humanos: un "médico", una mujer y su hijo no nacido. El pequeño, indefenso, no tiene armas, no puede nada frente al deseo de quienes han decidido eliminarlo. En el aborto el hijo es siempre, siempre, siempre, sin condiciones, la víctima inocente. La culpa, en los adultos: la madre que no lo acepta, el padre que la presiona para que lo elimine, y el médico que usa la ciencia de la salud para cometer un acto arbitrario, injusto, asesino, que atenta canallescamente contra la esencia de su profesión.

Por encima de todas las indigencias, está la radical del alma. Lo que requiere lucha, rasgar de lanzas y no contra los vientos, defensa fiera, es la persona. Hacia ahí van los dardos: no es en las sopas donde se cuecen los infiernos. Es en el alma, generosa o torcida, donde el ser se constituye en lo que es. Primero el existir, que sin ser no necesito el trigo. Son la prostitución, la tiranía, el homosexualismo activo, la corrupción, el latrocinio, la lascivia, los que corroen al hombre en sus entrañas. *Pobres siempre los habrá*; pero habrá menos donde no haya deshonestidad. Semillas en la mente, simientes en el alma, catedrales grandiosas, enormes, profusas las escuelas... ¡y sobrarán graneros!, ¡y no habrá, de tres, enfrentamientos!

¡Que no ocurra ni una sola de esas muertes! ¡Tristes, inhumanas, el hambre y la miseria! E infinito el clamor del que no vistió indigencias porque lo destrozaron sin nacer: no pudo abrazar a nadie, ni chupar de los pechos de su madre, ni lloriquearle sus antojos, ni arrojar sus miedos en el regazo que más hubiera amado; nadie arroparle. No le dieron otro apelativo que el de feto porque lo descuartizaron antes de que fuese, para ellos, alguien. Se le negó lo que poseerían los otros muertos: tener un nombre, una tumba en algún lugarcito de la tierra para sus huesos, y un recuerdo... Nadie le llora; nadie guarda una foto y sonríe recordando sus pillerías, su primera caída, su primer diente. No tuvo un primer día de clases, ni probó un helado, ni brincó de alegría por sus zapatos nuevos... ¡Y es legal asesinarle! Es... ¡constitucional! ¡Y es miserable!

Han quedado atrás los albores de los primeros tiempos. Ya el mar, brusco y rabioso, ha triturado peñas, logrado arenas, y tendido playas de separación entre él y el follaje: como si renunciase al contacto directo con los bosques talados para hacer dictados y encuadernar constituciones. Ahora el hombre es refinado, no aquel salvaje que esgrimía quijadas, no viste pieles porque vestirlas ahora es fechoría que le protestan –intrigantes paradojas– mujeres con los pechos al aire. Tampoco que se ocupen mucho de la persona: más importantes los animalitos, que al fin y al cabo son nuestros ancestros venerados.

¡La nieve es negra! ¡Podemos convencerlos! gritaría Russell en *El Impacto de la ciencia sobre la sociedad*. Todo es posible con el engaño y la manipulación: los psicólogos sociales podrán llegar a forjar en los estudiantes la fuerte convicción de que la nieve ¿por qué no? es absurdamente prieta. Hoy más que nunca ese aturdido hombre siente en sí mismo el acoso de la decepción y de la muerte; por ello necesita, diría Sayés, una razón para amar, una razón para sufrir, y una razón

para morir. *Sal por los caminos y senderos e insíteles hasta que entren y se me llene la casa.*

El devastador error del Nominalismo

"Como las aguas cubren el mar..."

Isaías

¿Hasta qué punto nos dominan las ideas, se entronizan, doblegan?
¿Hasta que término un personaje se le escapa al autor, toma vida propia, escribe y determina el rumbo de la novela? Hasta qué extremo se destroza un ideólogo ante el ideal que esgrime, poseído, humillado, irremediabilmente satanizado? ¿Germina, alcanza a enraizarse en mí, lo que combato? *"Sólo el individuo es real"* sentenciaría Antístenes 400 años antes de Cristo. ¿Domina aún el pensamiento de aquél filósofo de mente estrecha, tosco, a quien Platón le enrostrara su cultura limitada, imponiendo su capa y báculo al llamado hombre moderno?

¿Que es lo real? Atribuye W. Turner a un párrafo de la Isagoge, el arranque de una de las etapas más importantes de la escolástica: el desarrollo de los universales. Se pregunta Porfirio en su monumental obra, si los conceptos, genéricos o específicos, existen en el mundo de lo real o son *-nuda intellecta--*, cosas de la mente. Si llegasen a acaecer fuera de la mente, ¿poseerían cuerpo, o existirían como entes incorpóreos? ¿Cobran existencia en cosas concretas y sensibles, o fuera de ellas? Un párrafo, tres preguntas, abrirían caudalosos, distintos y bien diferenciados hontanares. El conceptualismo, que acepta la universalidad de la idea, respondería negando que haya una universalidad de cosas que corresponda la universalidad de la representación mental. Un realismo, en su forma más radical, les concedería existencia fuera de la mente; el moderado afirmaría que el universal, aunque fundamentado en la *cosa*, existe sólo en la mente. El nominalismo defendería sus fueros con afiladas estocadas que todavía sangran en mil cabezas: no hay universalidad, ni del concepto ni de la realidad objetiva: la única universalidad es la del nombre. *"Quien conoce el nombre, conoce la cosa"*, había anticipado Antístenes muchos siglos antes: en él no cabían sutilezas. El universalismo afirmaría que todo lo que existe corresponde al universo de los universales: una verdad universal, objetiva y eterna, cubre con su manto generoso y amable cada moral concreta; los nominalistas, insistirían tozudos, que son palabras más que realidades. Los conceptualistas, que los nombres lo eran de conceptos que sí existen, aunque sólo en la mente.

Aunque de Ockham se haya dicho, fue su pionero, que es el mayor nominalista que jamás vivió, realmente su escuela era la de un

conceptualismo modificado. Formula su propia doctrina: el universal es una intención de la mente, aunque mantiene que las proposiciones son los objetos del conocimiento científico. El Doctor Invencible es un conceptualista que usa el lenguaje nominalista; un terminista acaso: *Es el término, como existe en la mente, el único que posee universalidad.* De todos modos fue el gran padre: su *cuchilla* degolla. Fue su aserción la que marcó definitivamente al nominalismo: nunca multiplicar más allá de lo que imponga la necesidad, tomar la más simple de las hipótesis, determinando el reduccionismo de lo complejo a lo simple. Y se desprenden, arrancan desde él naturalmente, relativismos, materialismos, y sus equivalentes. Ni ley de Dios, ni natural: dos causas en lugar de una no es lo más simple; y taján con la misma cuchilla, secularistas o reformistas, una o la otra. No hay moral universal, ningún mal absoluto, ninguna ley moral eterna, nada esculpido en el corazón del hombre.

Pero es en Juan Escoto donde comienza en cierto modo la disociación de las cosas y la pérdida de las razones intrínsecas, afirmaríala Sayés. Escoto radicaría la gracia, con la caridad, en la voluntad humana. Si Antístenes rehuía agudezas, lo extremado de su análisis le vale a Duns el sobrenombre de Doctor Sutil. Es imperativo traer a colación el pronunciamiento de Benedicto XVI en Ratisbona acerca de Duns Escoto: *"Es necesario anotar, que en el tardío Medioevo, se han desarrollado en la teología tendencias que rompen la síntesis entre espíritu griego y espíritu cristiano. En contraposición al así llamado intelectualismo agustiniano y tomista, con Juan Duns Scoto comenzó un planteamiento voluntarista, que al final llevó a la afirmación de que sólo conoceremos de Dios la «voluntas ordinata». Más allá de ésta existiría la libertad de Dios, en virtud de la cual Él habría podido crear y hacer también lo contrario de todo lo que efectivamente ha hecho".* Cava el abismo, arrastra, aquel hombre de intelecto excepcional, de escabrosidades tales que aún a las mentes curtidas les resulta difícil acompañar: allá remolca al mundo este Kant de la filosofía escolástica.

Afirmaríamos con H. Rondet que el supuesto que corroe toda la entraña del nominalismo es que intenta reconstruir un estado de posibilidad con elementos tomados de la realidad. Se recogen unos pocos elementos de lo real, --¿evolución, transformación?-- y lo posible se hace real. ¿Es posible cualquier evolución, alguna? ¡Es real entonces la evolución total y radical!: de la piedra al mono, de él al hombre, aunque contradiga la más simple ley genética que niega a la no vida el originar la vida. ¿Es posible que un día haya estallado el cielo monstruosamente en imposibles trozos de vida y añicos de no

vida? ¿Por qué estalló? Lo ignoran, algún día acaso se sabrá; pero estalló; y lo graban con firmeza, con indeleble tinta, en todo texto, sin más explicación. Con retazos de realidad queda reconstruido un estado de posibilidad: la coherente y aun la más absurda. Un solo requisito: que no haya *contradicción*, afirman... aunque la haya.

Grandiosas mentes han clavado su impronta en los destinos de este mundo: lo han encarrilado, sin que lo advierta la gran masa, no es necesario, hasta arraigar y conformar su pensamiento, su conducta, su quehacer diario. Opino que es posible, y ya lo es. Mi conjetura. Ockham, Escoto, yo, a niveles iguales. Es el relativismo más procaz. Lo concreto es lo real. La medida soy yo, el individuo de que hablara aquél pensador griego; lo creo sin base, sin respeto, ni saber que soy desde una caverna resonancia, ni quién gritó mi eco.

¿Qué es ni qué me importa, en este hoy de aquí, que exista o no exista el universal? ¿Por qué discuten, y me obligan a oír, lo que no interesa?, pregunta y pauta William James, fundador del empirismo radical, admirador de brujos y curanderos al mismo y revuelto tiempo. ¿Por qué hay que pensar en esas abstrusas abstracciones que no marcan ninguna diferencia en mi vida, en el crack que consumo, en el hijo que evito, en el auto de lujo con que sueño? ¿Sueñas? ¿Tú, a quien el nominalismo clavó en lo concreto? ¿Es, el sueño americano posible, para ti, para mí, posible para todos? ¿Es real, concreto? ¿Concreto y real para ti, para tu ser concreto? ¿O como un universal, eterno sueño? Confundir la posibilidad con la realidad: el nefasto, aterrador error del nominalismo. Concreta y real herencia universal.

Como las aguas cubren el mar, como los bosques cobijan los follajes, como el firmamento arropa en azur manto el casto cielo, como las playas las arenas, y ardor al fuego, visten, roturan, esculpen, redimen, esclavizan, disfrazan, techan y encubren, siglo tras siglo, al mundo las ideas con sombra férrea. Te forjan, te han forjado. Temblar y sacudirse, retar, ahondar, buscar, y humillarse. Nadie, ini Dios! puede hacerse a sí mismo. Eres gota en el mar, chispa en el fuego, una arenita, una hoja, un sombrío destello. Eres posible y eres real, eres sublime, porque eres su hijo, brotado del amor, iy no son nombres!, de Aquél que existe. Con retazos de realidad construyen posibilidades acaso irreales; con irrealidades, imposibles.

Estremecerte

"¿Cómo pudimos vaciar el mar? ¿Quién nos dio la esponja para borrar el horizonte?

¿Qué hemos hecho después de desprender a la Tierra de la órbita del sol?"

Friedrich Nietzsche.

Libby: ... (Refiriéndose a Estados Unidos)... *es uno de los países más religiosos del mundo. La mitad de su gente va a la iglesia, y el 95% cree en Dios. América tiene más religión que casi ningún otro país.*

Isa: *Sí; y es también la que tiene más armas, más suicidios, más abortos, más divorcios, más hijos sin el padre que ningún otro país.*

Libby: *¿Y cómo puede suceder? ¿No niega eso lo que la religión reclama? ¿No está la religión supuesta a constituir la cura de las enfermedades sociales?*

Isa: *No, si la religión es tan relativista como la sociedad. No si el doctor está tan enfermo como el paciente. Un Dios hecho a imagen del mundo no puede salvar al mundo. Observa; la religión americana quiere hacerte sentir bien, cómodo, no estremecerte ni escandalizarte.*

¿Será verdad? ¿Lo será el que alguien vea desde afuera lo que no vemos? Isa Ben Adam profesor de filosofía en la Universidad Americana de Beirut, árabe palestino cuyo absolutismo, relativamente absolutista como todo absolutismo, encara con vigor a un relativismo absolutamente relativista, como lo es todo relativismo.

Golpearte, sacudirte, remecerte de arriba abajo; y al hacerlo, por tenerte asido hasta los huesos, estremecerme del alma al espinazo. Zarandearnos comenzando por arriba: obispos y coroneles, embajadores, científicos, pastores, sacerdotes y rabinos, profesores, hasta llegar al proletario estrangulado bajo el endemoniado comunismo; al hombre corriente que el masón usa y engaña, aplasta, y más tritura mientras más grados ostenta, que pesan el compás y la escuadra; y con ellos al hombre de santuarios verdes en que venera a un búho –su habitat intocable-- con una esmeralda extraña entre sus orejas; al político corrupto, el pícaro y el zángano. Hijastros de una misma bestia roja de diez cabezas con diez diademas que intenta barrer la tierra con su sangriento rabo.

Nos quieren satisfechos, y sin agallas; vomitables ejecutores del crimen más deplorable: la inacción, la abulia, la indiferencia de burguesismos execrables; la actitud mezquina de quien no hace nada malo ni bueno: incapaces de estirar el alma, faltos de vuelo.

Estremecernos si no nos estremecen, escandalizarnos si no nos escandalizan. Estremecer y escandalizar a los que, adormecidos,

clavan el puñal del indiferentismo, del abandono traidor a la tarea a la que fueron convocados. El mundo es de los otros porque somos flacos de espíritu. Sin guías, sin líderes ni de dónde extraerlos porque no parimos sino nuestros iguales, fundidas mayorías y minorías a ras del suelo. Como única arma de desperdicios el voto desde el estómago, la solitaria víscera que dejan los desganos. ¿Pobres los hijos de nuestros hijos? ¡No si haciendo trizas el trapo de sus rojas banderas, les arrancamos la hoz que alzan en sus manos y las dejamos, hondas, clavadas en sus pechos; si a todas las internacionales, sin importar sus signos, les aplastamos las odiosas cabezas; si retorciendo iras le flagelamos a cada mercader sus espaldas con tiritas de cueros. ¿Por qué no nos sublevamos? ¿Dónde los abandonados garfios, los odios puros, rabias de aceros?; bastarían los de unos pocos, enardecidos, que cuando muchos bogan se enredan los remos. Existe el absoluto y el absoluto es nuestro, existen las auroras que surgen de las indignaciones cuando todo es más negro.

La plebe ha renunciado a la autoridad; y la autoridad, espantada, trémula y cobarde, ha renunciado a ser y a ejercer. Todo se radicalizó con un hombre y una era, y una reforma: en ella se masificó el relativismo, quedaron hechas añicos la verticalidad, la tradición, la jerarquía, y la moral: la angustia de un hombre atormentado por su propia salvación, confundidas caída original y concupiscencia, condena al ser humano a ser irremediabilmente corrompido: su obrar, en consecuencia, no puede agrandar a Dios. La obra, si acaso es –no es necesaria--, ¡es sin valor salvífico! sirve de nada: es consecuencia de la justificación que se nos tira como migaja. La conjunción de presunción –soy un predestinado-- y desesperación –soy un vil, despreciable desecho humano--, ambas desgarradoras hijas de la soberbia, le hacen aferrarse a un Dios que mira al hombre, y a su corrupta esencia, como si fuera justo. ¿Dios? Un arbitrario que rige por antojos, por una despiadada voluntad, que me creó sin consultarme, y sin contar conmigo salva o condena; me salvaría porque sí, porque le da la gana, sin mi edificar ni mi cumplir de mandamientos. Para ello, el ayer molesta: se destrozan tradición, autoridad, pontificados. El imperio es el de un libro mutilado, que le sobran páginas. Se sustituye al Cristo vivo, encarnado en Su Iglesia, por el libro. Se truncan vida y espíritu, y se da de comer y beber la letra muerta. ¿Yo soy la Vida?... ¡Yo soy la letra! ¡Soy el camino!... ¡Caminos los hay tantos! Cada uno un sendero, cada cual es un Pedro. Nada ni nadie que transmita, en sucesión de descendencias, los hermosos recuerdos de la vida, los sueños, las alegrías, a la luz de la lumbre en cada lar; en la forja de hombría, en la acrisolada dignidad profesoral de cada escuela. Quedan despedazados los asombros, la rebusca, la pregunta

incisiva, los escozores, la guía, el rumbo, el anhelo de perfección: su búsqueda perpetua!

Se mata la ley natural y la razón que la conoce. Más serio será el ateo que niega y busca. No hay más que dos posibilidades de que el Dios exista, y escoge el no. Más consecuente, tacha radicalmente su existencia --no habrá que asesinar al que no existe--, se rebela, e indaga. Más académico que el declarar que existan tantas interpretaciones como neuronas en cada personaje, erigir en maestro al más estulto de los mortales, y establecer como única regla el que no haya regla, ni autoridad en jerarquías, liturgias, cultos, y menos eso de comerse al Cristo! No hará sentido el hendirse las carnes con hierros de puntas enroscadas, el sacrificio, la pujanza; innecesaria la virtud heroica con su dote de oros y rubíes: la santidad; ya no habrá santos, y no los tienen. Que todo da lo mismo, ya no hay que ser de pelo en pecho.

¡No! No a la religión que quiera hacerte sentir bien, cómodo, no estremecerte ni escandalizarte, asesinando al *Que Es*, aquél de los ejércitos. Muchos modos de hacerlo, y el peor es el flojito. ¡No! *“¿Dónde está Dios? Os lo voy a decir. Le hemos matado; vosotros y yo, todos nosotros somos sus asesinos. Pero ¿cómo hemos podido hacerlo? ¿Cómo pudimos vaciar el mar? ¿Quién nos dio la esponja para borrar el horizonte? ¿Qué hemos hecho después de desprender a la Tierra de la órbita del sol? [...] ¿No caemos sin cesar? ¿No caemos hacia adelante, hacia atrás, en todas direcciones? ¿Hay todavía un arriba y un abajo? ¿Flotamos en una nada infinita? ¿Nos persigue el vacío [...]? ¿No hace más frío? ¿No veis de continuo acercarse la noche, cada vez más cerrada? [...] ¡Dios ha muerto! [...] ¡Y nosotros le dimos muerte! ¡Cómo consolarnos nosotros, asesinos entre los asesinos! Lo más sagrado, lo más poderoso que había hasta ahora en el mundo ha teñido con su sangre nuestro cuchillo. ¿Quién borrará esa mancha de sangre? ¿Qué agua servirá para purificarnos? [...] La enormidad de este acto, ¿no es demasiado grande para nosotros?”*

Golpearte, sacudirte de arriba abajo; y por tenerte asido hasta los huesos, del alma al espinazo remecerme.

De lirios y de vinos

*"¿Quiénes pueden dominar a los hombres,
sino aquellos que tienen en sus manos sus conciencias y su pan?"*
Dostoievski

La mesa recia, de nudos bastos; la copa de vino fuerte; la lámpara, de aceites, mueve sus fuegos en la noche caprichosamente. La pluma de ave, oblonga, dócil y rebelde entre sus manos de poeta; barrigón el tintero de tintes negros, se esconde a la vista no acostumbrada a las sombras que todo lo acorralan. Lo busca; la agarra y la sumerge. La mujer en el alma, inalcanzable acaso, le rasga la piel al pergamino con sus versos. La amada de suspiros, toca los lirios con sus sueños. Se le confunde ella con ellos. En la pared de canto, rosas, vela menuda, una madona. Le vuelve la mirada y reza. ¡Dueño del mundo, dueño del cielo!

Habla el sueco W. Stinissen de una neurosis fundamental del hombre contemporáneo, que tiene su origen en la represión de Dios; de la pérdida de contacto con el nivel trascendente de su ser, que le precipita en un abismo de absurdo y soledad. La falta el pergamino; la madona, que sin ella no hay caminos; la mujer que se sueña, los lirios y las rosas, la pluma y el tintero que chorrea las letras. Se traga, no se come, se engulle y no se bebe; se corre en el betún, no se pasea; se grita, no se dialoga; se vence, no se convence; el sexo desclavado del amor; la daga, el pundonor, ahora son el puño contra el puño en circos nuevos chiquitos y cuadrados, pagados con dineros.

Rompe. Entra brutal el enorme ojo deformado, deformador, de la televisión. Soy yo el que la coloco frente a mí en pedestal de platas. Rasgo mi tiempo para adorarla, huésped de lujos, en cada casa. Observa en derredor, otea voraz, y luego brama, indoctrina, manda. Año tras año, con infatigable tozudez de araña, ha roturado cada mente, forjado el pensamiento, moldeado cada pensamiento. Ésta, dicta, es la verdad: éste tu alimento: si discrepas desentonas, si desentonas penas, ridiculizas; si penas mueres, aunque arrastres por escondidos callejones tus pródigas miserias. Soy su producto. Es un dios nuevo con un solo mandato: me obedeces. Cree lo que yo creo, repite lo que repito; hazte mi esclavo y multiplicaré tus sueños de lo que necesito que deseas. Mira: aquí está el sueño: ¡triumfar!: tú puedes: puedes materializarte hasta la médula del hueso: ¿una casa?, ¿un automóvil?, ¿sedas y lujos? Eso y más si cedés, si me acatas. Eso es, ¡el sueño americano!, lo que importa, lo que mereces. ¿No eres la cúspide del mundo? Alza tu propia estima

que yo te apoyo: eres lo excelso, lo que debe primar. ¡Eres el uno! ¡El uno enorme! Mira, mejor, eres el dos y el tres también, ¡el infinito!: lo eres todo. Todo lo llenas: ¿hogar?; llenas la casa vacía de niños que no te hacen falta y que te amarran, que no te dejan desarrollar tus desnudeces.

Borrego en masa, chato, uniforme, gregario y dócil, la consabida milésima de mil personas: ni leo ni escribo, ¿pensar?, callo y me amoldo. Inmensos los gobiernos que me amamanten y señalen lo que más me conviene. ¡Bravo! y aplaudo. Pazco a la sombra de la yerba. Todo lo admito, todo tolero, todo indecencia en aras de una libertad que, baja y mezquina, fragmenta, aplasta. Todo en rasero. Lo ilegal tiene derechos, porque todo es derecho. Racista si protesto. Retrógrado si no consiento, cavernícola si a divergir me atrevo. Destruído mejor que vertical. Hay una nueva realidad moldeada para mí por el timón que está detrás de los gobiernos y que domina la comunicación, que indica que es bueno para mí lo que es formidable para ellos. ¿Mil prensas? ¡Prensadas en una prensa! ¿Noticias? Las que les apetezca. Noticias cortas, comentarios extensos y repetidos, agotadoramente engarzadores; servidos ya para que sin el cansino masticar, engulla. ¡Me parece muy bien y estoy contento! Qué alivio el no pensar, que duele tanto. Qué matizadas sugerencias; qué tranquilizante que fabriquen el quehacer, lo que yo quiero, adónde el enemigo, a quién odiar; y a quién tengo que amar, reverenciar, servir. ¡Eres libre! ¿Libre? ¡Libérrimo!, te lo digo yo que lo sé todo, que lo miro todo, que lo escribo todo, que lo encamino todo, que todo lo consiento: libre de moralidades, de responsabilidades, de derechuras. Nada está por encima de la libertad: ¡Sin ataduras! Esclavo sólo de tus antojos, de tus caprichos, de tus pasiones, de lo que exijan los instintos desbocados de tu cuerpo. ¡Ah!, y de lo que yo te sugiera paternalmente que te es adecuado. Tú olvídate de todo, que yo me encargo.

Dejadas por viejas las manzanas, estrena el padre de las mentiras su truco nuevo: no serás como Dios, ¿cómo ser como algo que no existe?: serás, mujer, como es el hombre. Dejarás de ser tú, y serás como él. Tiene cada mujer que no es afeminada y tonta con el hombre parecido: puedes lo que él puede... si dejas de poder lo que él no puede: preñarte las entrañas; y si te preñas te lo arrancas, que pisoteado el lirio, estorba el niño.

Un ¡ay! en mis anhelos. Te añoro el alma recia, te anhele bella, te anhele primorosa, grácil, vital y poderosa, sencilla y reina. Todo procaz: la mesa frágil de vidrios rasos; cerveza al pico, la lámpara de

estruendosos neones deslumbra, ausente el fuego; borradas poesías, rosas y la menuda vela; el hombre barrigón, que no hay tinteros ni caprichos de noches, ni oblongas plumas de ave aplastadas, embrollado de ordenadores y digitales adherencias. En la pared, ausente la señora, sustituye el cartón a cal y al canto, cuelga un ojo brutal deformado, deformador, que ordena y veta. Vuelve a él la mirada, hipnotizado, el aborregado, presa de su neurosis fundamental, el ser que lo obedece, acata, y ya no reza. ¡Dueño del mundo, dueño del suelo!

"Si pregunta por mí, dile que habito en la hoja del acanto y en la acacia... Soy un árbol, la punta de una aguja, un alto gesto ecuestre en equilibrio; la golondrina en cruz, el aceitado vuelo de un búho, el susto de una ardilla. Soy todo, menos eso que dibuja un índice con cieno en las paredes de los burdeles y los cementerios. Todo, menos aquello que se oculta bajo una seca máscara de esparto. Todo, menos la carne que procura voluptuosos anillos de serpiente ciñendo en espiral viscosa y lenta... Si pregunta por mi traza en el suelo una cruz de silencio y de ceniza sobre el impuro nombre que padezco. Si pregunta por mí di que me he muerto y que me pudro bajo las hormigas...". Contigo, Emilio, clamo.

Baja de la Cruz...

...y creeremos.

Un solo requisito: ¡Bájate de ahí! Por tantas, tantísimas razones. Ahora que te vemos alzado, intuimos que algo va a salir mal. Estás totalmente destrozado y solo, tus secuaces huidos. Vas a morir; pero hay un cosquilleo interno, una inquietud inexplicable que nos abrasa. Algo se vuelve en contra nuestra; en algo erramos.

¡Baja! Y baja pronto, antes de que esa cruz se agigante hasta cubrir con sus brazos los cuatro confines de la tierra. Intuimos que si llegases a morir crucificado, ese enorme madero será la piedra que anunciaste que nos haría añicos. Seamos francos, no vamos a creerte de ninguna manera. Si bajas les diremos que Belcebú te ampara, que no es sino un arte de negras magias.

Esa cruz nos molesta. Pudiera hacerte mártir. Querrías quizá hacerla significar heroicidad y sacrificio. Entrega. Mira lo que logró con el ladrón: convierte. Sin esa cruz dictaminaremos doctrinas que conduzcan por senderos más configurados a nuestros mesiánicos anhelos.

Dan miedo y ascos esos cruzados leños que te sostienen, el letrero tan alto diciendo que eres rey, el sol que escapa, la tiniebla que aprieta contra el suelo, la angustia embarazosa de no saber a qué conduce ese todo que se hace confusión, destino incierto. Antes prepotentes, ahora temblamos; antes seguros, ahora dudamos. Antes señores, líderes, amos, poseedores de la ley, maestros; ahora todo es duda y desarreglo.

Si bajas no te creo; no puedo; sería negarme a mí mismo después de todo lo que he hecho. Y si no bajas compondré un discurso para anular tu cruz. Ahora que sospecho lo que buscas, les diré que la cruz es signo maldito; la peor lacra el sufrimiento. Es la prueba suprema de que eres injusto hasta la entraña; que el dolor, lacerante, es sin sentido, ni fin, ni causa. Injusto tú, y más tu Padre que te ha clavado. Injusto que aquél que llamas Padre no detenga el brazo armado de cuchillo que va a clavarse en el pecho de su inerme hijo; que ve indiferentemente su camino regado de sangres y derrotas, desde el Getsemaní al Calvario. Inicuo Padre que permite que un gobernador, fatuo y cobarde, tome a su Cristo y le cuestione, le azote, le denigre; que Herodes incestuoso le trate como a un loco; que un pueblo soberbio y engreído le escupa y le condene. Lo fue. Y si lo fue contigo ¿qué con nosotros? Lo es; ahora, aquí, conmigo. Alzó mil cruces después de aquélla; las ha sembrado en todos y cada uno de las

miríadas de niños que sufren y han sufrido, de este hijo mío que se muere, o está paralítico, tullido; de los tiranos que sesgan vidas con crueldad, que oprimen y revientan sin que nada suceda. No veo dónde está tu misericordia, ni tu poder; sólo veo injustas calamidades, dolor y angustia, opresión, hambre, miseria. ¿Quieres que crea? ¡Si eres Dios, tacha la cruz! itáchalas todas!; o afirmaré que eres un torcido impotente. Vale la pena que lo intentes: si bajas de la cruz, y si nos liberas a nosotros de ella --iarriésgate!-- acaso, entiende que sólo acaso, creeremos.

Hace tanto, Señor, que repito lo mismo. Mi juicio es ya perpetuo sin escuchar razones. Es más fácil culparte que culparme a mí mismo. Blasfemar se ha hecho en mí congénito, habitual, porque no arroja consecuencias si lo hago; y da prestigio, eleva el intelecto por encima de desacreditadas beaterías de otros tiempos. Sé que es un absurdo decir que eres Dios y al mismo tiempo llamarte injusto. Aunque ¿sabes?, lo creo y me lo creen. Y no me hables de resurrección y menos aún de esos que llamas tus seguidores. Son la más profunda prueba de tu fracaso. Te arrostraré con Nietzsche: «*Mirad a los cristianos. Siguen a un resucitado, pero sus caras son de muertos. ¿Cómo voy a creer a estos cristianos que, siguiendo a un salvador, no tienen cara de redimidos?*». Has fracasado con ellos y conmigo. No des razones, que ni las quiero ni las entiendo.

No hay, amigo, explicaciones. No las va a dar. No vino a eso. No a abolir el dolor; no a hacer un tratado que apele a tu cerrado corazón; a tu empecinarte en tu ceguera, en tu exacerbado amor de ti mismo. Es su misterio. No vino a suprimirlo; vino a acompañarte en el dolor, vino a asumirlo. Él. Primero Él. Vino, a hacerlo... ¡bueno!... con tal que lo claves al madero.

No va a bajarse. Ahí estará para mostrarte lo que sólo desde la cruz puede mostrarse: el amor puro, el amor loco. Para decirte que el sufrimiento es --le llama redención-- el más profundo y más hermoso de los misterios. No va a bajarse, va a esperar, sin importar tus gritos, que seas tú el que te encarames en la cruz, que te cosas a ella porque lo quieres. ¿No entiendes que la única mentira es que haya en la cruz dolor y sufrimiento?

*No tengáis miedo. Esta cruz no fue mortal para mí,
sino para la muerte.
Estos clavos no me penetran de dolores, sino de un amor más
profundo hacia vosotros.*

*Estas heridas no causan mis gemidos, sino que os permiten entrar
más hondo en mi corazón.*

*El acuartelamiento de mi cuerpo os abre los brazos,
no aumenta mi tormento.*

*Mi sangre no se ha perdido para mí,
ha sido vertida para vuestro rescate.*

No bajaré. Somos tú y yo lo que tenemos que treparnos. Se trata de abrazarlo; no de entenderlo. No hay explicaciones. Darlas sería arrojar margaritas a los puercos.

Aquella estatua...

*"Hay afirmaciones tan estúpidas,
que sólo un phd puede creerlas."*

Isa Ben Adam

Esperé su vuelta con ansias impacientes. Era mi confidente y amigo; lo había sido, camarada fraterno de incontables jornadas, transcurridas en aquél mismo patio en que ahora me encontraba y que constituía como el arrancar del tupido bosquecillo de la granja heredada de mi padre. Charlas, encuentros fuertes, discusiones airadas, conversaciones alegres que animaba aquél vino favorito que para Federico siempre guardaba con cariño. Había emprendido él una de sus acostumbradas giras de pláticas por varias universidades, esta vez por el más apartado, escondido oriente.

Atraía. Su brujón de títulos, doctorados, distinciones honoríficas, no constituían la causa de que le reclamaran de todas partes. Era su magnetismo personal, la sencillez con que deshacía los más complicados temas; su presencia misma, cargada de respeto sin distancias, como la de un hermano mayor y muy cercano al que se admira y quiere sin que la brillantez ofusque ni la simplicidad disfrace.

Le conocía todo lo bien que su amistad abierta y fresca me concedía generosamente; todo lo que permite el asomarse al infinito transpirar de un alma de inquietudes supremas, de búsqueda incansable, con rectitud y seriedad ante el devenir y sus misterios. Le había contemplado arrodillado ante la abismal limitación del espíritu del hombre y la sobrecogedora infinitud que le oprime y le reta; y luego sucumbir, con la usual flaqueza, mortal al fin, ante la tentadora ilusión que cree abrir como un resquicio en el agujero oscuro de la ciencia, para extraer, ufano, sus juguetonas teorías. ¿Cómo no tenerlas? ¿Cómo sustraerse a la caricia de ese fascinante mediterráneo que creemos tan muy nuestro, tan fruto natural del natural desvelo, de ese caer de hinojos ante el saber rogándole sus dádivas? ¡Y obtenerlas! Se conocía flaco; pero tenía sus hitos, sus fortalezas conquistadas, su doblegar al pensamiento pulsando duro. Y entonces era firme. Era, llanamente, humano.

Regresó, un día, cargado de historietas, de aprestos y de supuestos nuevos, y me abrazó interminablemente. Lo llevé, temblando, al sitio nuestro; nos sentamos, le apreté su brazo, y le mostré la estatua. Quedó paralizado. Jamás había visto, confesó más tarde, nada igual;

entonces sólo deslizó un mudo asombro, como escapado del alma y sin quererlo, sin poder sujetarlo...

Se alzaba contra el bosque, divina, majestuosa, desafiante. El recortado mármol se adueñaba del todo, lo esfumaba, prevalecía.

- ¿De dónde has sacado esa maravilla? ¡No es obra humana!

No. No lo era. Y comencé a explicarlo con timidez, como niño a quien le espanta confesar su fallida y desastrosa intrepidez, pero se vence; como el ángel que al blandir el fuego de sus plagas se estremece. Había surgido ante mis ojos, confesé, arrancada al no existir. Por pedazos. Noche a noche, y sin lugar a dudas. Allí estaba. Ante todo emergió, en los aires, sin sostén alguno, aquella noble cabeza de madona adusta. Y nada más. Por dos noches consecutivas no hubo añadidos. Flotaba en el murmullo de los vientos y me miraba airosa, en el sitio exacto y a la altura precisa donde ya quedaría para siempre.

Después, a capricho, cuando el arcano lo quería, le fue añadiendo trozos, hasta tocar la tierra, la increíble obra completada.

Me miró con violento recelo. Después se fue calmando. Pasó de la ironía a la risa grotesca, mientras yo le juraba una y mil veces que no jugaba, que no lo haría con él, que no mentía, que era la más hermosa, sublime, dádiva del cielo.

Tardó en recobrar su compostura. Yo le entendía. Absurdo. ¡Pero existía, estaba allí, nos contemplaba! Surgió el profesor y el amigo mezclados con ternura. Era imposible, y desveló las infinitas causas del inadmisibile, de la locura, de la no cabida de la casualidad, de lo no explicable. Me miraba de frente, y hablaba de soslayo; me hablaba de lado, y me miraba recto.

Desplegó como nunca sus artes de maestro, de compañero, de sabio solícito y bueno. Tras la negación de incontestable lógica, del no rotundo, me explicó que no la estatua, pero que el resto todo del universo, de soles y de estrellas y montañas, del pájaro y del ave, y del tú y el yo, de cuanto existía por encima, y de lado, y debajo de aquella estatua, era un simple producto de la casualidad más absoluta; inacabable, indestructible, eterna.

Cegueras

Hay cegueras, y hay oscuridad, y no se diferencian mucho. En definitiva, ambas son ausencias de luz. Hay oscuridades físicas, y las hay del alma.

Un Dios que llamó aquel día. ¡Hace ya tanto! Habíamos visto el camino lleno de luces y de entusiasmos. Se abría ante nosotros, y fuimos muy felices. Después, en ocasiones, unas más largas y otras menos prolongadas, se nos llenó de tristezas el alma.

¿Pecado? ¿Alejamiento de Dios? Si lejanías, sabemos quién se ha movido. O a veces es Dios el que se oculta para que le busquemos con más ansias. Es lo que llaman la noche negra del alma. Santa Teresa, Teresa de Calcuta. San Josemaría gritó por años: Domine Ut Videam. Ut sit. ¡Señor que vea! ¡Que sea!

A nosotros, a todos, nos ha tocado. Quizá ahora. Un solo camino, un solo remedio: más oración, no importa si reseca, ardua, vacía. Pegarnos más a Dios, al que no vemos, al que no está; gritar en las oscuridades como el cieguito a la puerta de Jericó.

Clamar en el solo sitio donde Dios no puede ocultarse. No puede aunque quisiera: en el Sagrario. En la Hostia. Ahí vamos y le vemos cuando nos venga en ganas.

Gritar, y mucho. *A gritos y con lágrimas*. Nos hace falta: ¡Jesús, Hijo de David, ten piedad de mí! Y si la gente nos incrimina, gritarle con más fuerza, hasta soltar el manto para seguirle con menos lastre, con más ligereza; que cuando se trata de Él, de Su camino, aun el manto estorba, se traba entre los pies, y pesa.

La puerta angosta

"Esforzaos a entrar por la puerta angosta; porque os digo que muchos procurarán entrar, y no podrán."

Lc. 13:24

No basta con procurar; que es interesante término, aunque totalmente inútil para lo único que es útil.

Espanta la frase del Cristo: ¡Muchos!, ¡muchos los que procuran y no entran!

Los tres vocablos puestos así, tan juntos, tan enlazados, aterran: procurar, entrar, angosta puerta. Muchos los que no podrán. Tú, y yo, acaso, entre ellos. Mientras más sean, mayores oportunidades de formar parte del grupo.

Procurar es verbo flojo. Para los flojos. El que procura no mete el alma. Tienta. Se asoma. Serlo aterra. Ser de los que gritan Señor; de los que van por el mundo pregonando; sin considerar que más gritan los del cotarro, con más pulmones y fierezas. Y parece que es fácil serlo, porque son a montones, según la frase esa, la de allá arriba, la que encabeza.

¿Dónde la puerta? No en los mares ni en los sembrados, ni en las plazuelas, ni en campos, ni en montañas. Esos no tienen puertas. Tampoco los caminos, ni aun el camino. Quizá atine con el sendero; pero se trata de una puerta, chiquita, estrecha, a la que hay antes que localizar porque no te dicen dónde se encuentra. No dice puertas. Es puerta, en singular. Y por esa puertecita –¡primero hallarla!-- tenemos que entrar todos, muchos al mismo tiempo, a empujones, a dentelladas, con extrema violencia, brutal, salvajemente –todo lo que no sea procurar-- si queremos pasar por ella. Y no cabemos; no caben tantos, al mismo tiempo, por un tan ínfimo agujero en medio de la nada. Por eso son tantos los que no entran. No procurando, a tientas. O soy un tonto, un insensato; o esto es horrible.

Quedarse afuera ¿Adónde? ¿En medio de qué sombras, de qué terrorífico, maléfico lugar? Porque no es éste, éste de ahora; sino es el lugar, específico, determinado, puntual, por donde dicen que hay que entrar. Afuera. Sin Dios y sin defensa; que Él está adentro, del otro lado, adonde ya no pude, ni puedo, ni podré entrar. No va a abrir, aunque toque con puños y a patadas. Está cerrado ya. Cerrado y para

siempre. No importa cuánto llore, ni desgañite, ni implore, ni dé alaridos. Cerrado queda. No me abrirán.

No podrá nadie abrirnos, porque no pueden desde adentro. Y aunque pudieran no se atreverían porque del otro lado no saben quién soy, ni quién tú eres; amén que se confunde chillido con chillido, blasfemia con blasfemia, rugido con rugido; y se hacen inidentificables los que braman, suplican, gruñen, bufan, berrean, rechinan dientes.

Parece un Cristo incommovible, duro, sordo. Como yo ahora. Parece que pagara con la misma, mismísima moneda con que yo pago. El mismo trato. El sin amor, con sin amor se paga.

¿Es la puerta la muerte? ¿Es un lugar? ¿Seré, yo mismo, camino y puerta y sitio, e imposibilidad? ¿Será que de mi vida he hecho páramo baldío, sin cercas y sin tranqueras; y arrancado los ojos, voy con la legión a despeñarme, a hundirme en el abismo por huirle al abismal infierno sin saber que ya estoy en él, que estaba cuando hacía el camino? ¿Será que ante el Cristo en agonía desespero porque no soporto la luz, porque me encanta el fango y la cadena, y el afilado cuchillo de los porqueros?

Quiero esforzarme, no quiero tu rechazo. Quiero pasar; no quiero ver a Abraham y a Isaac y a Jacob y a todos los profetas en el Reino de Dios, mientras que soy arrojado a las tinieblas. Sé que vendrán de Oriente y de Occidente y del Norte y del Sur y se sentarán a la mesa en el Reino de Dios. Quiero estar allí; el último de todos, pero con ellos. ¡Sí me abrirán!... espero.

En menos de cuarenta días...

Nínive va a ser destruida.

Sin remedio. No hay escape. Nínive era una ciudad enorme, tres días para atravesarla; era, en esos tiempos, más que un Manhattan de hoy, más que un Madrid, o París, que todos los Nínives de ahora. Y acaso menos depravada. Comían y bebían y no pasaba nada. Dios enterrado menos profundamente, con menos tierra entre el cadáver de Dios y el pisar de los humanos. Dios sepultado, Jonás que grita.

*"Si pregunta por mi traza en el suelo
Una cruz de silencio y de cenizas
Sobre el impuro nombre que padezco.
Si pregunta por mí di que me he muerto
Y que me pudro bajo las hormigas..."*

Te pudren, Dios --diría Ballagas--, bajo los cadáveres de tantos niños crucificados en el vientre de sus madres, iuno cada veinticuatro segundos mundialmente!; de tanta burla, de tanto escarnio, de tanta carroña que pisa encima de la tierra en que se hunden cuando te arrastran.

Los sepulcros blanqueados de hoy se mueven, gobiernan, convierten heréticas hipótesis en teorías; blasfeman, pueblan de los demonios cada uno de los tres días que se necesitan para cruzarla, y nada pasa, ¡y todo pasa! Porque en menos de cuarenta días vamos a ser aniquilados nosotros por nosotros mismos. No necesitamos azufres que arrasen desde el cielo: bastan estas uniones nuevas delante de perversos jueces que sancionan la sodomía más descarada; con declararnos orgullosos de ser degenerados. Entronizada la falta de respeto, la vulgaridad, la grosería, el relativismo moral la desacralización, la chabacanería.

Aguanta tu mano y tu brazo de Dios, que tenemos cuchillos que producen terroríficos miedos, y con ellos atraviesa cada padre el pecho de cada hijo. Nos basta nuestra destrucción de las legiones, de los ejércitos de cruzados con un simple ukase de *no preguntes y no digas*. Has visto, las has visto, calles repletas, hoy mismo, mientras Jonás exhorta, de vagabundos de soeces pancartas; sin saber qué predicán, arrastrados por iguales dineros que aquellos contra los cuales despotrican. Valijas que los nutren. Los George Soros, innumerables los Soros de los oros, cebados, reclutando a otros diminutos, clonados, por ellos amantados. Dinero a dentelladas contra el dinero; belcebúes contra luzbeles que derrumban la casa en la que viven, y la reniegan y destruyen.

¿Y dudas, Nínive que te desvistes de saco y de cenizas, dudas que vayas a ser destruida sin remedio en menos de cuarenta días? Tú que te alzas hasta los cielos, a los infiernos serás lanzada. Para ti cuatro decenas de lunas serían mucho, porque tienes fuerzas y empujes de aniquilación masiva y aterrante en tus vientre asqueados.

No es un rugido de apocalipsis, ni profecía agobiante. Es un simple apelar al menos religioso de todos los videntes: es Nietzsche quien extiende la memoria del superhombre a la Roma de huestes imperiales, por ella misma hundida, sacrificada por sus hijos, sin necesitar ayuda de los bárbaros que llegaron cuando ya nada tenía redención. Nos atravesamos con la espada como lo hicieron ellos; sucumbimos como han sucumbido todos los que fueron lo que hoy somos, los de avaricia y cieno. Nos sepultamos en la misma tumba en la creemos sepultar al Yahvé de los Ejércitos.

¿Te vistes de saco y de cenizas? ¿Renuncias con tus bestias al agua, al alimento; les arrebatas el pan de la boca en penitencia a los hambrientos, y le quiebras el cántaro al que extiende al río la garganta reseca? ¿O crees que matando inocentes, amancebando hombres con hombres mujeres con mujeres, arrancando a Dios de las escuelas; desnudando al Estado de toda moral, decencia, dignidad humana, como se hace con una prostituta; derribando a Dios de tus paredes, elevando el becerro de oro a tus altares, degradando a tus mejores hijos, vas a conquistar algo más que un universo de vilezas?

Es tuya y mía la elección; aquí en la tierra, que aquí en la tierra vas a ver, a sentir, a sufrir y a vivir de tu respuesta, en el monte que pisas, dentro de poco:

*"El Señor de los ejércitos ofrecerá a todos los pueblos sobre esta
montaña
un banquete de manjares succulentos, un banquete de vinos añejados,
de manjares succulentos, medulosos, de vinos añejados,
decantados.....
pero Moab será pisoteado en su suelo, como se pisotea la paja en el
estercolero".*

Y todo antes de lo que tú imaginas; en menos de cuarenta días.

**Mi casa es casa de oración y vosotros la habéis convertido...
...en una playa**

Soñé. Soñé que eras tú al que soñaba. Sueño irrealidades.

Te veo entrando a la iglesia de mi barrio, y no sé si vas o si vienes de repletarte de soles y de arenas; si has dejado el cubito y la palita en el auto, con arena y sal pegados porque llegas, o limpios porque vas hacia los caracoles. Tienes camisa llena de sombrillitas diminutas y de flores enormes; y algo parecido a unos calzoncillos largos repletos de bolsillos extraños, que muestran tus piernas horribles y peludas. Tus dedos se introducen en las tiritas de tus chancletas que los reciben un poco asustadas --ison tan feos!--

Abrazas a empellones a ese amigo con el que jugaste al golf hace dos días, mientras tu voz de trueno salta por encima de diez bancos hasta golpear al otro --jugador de dominó-- que está apoltronado diez bancos delante del tuyo y que no te ha visto porque lee el boletín semanal de la parroquia, mientras le pisas los pies a una viejita. Te lo concedo, todos hablan, entran y salen, conversan, y no es fácil oír ni que te oigan. Finalmente, después de algunos más, y más o menos eufóricos apretones de manos, te tiras sobre la madera de tu asiento, cruzas el brazo por detrás del respaldo del banco y del cuello de tu mujer que se está ajustando las tiras de la trusa que "esconde" debajo de la colorada blusa de generoso escote.

Cristo en la caja de oros. Vienen a visitarlo; pero nadie lo contempla, nadie le habla.

Miras en derredor. Hay muchos ataviados como tú. Otros se enfundan en jeans que parecen ser uniforme de Misas, porque se pueden contar diez de cada once con los mismos ajustados pitusas: los padres y los hijos, y el tío solterón y la abuela (lo que varían son las marcas de los diseñadores); con sus invariables zapatillas del gimnasio o de practicar algún deporte.

Al voltearte para ver si hay más amigos en la iglesia, tu vista tropieza con el confesonario. Te viene a la mente un adjetivo: *anticuado*. Tratas de recordar la última vez que tú o uno de los tuyos se arrodilló delante de un cura. Las telarañas te obstruyen los recuerdos. Buscas por curiosidad en el boletín que alguien dejó todo arrugado en el banco...
Confesiones: Sábados de 3 a 3:30 PM.

Te sorprende el retumbe del tambor y la trompeta, y el director del coro que lanza sus amenazadores brazos a los aires exigiendo que cantes y que acompañes con palmadas el altisonante ritmo que arman panderetas y timbales. Ahora no hablas. Tampoco cantas. No es varonil. Amén de que es en inglés. Te mueves un poquito, cadenciosamente, como la mulatica de delante de ti, y el novio... ¿Donde los has visto antes? ¿En Versalles de París o en el de la Pequeña Habana? Tiene que ser en el de la calle 37 porque en Francia nunca has estado. ¡Qué ocurrencia formidable! Te viras y se lo cuentas a tu mujer. Se ríen ambos hasta cansarse. La risa se pierde entre el retumbar que arman músicos y cantores.

Siguen entrando feligreses. Se les hizo tarde.

Comienzan las lecturas. Eso te gusta porque es sentado. Larga la primera, interminable y mal leída. La segunda está mejor: corta, y le viene de perillas a tu esposa. Le das un pequeño codazo. Ella se enfurece y te pellizca. ¡Carimbo; duele! De nuevo el tambor y la trompeta: eso lo cantas, ese Aleluya siempre te ha agradado.

Entra más gente. Un padre y cuatro alborotados niños te empujan, fuerzan el paso y se aprietan en tu banco. Casi te caes.

Homilía. Larguísimo el sermón del cura. Decía tu tía que cuando resultaba largo era que el cura no lo había preparado. Este cura te gusta. Todo es misericordia, todo perdón; no tienes que preocuparte: Dios es muy bueno y a ti te conviene mucho eso. Aquel cura de cuando eras pequeño te asustaba con lo del infierno, y te hacía confesarte del miedo que sentías al imaginarte todo achicharrado. Gracias a Dios las candelas y los demonios han desaparecido por completo.

Sigue llegando gente. Ahora son muchos. De un golpe. Pepín sonrío y le susurra a su mujer: - "Llegó la guagua"

Cristo en la caja, en la nave lateral izquierda de la iglesia. Una lucecita roja marca su presencia. Le pasan por adelante "como Pedro por su casa".

El Credo. Oraciones. La colecta. Tu consabido billetico de un peso. Lo doblas en la mano para que no se note de cuánto es: aquel viejo del reloj grande y guayabera echa de a veinte, y se ve claro porque el billete va todo estirado.

Ofertorio y demás. Al fin se hace un poco de silencio. Un niño chilla, la madre que lo saca. El Padre Nuestro: se agarran de la mano, cruzan los pasillos y se hace una cadena humana que pronto levantará los brazos hacia el techo –como el director del coro, pero los brazos tiesos--. La paz ¡Ahora sí que centellean los abrazos, los besos, las golpes en las espaldas! Gente que corre desde el frente hasta el final a darle un beso a la prima que llegó tarde y no alcanzó asiento en los primeros bancos. Y viceversa. Y de lado. Y de costado.

Comunión. No queda ni un alma en los bancos. Las filas se hacen largas por todo el templo. No importa, hay decenas repartiendo las Hostias consagradas. Entra más gente y se incorpora directamente a los que hacen cola para comulgar. Algún acomodador, imperativamente, ordena a todos incorporarse fila por fila, banco tras banco. Se hace rápida y ordenadamente. Ya se retiran los que repartieron la Comunión hacia sus bancos. Uno de ellos se limpia las manos en su corbata verde.

Empiezan a salir los que están apurados porque el juego de fútbol empieza a la una y todavía no han comprado las cervezas. Con las prisas locas resulta que tropiezan con algunos de los que todavía entran. Te ríes porque te acuerdas de aquel primo tuyo que te hizo notar que Judas también salió temprano.

Oye, tú, antes de que te vayas. ¿Te fijaste en la Consagración? ¡Ila hubo! ¡Fue lo más importante! Un cura amigo decía que los todos los periódicos debería tener entre los titulares de primera plana, con letra gigantesca: *¡Un cura consagró en tal iglesia!* Nada ha sucedido de más importancia.

Resuena entonces fuertemente el timbre del despertador. ¡Alivio! Te lo había hecho notar al principio: una simple pesadilla de verano. Es martes. Me visto y me voy para el trabajo.

Soy ateo...

...vivo como si ese Dios realmente no existiera.

Ateo es el que afirma que Dios no existe. Y el otro, que vive como si no existiese. Ateos ambos: el que lo niega; y quien sin negar su muy hipotética existencia --como simple conjetura Dios le es aceptable-- prescinde de Él.

Están, imponen sus opiniones, los medios de comunicación escriben y hablan para ellos. Los políticos, modistos, y tenderos les adulan, porque sus votos y sus dineros cuentan. Y nosotros no tenemos la audacia de poner puntos sobre las íes. Condescendemos. Somos cobardes; peor aún: burgueses como ellos.

En definitiva es un Dios lejano, que habita más allá de las nubes, totalmente desentendido del dolor humano. De pequeño creía más en Él, tenía más confianza. Creció. Estudió. Comprobó que la ciencia lo explica absolutamente todo sin necesidad de disquisiciones filosóficas ni intrincadas teologías. Los cristianos lo fueron desengañando: ya en la misma salida de la iglesia se desempaquetaban, mostrando su ser más crudo. Y fue adelante, con su familia, su empleo; sin ayudas, ni de allá arriba, ni de aquí abajo, que estorban, que hieren. Yo me labro mis días.

No es cierto que mi vecino no tenga inquietudes; no que esté aletargado. Soy yo el lerdo. Mi vecino está desesperado porque le sacudan; encolerizado espera que le lleven, que le hablen de redención, de cruz, ique le exijan! Su poltrona le quema. Atisba tras las portezuelas de su alma a ver si yo me acerco, si me decido a gritarle que sí, que el Dios existe; quiere que se lo incruste con mi ejemplo y mi hombría. Espera de mi audacia lo que no soy capaz de darle. Sabe que mientras él juega a que juega, yo gasto los botones del control remoto de mi televisor... y se decepciona; lo frustró más cada día. Mi vecino confía en las agallas que no tengo.

Ni quiere serlo, ni actuar como si fuese ateo. Pide darle sentido a sus dominicales tonterías. Ambiciona que le parta en dos mitades cada domingo. Tener tesoros que volcar en sus hijos. Ve con rabia y temblor hundírsele los días en infecundos, estériles vacíos. Mi vecino No sabe cómo hacerlo. Siente las sacudidas de una ley moral en su punzado pecho.

¡Sería tan sencillo si yo me decidiera!...; si como Emmanuel creyera porque me convencieran la bóveda estrellada y la conciencia. Si lo creyera de la única manera en que se cree: con las entrañas todas, con las uñas, la piel y las vergüenzas: Si me lanzara a locas, con ocasión o sin contar con ella contra el vecino, contra el vecino de mi vecino... ¡con todo el que añora, sueña y aguarda!...

Acaso, por omisión, yo sea el ateo.

Cuentos de viejas

Historietas de anquilosada iglesia. El diablo está feliz con las albricias. Logró su sueño: aunado el aquelarre, lo hemos desaparecido. Ni disfraces, ni ocultamientos. Aunque apareciese ante los ojos, no creeríamos; rehusamos creerlo. A lo que sigue la obligada y esplendorosa conclusión: si no existe lucifer, tampoco infiernos ni eternidades largas, prolongadas, ieselas eternidades tan eternas! Existe el hoy que hay que disfrutar a piernas sueltas. ¿Algo peor? Claro que hay algo peor... nos lo han contado.

El diablo entrenaba en endiabladas artes a tres jóvenes diablitos. Le tomó pedazos de perpetuidades porque lo hacía con esmerado esmero y escrupulosa escrupulosidad. Y tras infinitudes bien empleadas, cuando creyó terminado el adiestramiento, los llamó a examen. ¿Qué harán cuando los envíe a la tierra? ¿Qué le dirán al hombre, a la mujer, al niño, al torpe, al sabio? El primero asegurará que Dios no existe. ¡Buena respuesta! Quedó graduado. El segundo resultaría todavía más avieso: les probará que no existe tal diablo. ¡Formidable!: estoy graduando diablitos jóvenes que son más eruditos que los demonios viejos. Y le tocó turno al tercero: "Les diré que existe Dios, que existe el diablo; pero que no hay que preocuparse, que tienen tiempo, que el tiempo es largo, que el fin se tarda...". Y así fue como resultó nombrado capataz de todos los diablitos y demontres aquel portento.

Nota de la redacción: Fuentes no oficiales, pero de entero crédito, que nos han pedido que no revelemos sus nombres, nos han asegurado que a partir de ese momento coyuntural, esa idea ha sido la causa por la que el 98.766 % de los inteligentes se queman en los infiernos.

Negarle al cuerpo, nada

Lo más evidente y más palpable: el cuerpo: Formado de grosores, portentosos volúmenes que se imponen, presentes, a cada instante querámoslo o no; como estas manos que tantas veces, al accionar, no sepamos dónde ponerlas; ese flujo de sangre en nuestros rostros -- ¡esas orejas!--que delata la vergüenza por la que atravesamos; o la palidez denuncia el miedo o el desconcierto abrumador que nos embarga. Presionan hambre y sed: Las necesidades más elementales urgen, apremian, nos crean situaciones intolerables en el momento menos oportuno. ¿Eres mi amigo, o mi enemigo, querido cuerpo mío? ¡Ambos!; y ambos a la vez; como la apasionadamente deseada, del Toboso, enemiga. ¿Negarle? Al amigable lado, nada de cuanto sus reclamos necesiten; vedando al apetito cuanto por capricho clame. Pide el cuerpo alimento: no pide más. Exige el otro, por regalo y molicie, voracidades.

Al cuerpo, por que sirva, no ser servido. Es herramienta maravillosa de la que nos han provisto. Lo más cercano que tenemos y que hay que cuidar, mantener; que si nos pierde su elástico frescor y su brillo se vuelve lastre para arrastrar, impedimento al que hay que dedicar esfuerzos, tiempos, y fatigas. Bien cuidado y con freno es el buen camarada que merece justa compensación; la necesaria, y comedidamente; porque esta envoltura. ¡ojo!, puede ser envolvente.

El detestable anuncio muestra al atleta empapado en sedes y sudores; y una bebida de congelados fríos. Es corto: "Obedezca su sed". El organismo reclama por sus fueros. Puede esperar la sed, y cuanto más mejor. Y le acercaron un hisopo empapado en vinagre. Lo probó por no ser descortés, lo asomó a sus labios. No lo bebió. Estaba crucificado, traspasado de horrores en lo más alto de una cruz. "*Tengo sed*", y le arrimaron un hisopo.

Aquel hombre justo y muy querido mío, iba acompañado de un amigo. Les ofrecen refrescos. El amigo rechaza. Don Salvador acepta agradecido; coloca la bebida a un lado y va mojándose los labios, los sorbos breves, distantes pausas... Al retirase, la bebida queda casi intocada, sin frescor y sin frío.

O dominas o te dominan. O esclavizas, o te esclavizan. O te sirven o sirves. Sin términos medios. Frío, caliente, o te vomitan.

“Es, la mortificación, la plegaria del cuerpo”. No hay para tratarlo otra manera. Al Dios, amarle y rezarle con todas nuestras fuerzas, con todos nuestros huesos, con todas nuestras uñas, lágrimas, dolores, y sacrificios, y contrición, y penitencias...

Sangre y cuerpo quedan radicalmente separados desde el Calvario. Seco Su Cuerpo. Vertida toda. Ya los había separado. La noche antes. Después, de noche, no se demora, se precipita, empapa de ella el monte, abundoso de Olivos. Urge entregarla. A Jerusalén la tiñe a borbotones, condena y perdona un mismo rastro; la cruzará en denuncia, asperja, hasta que en la ominosa Cruz, abrasadora la serpiente en leño alto, a saltos de sangre y agua, negado ya de todo, quede el roto cuerpo ya vacío....

No tuvo que pensar qué hacer con ellos: le extendieron, hasta ya no dar más, los brazos. No hubo vergonzosas rubicundeces en su rostro – no se veía--. El cuerpo, en casta ofrenda destrozado. *¿Me sigues?*

De cómo abusar de Dios.

Usar a Dios. Usarlo y abusarlo. ¿Por qué no hacerlo? ¿Alguna razón para no aprovecharnos de ese Dios que se abaja? ¡Sacarle el zumo! Poner nuestro egoísmo, brutal, salvaje, en la tarea. Es Padre y se enardece de amor ante sus hijos, especialmente ante los más pecadores y pequeños. Ahora que le conocemos el lado flaco, tomemos partido de esa debilidad suya. Obtener todos los beneficios que puede dar el ser más poderoso de este mundo --un frágil Padre-- empleando en Él las mismas armas con las que los pícaros de esta tierra nos adiestran.

¡Olvidados del más allá! ¡Qué otro cielo ni que ocho cuartos! Agarrados a que prometió el ciento por uno en esta vida de acá abajo. Recordárselo. Asirlo duro por el manto, tirar de él, y exigirle mucho; más, más aún, que nos lo tiene que conceder. Está atado, no tiene otro remedio; es acaso su única imposibilidad: ¿No hizo la promesa?... , somos la consecuencia.

Además, no tenemos que concederle retribución alguna, que nada le hace falta. Está lleno, repleto. En su haber todo y más. Amén de que todo lo dio como regalo. No quiere que le retornen nada. Una vez que lo suelta, se olvida de ello.

¿iNo es ése el sueño de los sueños; el negocio perfecto!? ¡Todo a cambio de nada! No aprovecharlo sería una tontada; y a Dios no le agradan ni los estúpidos, ni los tontos, ni los fariseos... Eso último hay que tenerlo en cuenta en el instante en que usemos la trampa: no podemos mentir al que escudriña. Decírselo, espetarlo: --"Mira, venimos a tomar ventaja de Ti. Nos vamos a beneficiar de tus flaquezas. Prepárate. ¡Allá vamos!"

Dos medidas precautorias: vaciarnos antes: hacer hueco donde dádivas quepan. Hagamos agujeros, cavemos, botemos y limpiemos. De estar el alma en plenitud de trastos, por mucho que se afane no halla el donador espacio.

Después servir, porque los beneficios le van sólo a los siervos. Ireneo nos da la llave para abrir esas puertas: *«El concede su benevolencia a los que le sirven por el hecho de servirle, y a los que le siguen por el hecho de seguirle [...] Si solicita el servicio de los hombres es para poder, siendo bueno y misericordioso, otorgar sus beneficios a aquellos que perseveran en su servicio»*. ¡A servirle con creces para que dé con creces! Mientras más se le asigne más da. Negociemos. A

prodigarnos con todas nuestras pujanzas para exigir. ¡Volquémonos! Y en ello usaremos la gran trampa --¡los pícaros lo muestran!--: jofaina y toalla, rodilla al suelo, ante aquellos por los que tiene mayor desmayo: aquellos pecadores que sean rematadamente pecadores, los enfermos irremediabilmente enfermos, los necesitados con mayores penurias. Ahí damos en el clavo.

Pecho ahuecado de todo lo demás, para que desmesuradamente quepa. De usufructuar se trata, hagámoslo a pecho abierto. Abusemos, lucremos, ganando este acá abajo. Mientras más surtamos, más centuplicaremos. Vale la pena. Vaciados, necesitados, pedigüños, servidores del siervo. Para alcanzar la vida eterna no hay que andar muy lejos: acá concurre, acá se atina; yace y está donde me encuentro.

Dichosísimo tiempo

¡Dichosísimo tiempo aquel en que nuestra tierra seguía en quieta y pacífica posesión de todas las telarañas, de todo el polvo, de toda la polilla, de todos los respetos, de todas las creencias, de todas las tradiciones de todos los usos, y de todos los abusos santificados por los siglos! ¡Dichosísimo tiempo aquel en que había en la sociedad humana variedad de clases, de afectos y de costumbres (.....) en vez de la prosaica uniformidad y desabrido realismo que nos legó al cabo la Revolución Francesa! Pedro Antonio de Alarcón

No cualquier era pasada fue mejor, que hay generaciones perversas. ¿Más que la nuestra? Nos entra la morriña mezclada en rebeldía, con rabia de impotencias, de lo que fueron otros tiempos. Éstos, los de este ahora, de prosaica uniformidad y desabrido realismo, los hemos asumido, son nuestros, los tenemos triunfalmente calados hasta los huesos. Somos burdos, cobardes ante los nuevos mencheviques, endemoniadamente depravados y decididos, que se abalanzan sobre la familia, la sociedad y las costumbres para arrastrarlas, pisotearlas, escupirlas, desollarlas.

Apoltronados, no tenemos sino quejas. El burgués no lucha, es amanerado, flojo, dado al lamento. Deja pasar y deja hacer. Llena sus días de avaricias, fabrica con sus oros, y los adora, nuevos becerros. Es... la Nueva Era: se encumbran la libertad, el relativismo, el género sustituye al sexo. Los hombres son menos hombres, las mujeres lo son menos. Exigen tolerancia, y no toleran. No toleran que no se les tolere sin comprender que no es virtud la tolerancia, que no es cristiana, que no es de cruz. Que son, opinión y tolerancia, la tontería más tonta de la tierra. Lo saben. Lo saben y las usan, lo saben y las esgrimen, lo saben y las venden a los que saben que las compran. Peligrosas tontadas que venden a los amodorrados, a los mediocres, y a los que tienen las treinta monedas que cuesta el adquirirlas. Son, además el precio exacto del campo donde entierran a los que no son de ellos, aquel del alfarero.

Aquellos tiempos fueron dichosísimos porque alguien los hizo con sus manos. Aquellos tiempos fueron pacíficos porque los habían conquistado con la guerra. Otra generación tuvo las agallas de arrostrar a los fabricantes de la iniquidad. Ungidos y poetas, héroes y santos, cruzados que conquistaron los sepulcros del Aquino, de Anselmo, del Aristotelismo, de Shakespeare y de Saulo. Aquellos fueron hombres de pedernal, duros para roerlos. Estos de ahora son tipos blandos, narcisos perfumados.

Se necesita una cruzada que conquiste los tiempos dichosísimos con hachas y con lanzas, no con espasmos; que arremeta con estos molinitos de vientos que agigantan los miedos. Son enanitos afeminados, que aniquilan con plumas y abanicos, que nos arrasan, si los dejamos; porque los hijos de este mundo son más sagaces en lo suyo que los hijos de la luz en aquello que es nuestro.

Entregar por filantropía; y lo que doy se va, ya no regresa, está perdido para siempre. Acaso a veces me pueda doler el haber dado tanto. Podría haber dado un poco menos, y guardado ese resto. Si un día me quedara sin nada, querría que aquello regresara. Dar por ostentación, y quedar ya sin ello, mutilado de ese bien o ese dinero. Lo veo irse, acaso con un poco de tristeza porque es algo mío y me desgajo. Es así que me siento: de aquella rama mía desgajado; en algo mutilado, convertido a menos porque hay algo que era antes mío, muy mío, producto de mi ingenio o de mi esfuerzo, y se me ha ido. Es un adiós, y siempre los adioses duelen. Canjear. Dar y quedarme con lo que doy al mismo tiempo de algún modo. Compenso con mi ego acrecentado, mi vanidad aupada; con la admiración de otros, que me da lustre. Acaso con su envidia. Y eso deja tristeza, allá en el fondo, donde yo me encuentro conmigo mismo. Acaso entonces dé más, dé otra vez, repita el ciclo interminablemente. O acaso no dé más, cansado de dar sin que la gratitud de otros llegue, no suficientemente; o no me satisfaga lo que he hecho hasta el extremo de tener que repetirlo. Quisiera dar y tener aun lo que he dado, otorgar y retener, dar sin adioses. Que sea tuyo y siga siendo mío. No quiero disminuir ni aún en eso. Quiero crecer. Es cierto que mi ego se ha engrandecido, pero es a costa de un muñón.

Quisiera, como Cristo, ir y quedarme al dar y poseer; brindar y reservar, otorgar y guardar y mantener. Puedo. Se puede. Aunque tendría que cambiar mi corazón y mis motivos. ¿Cómo lo hizo aquél que se fue y se quedó? Tiene que haber un método, una vía, un camino. Y la respuesta tiene que estar en Él, porque fue el único en lograrlo. ¿Cómo lo hizo aquél que todo lo hizo bien, aquél que se pasó la vida dando? Aún más: todo lo que hizo fue dar, hasta darse Él mismo. ¿Y lo retuvo? Lo retuvo cuando se hizo ofrenda hacerse ofrenda.

Eso es lo que significa dar al Cristo que pasa. Solo cuando no le doy al otro, sino al Cristo que hay en el otro, queda en mi; aunque parezca que se va, como la cuenta en el banco es mía aunque la tenga el banco; aunque parezca que la tiene el banco.

Cuando el adiós es un a Dios, nada se va. Un dar que realmente no es dar, es recibir, quedarme con lo que es mío y añadir; como le sucedió al que tenía diez talentos sumados a los diez que le habían dado, ieran ya veinte!, y al darlos, realmente al devolverlos que nada es de él ni mío, recibió el gobierno de diez ciudades colmadas de talentos, y poder añadido.

Tonto de mí cuando lo guardo, o por ostentosa vanidad lo doy sin darlo; se me despojará hasta quedar sin nada y aún después de esa nada se me seguirá arrebatando, porque de la misma capacidad de poseer se me habrá desnudado.

Son todas buenas...

"Enseñaba a la multitud desde la barca" Lucas 5,3

Desde la barca, la de Pedro y Andrés, instruye. Podrá haber muchas, entonces las había, de inimaginables formas y tamaños, también la de Juan y Santiago Zebedeo estaba a ella amurada. Subido a una, la elegida, dejando las orillas, declara, forma, guía. Aquella multitud hubiese podido ir frente cualquier otra barquechuela y quedarse sin Cristo.

En aquel sitio del Genesaret –el médico escritor es quien lo cuenta— carenadas en las arenas están las barcas. Los pescadores parecen todos iguales, toscos, bronceados. Lavan las redes, cosen, remiendan; idénticas tareas. Escogió, una, escogió unos, y desde ella habló, y habla.

Es Él el que la escoge, es Él quien manda cuál sea la brega, es desde aquélla que ordena lanzar las mallas. Que era de Simón, especifica Lucas --que ni Pedro entonces se llamaba--. No era de Jesús la barca. A ella tuvieron que encaramarse también, repletadas las redes, los Zebedeos. Allí transforma, allí los troca en pescadores de otro talante. Atrás, innecesarios ya, quedarán saltando en las arenas hasta desfallecer los peces.

El toma lo que quiera. -"*Id a la aldea de enfrente encontraréis en seguida una borrica atada con su pollino, desatadlos y traédmelos. Si alguien os dice algo contestadle que el Señor los necesita y los devolverá pronto*". La asna la devuelve. La barca se la queda.

Te ves excelso, Cristo, trepado en ese débil y trémulo barquito: entrelazado montón de listoncitos que en viento fuerte simula que naufraga. Tampoco son tuyas las redes; son las de Pedro las que se arrojan; ilocura!: que a aquella hora en que el Sol ciega, no hay pez dispuesto, no hay anzuelo que valga. Son las únicas redes que se lanzan. Ordena remar adentro y pescar a deshora. Enseña a pescadores. Enseña a multitudes. Desde la barca.

No hay dos alternativas: para escuchar a Cristo una tribuna: la pequeña, endeble, pobre e insignificante barquichuela. O ésa, o te largas. La barca, donde está Él, es de Simón; la orilla es tuya.

Qué conveniente...

...que el comienzo de los tiempos no haya habido pareja alguna, ni hombre ni mujer ni árbol ni serpiente... Todo un mito. Qué conveniente que el libro empiece con la tontera de los seis días en que trabaja, y el otro en que descansa. Patraña desde el inicio. ¿El resto de libraco...? Realmente lo que sucedió es que un meteorito cayó sobre una roca y sacó un pez, y del pez una foca, y una avestruz, y una mujer...

Nunca hubo una primera mujer y un primer hombre, al mismo tiempo en el mismo lugar. Eso sí que no es mito. Cuando la primera mujer saltó de un huevo de avestruz en la antigua Caldea, y el primer hombre de un murciélago en Hawái, como ninguna otra avestruz había puesto un huevo macho, ni de las cuevas había surgido una mujer murciélago, se produjo un estremecimiento de la tierra, 32.5 en la escala Richter, y el hombre-bat fue a parar a un hueco entre el Tigris y el Éufrates donde tomaba el sol la hija del *Struthio camelus*. Lo demás es historia, historia pura y no puro cuento

Идиот. El idiota.

"—Yo nada sé, Nastasia Filíppovna; yo nada he visto; usted tiene razón, pero yo..., yo considero que usted es quien me hace a mí un honor, y no yo a usted. Yo no soy nada; pero usted ha sufrido, y de ese infierno ha salido pura, y eso es mucho ..."

Fiodor Mijailovich Dostoyevski

¿Es propio del sufrir resucitar entre purezas? Nada dejó Dostoyevski al acaso en frase tan rotunda. ¿Por qué infierno?

¿Purifica el sufrir, sólo por el sufrirlo? ¿Se sufre en el infierno, purificando los avernos? Tras incontables siglos de existencia no ha hecho luzbel sino enroscarse en impurezas; no hay flor que resista los infernales fuegos, ni da coloración al lirio la incandescencia.

Sí, Teodoro, amigo, es mucho... Mucho no rehuirlo, abrazarlo, alzarte desde él; tomar la lágrima para regar el huerto. Crecer no porque duele: porque es... camino.

Le llaman valle. No es montaña a escalar. Es llano. De lloros es la planicie en que existo, vivo; en que viviendo existo. Despierta el sufrimiento por acendrado, convoca; te dice que así respiras, que te retuerzas las vivencias y le tomes duro con las callosas manos, que virilices tus perezas, que yergas firme, que dejes que roture porque no hay otra manera de recoger el fruto sino rajando firme la tierra.

No; el sufrir no hace mejor, ni el no sufrir. No fue la cruz la que hizo mártir al primer mártir; tampoco el rebelarse instintiva y humanamente contra ella: que se quejó, que rehusaba aquel treparse que el solo imaginarlo le arrancaba chorros de sangre hasta empapar olivos, ¡Gritó! ¡Clamó que la apartaran! Fue, contracorriente, a donde lo llamaba el

Padre. Donde tantos hombres suyos fueron luego riendo, Él lo hizo en agonía, arrastrando los pies con el madero. Murió lanzando un grito, y no cantando.

Con verbo extraño enfrentó el suplicio: ¡Hágase! Atroz imperativo. Con voz de hombre. Con voz de Dios. Usó el pesar, lo dobló, se lo bebió hasta el hartazgo: ni una sola, púdica gota, dejó en el cáliz.

¿Qué haces con tu sufrir, idiota? ¿Lo desdoblas en sencillas purezas, o será mucho...?

Distinguir no es discriminar

No le envidio a la prensa la responsabilidad que cae sobre sus hombros: orientar, no desorientar, ni engañar. Nunca asumir la responsabilidad del desbarrancarse de aquel pobrecito, o el hundimiento agónico del otro: no asesinar el alma virginal del inocente, del pequeñuelo, del confundido. Procurar jamás despeñarlos. No escandalizar, porque es terrible la amenaza de la rueda de molino.

¿Discriminación? Comentando acerca de la no muy lejana decisión del Tribunal Supremo de Estados Unidos conocida como *John Geddes Lawrence and Tyron Garner, v. Texas*, el juez Scalia, en su respuesta de desacuerdo elaborada con el juez Thomas, deja sentado en primer término que en ningún momento la corte –textualmente-- “declare that homosexual sodomy is a “fundamental right”. Pero distinguir no es discriminar. Se plantea actualmente la cuestión del matrimonio homosexual como si se tratara de un deber moral para resolver una discriminación injusta. Este argumento, suficientemente repetido, ha llegado a parecer convencer. El único problema es que es falso. La igualdad de todos los ciudadanos se refiere a los derechos básicos, fundamentales. Pero todos los hombres somos diferentes en casi todo lo demás, y las leyes, para ser justas, tienen que distinguir. Distinguir no es discriminar. Es hacer justicia a la realidad. La analogía entre racismo y homosexualismo es totalmente falsa. Existen distinciones, no discriminaciones, acerca de la edad de casarse, de conducir, del consumo de bebidas alcohólicas. Sexo, contrariamente a raza, es racionalmente relevante acerca de lo que el matrimonio es en sí. Los segregacionistas no afirmaban que los bebederos de los blancos tuviesen algunas características esenciales por las que los negros no pudiesen beber en ellas. El propósito de la ley anti-mestizaje era mantener el gravemente injusto sistema de la supremacía blanca, La leyes anti-mestizaje estaban dirigidas a mantener a los negros en condición de inferioridad social, política y económica; pero las leyes matrimoniales no fueron concebidas para oprimir a las personas del mismo sexo.

Retrógrados, llama la prensa a los que defienden el matrimonio natural. “*Quienes defienden los parques naturales, quieren preservar la naturaleza tal como es. No hay ley más básica ni institución más central de la vida social que el matrimonio*”. No es el Estado el que determina la moral. No es la mayoría la que determina el bien y el mal. No es una generación, la que determina lo que es adecuado y debido. ¿Por qué se persigue la pornografía y la prostitución? ¿Por qué, si realmente un hombre y una mujer deciden trato carnal y ajustan un

precio? ¿Por qué se acusa de abuso a un hombre que se acuesta con una muchacha de quince, si ambos han decidido hacerlo? ¿Qué impide el matrimonio entre una madre y un hijo, si se sienten atraídos románticamente y se comprometen a amarse, a cuidar el uno del otro, y a compartir las cargas y los beneficios de la vida doméstica? Hay principios eternos, inalterables, inamovibles como faros, afirma Stephen Covey. Termino parafraseando a una gigantesca mujer de nuestros tiempos: El desarrollo de la vocación humana, su elevación más allá de los límites naturales que es la obra más excelsa, no puede alcanzarse nunca por medio de una lucha individual contra la naturaleza y mediante el rechazo de los límites naturales, sino sólo mediante la humilde sujeción al orden establecido.

Simón, hijo de Juan

- *"Simón, hijo de Juan, ¿me amas más que éstos?"*
 - *Sí, Señor, Tú sabes que te quiero.*
Y por segunda vez
 - *Simón, hijo de Juan, ¿me amas?"*
 - *Sí, Señor, Tú sabes que te quiero."*

Amar; y no querer como hace Pedro. Amar lo que hay que amar, lo que tengo que amar. Lo que habría que amar, y solo quiero. Amar la sazónada sinrazón de un amor loco y severo.

No se atreve Simón, no tiene agallas. Querer no es lo que le exigen; a comprometerse hasta el extremo le compelen. Y mide sus palabras, no acepta el reto. Tal vez es la vergüenza de lo que hizo y todavía arrastra. Sabe que el Cristo sabe... Como lo sabes tú, y lo sé yo: flaquezas, poquedades, intentos tímidos de un querer sin quererlo. Mediocridades, adocenamiento. Dar y no dar porque me guardo el trozo que no voy a soltar. Dar con medida, con cálculo, a retazos, dar con desganas.

Simón hermano. Simón. te entiendo. Allí, en la orilla, aún fresca la mañana de brisas sueltas, el pescado en las brasas; el pan crujiente de aromas que aprietan las entrañas, horneado por las llagadas manos que te recuerdan la noche de no hace mucho, de lágrimas amargas; y con ellas golpean las mil impertinencias que lanzaste al Maestro, al amigo, que ahora te perdona, anima y atenaza.

¡Si no hubiese sido por María!, la mujer que te mandó a decir con Juan que te esperaba, que estaba tu sopa presta, la que con tanta voracidad tú degustabas... ¡Si no hubiese sido por María acaso nunca hubieses vuelto! ¿No es por ella, isólo por ella!, *que se va y se vuelve?* ¡Con qué cariño te miró cuando entrabas con la cabeza gacha; con cuanta ternura te haló de las barbas hasta que tu cabeza, alzada, cruzara con la de ella tu mirada! Sus ojos tan inmensos, cargados de cielo y de esperanzas, te sonrieron. Y ya no había sucedido nada. Nada. Eras el mismo, glotón y refranero, atrevido, guasón, guerrero. Eras del grupo, y te abrazaban y te gastaban bromas... Y volviste a pasar de ser el último, al primero...

Cum ergo prandissent, dicit Simoni Petro Jesus: Simon Joannis, diligis me plus his? Dicit ei: Etiam Domine, tu scis quia amo te. Dicit ei: Pasce agnos meos.

Dicit ei iterum: Simon Joannis, diligis me? Ait illi: Etiam Domine, tu scis quia amo te. Dicit ei: Pasce agnos meos. Dicit ei tertio: Simon Joannis, amas me? Contristatus est Petrus, quia dixit ei tertio: Amas me? et dixit ei: Domine, tu omnia nosti, tu scis quia amo te. Dixit ei: Pasce oves meas.

Simón, ¿me amas? Estuviste tentado a decirle que sí ique lo adorabas!, iqué darías por Él la vida, si precisara! Y te aguantaste a tiempo... Ya no más tonterías, no más el repetirle, una y mil veces, que no dejara que lo crucificaran; no más jugarle el papel a satanás. No más bravuconerías ni bufonadas. Señor... Tú sabes que... --y lo pensaste bien---, Tú sabes que te quiero...

En realidad fue aún más fuerte el entrecruzar de verbos. Cristo te reclama el *diligere*; te pregunta por el amor potente; amor profundo, reflexivo; no del que se adhiere al otro, sino del otro: del que irrumpe y abate y cimbra como las olas que estremecían cuando el viento alzaba la barquichuela como si fuera nuez, y tú temblabas. Así entendieron los antiguos aquél, del Cristo, el *diligere*. No adherirte, iser!, ser uno solo con el que te mira fijo, majestuoso. ¡Un ser que es darte! con ímpetu total, con entrega exigida de amor como el de Él: de igual a igual; de hombre que se endiosa para incrustarse en el Dios mismo. Te quiere a ti, y no tus flácidas humanidades.

Simon Joannis, diligis me plus his? Unimismarse, atrevidamente, con dilección tronante que es a su vez cuidadosa, honesta, y desafiante. Dilección es amor del tierno y puro: benevolencia, arrancada de las concupiscencias pasionales de gentes rudas.

Querías, querido Pedro mío, con el corazón, con él y solamente; con aquél que mostrabas al Cristo, un poco titubeante: intuías su raquitismo, sus poquedades. Ir al Cristo exige de tus uñas, tus fuerzas, de tu cetrina piel de pescador vibrante, de tus redes febriles arrojadas a nuevos lados. Te quiere a ti, a ti con ansias, y no el latir cambiante de un pobre corazón tacaño.

Te volcarás en el amor que Cristo exige, lo harás. Y entonces, Pedro, te dirán predilecto; aquél que se pone delante, al frente, de todos los dilectos. Y te reclamarán --"*Pasce oves meas*"-- deber y sacrificio: apacentar.

Diligere apunta, hijo de Jonás, a la inteligencia, a la voluntad, a la razón; a un lado, que sobra, el sentimiento. No es de bravuconadas ni de amores famélicos. Apacentar es de muy machos, de pastores, de lobos; es de corajes.

Pedro, tú lo pudiste, yo no lo puedo. Dame tus dudas, tus vacilaciones, el amargor de negaciones; tu erguirte luego entre bromas, ternuras, y la hirviente sopa de la segunda mesa, la maternal. Dame el clavarte hondo que aprendiste a fuerza de trastazos: el rudo sacudón del diligere de la mañana aquella, el que escuchabas al Maestro mientras tu barca, encallada en la orilla, rebosaba de peces que no necesitabas más. Arenas, amanecer, luces radiantes. Cristo te saciaba tus hambres, te las cambiaba; te reclamaba amores más firmes, más pétreos, más serenos. Tú sígueme, que ya te ceñirán cuando seas viejo. Atrás quedaban unos trozos de un pez sobre un brasero.

Es el islam.

*"Nuestro primer enemigo no es Bin Laden ni Al Zarquai;
es el Corán, el libro que los ha intoxicado".
Oriana Fallaci*

Cercenarle al terrorismo el islam es como extirparle la santidad al catolicismo. Un santo es un católico radical. Para treparse a los altares hay que responder con alma y vida, a la llamada imperiosa, tajante, del catolicismo.

El Cristo exige amar al enemigo hasta entregar la vida por él, ino hay amor más grande!, después de haberle dado el manto y andado a su costado la milla que no pide. El Corán no pide venerar, orienta a repudiar; no forma en libertad, sino en sometimiento; no impone el amor, convoca a odiar; exige la guerra santa, la yihad.

Los terroristas afirman rotundamente que lo son; que es el profeta el que convoca, y los inspira, y los guía: iislámicos de religión, de espada y corazón! Alguno entre nosotros, el eterno tonto que es útil, les dice, a ellos, que no lo son. Entonces, ¿qué serán?: ¿Hermafroditas, sicilianos, budistas, ateos, escribanos? ¿Cuál es el pretendido juego? ¿Quiénes los amamantan, los nutren, los vitorean? ¿Quiénes saltan de gozo y entonan himnos a pulmón lleno cuando esa otra pequeña y desvinculada horda asesina? ¿Quiénes festejan? ¿Qué convicción, que malévola idea, o que doctrina los lleva a estallar en cien trozos, despedazando al que llaman satánico enemigo? ¿Por qué lo hacen? ¿Qué credo los convierte en dardo que se incrusta con saña criminal en el infiel que no confiese que Alá es Dios y Mahoma su profeta?

La yihad. Copio del libro. Corán 9:

1- Denuncia por Alá y Su Enviado de la alianza que habéis concertado con los asociados:

- 2- *"Circulad por la tierra durante cuatro meses. Pero sabed que no podréis escapar de Alá y que Alá llenará de vergüenza a los infieles".*
- 3- *(...) si volvéis la espalda, sabed que no escaparéis de Alá. Anuncia a los infieles un castigo doloroso.*
- 4- *Cuando hayan transcurrido los meses sagrados, matad a los asociadores dondequiera que les encontréis. ¡Capturadles! ¡Sitiadles! ¡Tendedles emboscadas por todas partes! Pero si se arrepienten, hacen la azalá y dan el azaque, ¡entonces dejadles en paz! Alá es indulgente, misericordioso.*
- 13- *¿Cómo no vais a combatir contra gente que ha violado su juramento, que hubiera preferido expulsar al Enviado y os atacó primero? ¿Les tenéis miedo, siendo así que Alá tiene más derecho a que Le tengáis miedo? Si es que sois creyentes...*
- 14- *¡Combatid contra ellos! Alá le castigará a manos vuestras y les llenará de vergüenza, mientras que a vosotros os auxiliará contra ellos, curando así los pechos de gente creyente*
- 39- *Si no vais a la guerra, os infligirá un doloroso castigo. Hará que otro pueblo os sustituya, sin que podáis causarle ningún daño. Alá es omnipotente.*
- 41- *¡Id a la guerra, tanto si os es fácil como si os es difícil! ¡Luchad por Alá con vuestra hacienda y vuestras personas! Es mejor para vosotros. Si supierais...*

Por siglos se ha dirigido el dedo acusador contra el catolicismo por la Inquisición, por las cruzadas. ¿No serían aquellos, quizá, un grupo de fanáticos desligados totalmente de religión alguna?

¿Habrá alguna relación, aunque lejana, entre el judío, el protestante, el católico, su caminar, sus aspiraciones y anhelos, sus ansiedades y sus angustias, sus logros, sus conquistas, sus derroteros...y la Biblia?

Se alzan presidentes occidentales, doctos señores, políticos del pronunciar *correcto*, y afirman desde famélicas, cobardes, o interesadas palestras que el terrorismo está totalmente desligado del Islam. Y desde el milenario Egipto un musulmán, el presidente Abdel Fattah al-Sisi, con lenguaje categórico y duro, sin miedos, sin ambages, conmina a los académicos y líderes religiosos de la universidad de Al-Azhar – el mayor centro teológico del Islam sunita – revolviendo la llaga: El mundo islámico no puede seguir siendo percibido como “una fuente de ansiedad, peligro, muerte y destrucción” para el resto de la humanidad. Los líderes religiosos del Islam deben “salir de sí mismos” y promover una “revolución religiosa” para erradicar la intolerancia y sustituirla por una “visión más iluminada del mundo”. Si no lo hacen, tendrán que asumir “ante Dios” la responsabilidad de llevar la comunidad islámica por caminos de ruina. En la opinión de al-Sisi, el líder político árabe, los procesos desencadenados por la perversión islamista deben ser bloqueados: “¿cómo es posible, que 1 billón y 600 millones de personas puedan pensar que para vivir deben eliminar al resto de los 7 billones de habitantes del mundo? No, iese es imposible!”. “El mundo entero está a la espera de vuestro próximo movimiento. Porqué la Umma islámica se está desgarrando, se está destruyendo y perdiendo, a través de la obra de nuestras propias manos”.

¿Es el elefante un paquidermo, o un marciano? Dejemos que sea la Fallaci la que lo diga: *“Porque, amén de 14 siglos de Historia (siglos durante los cuales el islam no hizo otra cosa que desencadenar guerras, es decir conquistar, someter y masacrar), lo dice el Corán. Es el Corán, y no mi tía, el que llama a los no musulmanes «perros infieles». Es el Corán, no mi tía, el que los acusa de oler como los simios y los camellos. Es el Corán, no mi tía, el que invita a sus secuaces a eliminarlos. A mutilarlos, a lapidarlos, a decapitarlos o, al menos, a degollarlos (...)*

"Hay que meterse en la cabeza esta sencilla, inequívoca e indiscutible verdad: todo lo que los musulmanes hacen contra nosotros y contra sí mismos está escrito en el Corán. Viene pedido y exigido por el Corán. La yihad o guerra santa, la violencia, el rechazo de la democracia y de la libertad; la alucinante servidumbre de la mujer. El culto a la muerte, el desprecio a la vida... (...)

"También sé que tampoco nosotros podemos presumir de santos.

Que, en nuestra Historia, también nosotros hemos combinado las luces y las sombras. Pero hoy, el peligro no somos nosotros. Son ellos. Es su libro. Y dado que nadie lo dice, dado que alguien debe decirlo, lo digo yo."

Oriana, lo repito contigo.

Reclama Benedicto como legado del catolicismo a la humanidad la santidad y el arte. Tú, aparte de tus destrozos, salvajismo y despojos, tú, ¿que reclamas?

A la caza de la riqueza.

"Necesito muy poco, y ese poco lo necesito muy poco"
El de Asís.

Hagamos del universo una gran catedral una universidad y una gran fábrica. Para levantar catedrales y universidades, tienen las fábricas que producir riquezas.

Dejemos de jugar a la pobreza de los dineros. No es bueno el populismo, juego mezquino. Hay juegos serios y juegos tibios. Por encima de todas las indigencias, está la radical del alma. Ese sí es negocio grave. Lo demás pura fantochería. Lo que requiere lucha, rasgar de lanzas y no contra los vientos, defensa fiera, es la familia, es la persona. Hacia ahí van los dardos, no es al cuerpo; no es en las sopas donde se cuecen los infiernos.

Si bien dice el Quijano que el peso de las armas no se lleva sin el gobierno de las tripas, y hay que cuidarlas, no es en ese campo en que se libran hoy las guerras. Es el alma la radicalmente responsable de que el ser del hombre se constituya en lo que es. Son los arrestos, no es el trigo; no los arroces los que logran el ser virtuoso al que apuntaba el griego. Ser lo que soy, aquello para lo que fui creado es lo que importa, no el contar cuántos mendrugos de pan haya en la mesa. Batalla errónea otra batalla, si no es ésta la que lidera. Es la prostitución, la tiranía, el homosexualismo activo, la corrupción, el latrocinio, lo que corroe al hombre en sus entrañas, y lo esclaviza. *Pobres siempre los tendréis*; pero habrá menos donde no haya deshonestidad, y no se oprima con la mentira: donde sean loados el decoro, el honor; y se asesine atravesándole con furia las vísceras al estado despótico, socialista opresor; que es el hombre y no la sociedad la que necesita redención. Semillas en la mente, simientes en el alma, catedrales grandiosas, enormes y profusas las escuelas, y no graneros lo que necesita la nación: que se les yerga el alma y se eleve la frente, que piensen y no se les idiotice el seso. Frascos de aromas que se rompan en la frente de la patria, reconquista de espíritu, coronas y laureles, santos y héroes, preciosos nardos que se viertan en la frente del profeta, ¡y lo demás pamplinas!

Las cifras frías: Mueren de hambre 15, 000,000 niños cada año. 39, 496,587 se matan por aborto. Casi tres niños abortados por cada uno que muere de hambre. 2,973 personas asesinadas por terroristas el 11 de septiembre del 2001. Llevaría 36 años, un atentado como el del 11 de septiembre, cada día, un criminal día tras los otros, 13,285

viles atentados, para igualar el número de niños asesinados por aborto en un año.

Criminales cada una de esas muertes. Unas por hambre, indiferencias, avaricias, ignominiosas indecencias de los hombres. Otras por el fanatismo terrorista que se ensaña en cercenar vidas inocentes; mientras más inocentes caigan, mayor la hazaña. A los otros los asesinan sus propias madres en sus vientres.

Claman al cielo tan ignominiosos exterminios. Hay que alzar la voz y luchar fieramente porque no ocurra ni una sola de esas muertes. Pero es infinito el clamor del que no vistió miserias porque no pudo ni nacer. Y es legal asesinarles. Es constitucional. No pudo abrazar a su mamá, no pudo lloriquearle sus antojos, no arrojar sus miedos en el regazo que más hubiera amado; no le dieron otro nombre que feto, y le despedazaron. Se le negó, lo que tuvieron los otros muertos: tener un nombre, una tumba en algún lugarcito de la tierra para sus huesos, y un recuerdo... Nadie le llora, nadie guarda una foto y sonríe recordando sus pillerías, su primera caída, su primer diente. No tuvo un primer día de clases, ni probó un helado, ni brincó de alegría por sus zapatos nuevos...

Los harapos se arrancan con las propias manos, no con limosnas; no con filantropías hinchadas de soberbias. No hay sitio digno en medio de la calle, no hay otro modo de adecentar la existencia, que la conquista personal; la batalla heroica del que violenta al parto a la indómita tierra, a fructificar la mina rajándole sus cuevas; sin pordiosear; fraguando con el trabajo redentor, con propias reciedumbres, el plato con que se quiebra el hambre, el vestido con que se cubre, el rifle que se esgrime para honrar a la patria, el hijo a quien se lega la honra de la faena honesta, el ansia de la lucha por arrebatarse al campo sus entrañas y someter la bestia.

Lo que hay que arreglar es el alma, causa eficiente de un cuerpo al que hay que domeñar, quebrarle, obligarle, restarle sus mojigaterías, sus malacrianzas de requerir derecho tras derecho. Lo que hay que exigir es que se empine y no se doble, que conquiste y no llore como una mujerzuela prostituyendo su destino eterno, rehuyendo la fragua donde redima, a fuerza de vergüenzas, lo único que tiene: la sangre que le sacude el pecho. Por encima de todas las indignancias, está la radical del alma. Dejemos de jugar a la pobreza de los dineros.

De un crimen inicuo.

"La fuente más usual de desinformación acerca de los ingresos ha sido, acaso, la práctica extendida de confundir las categorías estadísticas con las personas reales, de carne y hueso".
Thomas Sowell

Robar es crimen, y lo es más cuando el que despoja es el gobierno, el Estado poderoso, el Robin Hood enorme, en aras de defender al pobre.

¿Legal? ¿Legales injusticias? Cuando aquel hombre luchaba fieramente, en honradas jornadas de incertidumbres, desvelos, riesgos, no imaginaba que años más tarde y con voluptuosidad retroactiva, alguien le iba a arrancar un trozo de su existencia misma, de lo que había logrado y era su yo mismo. Quizá no hubiera luchado de haber imaginado, y entonces la riqueza no se hubiese creado, que lo acechaba el lobo de infinitos colmillos. Lo mío, ¿por qué me lo enajenas? ¿por qué vas a repartirlo a tus antojos; y a hacer, añadido siniestro, con ello daño al pedigüeño?

De un lado el gobierno, parasitario, chupóptero, ineficiente, improductivo, que infla sus arcas a costillas del que llaman el malvado empresario; del que produce la riqueza, que por crearla y poseerla es el blanco que atraviesan las rapaces flechas de un gobierno de falacias eternas, que suscita la guerra entre clases y razas extrayendo las envidias y odios de una plebe a la que cobardemente incita.

Iniquidad es robarle al rico por ser rico; porque con sus brazos fuertes o su ingenio aguzado, de diez talentos ha extraído otros diez que por ser veinte resultan malos. Es absurdo el pretender que transvasar las riquezas del que las crea al que las malgasta sea medida acertada.

Despojar al que produce los empleos es arrancarle al pobre el sitio de trabajo que sucumbe junto con la maldecida empresa.

El imperativo es otro: que imperen menos los Estados, que se desinflen, que no se vuelva todo derroches y consabidos desgobiernos; zafarnos de sus ávidas garras. La eficiencia, la lógica, y la experiencia exigen la resolución de los asuntos por la autoridad (normativa, política o económica) más próxima al objeto del problema, y al menor posible de los desangramientos.

Engañan. Establecen premisas falsas, basados en sus fantasiosas herejías muy bien trazadas. Presuntuosas sentencias de extremistas liberales, sin fundamentación alguna. Para salir del nivel de la pobreza sólo se necesitan tres requisitos: poseer un título de secundaria, un trabajo, y no tener hijos antes de casarse: solamente un 2% de los individuos dentro del llamado nivel de la pobreza tienen los tres requisitos. No es la explotación del hombre por el hombre, es el propio camino que se asuma.

Un tajante añadido: los liberales –Sowell lo prueba-- confunden las categorías estadísticas con las personas reales, las de carne y de hueso. Las categorías estadísticas, establecidas por el Buró del Censo, dan seguimiento a la *masa* de individuos en el tiempo. Siendo cierto que ambos, la suma de los ingresos, y la proporción de todo el ingreso recibido por los situados en el 20% superior, ha aumentado a través de los años, ampliando la brecha... resulta que esas personas no son las mismas. Es que el Departamento del Tesoro, en cambio, sigue a *personas*, por nombre y apellido, basado en sus declaraciones de impuestos y su número de seguro social. Esa información muestra que las personas que se encontraban en el 20% más bajo de ingresos en 1996, lo habían elevado un 91% en el 2005; y los que estaban en el 20% superior en 1996, lo habían logrado elevar solo un 10% en el 2005. Para aquellos que se encontraban en el 5% y en el 1% superior, sus ingresos se habían reducido. Lo que hace compatible lo que aparentemente pudieran parecer estadísticas diferentes, es que las personas reales, las de carne y hueso, *se habían movido* de una categoría a otra, algunas hacia arriba en las inferiores, otras hacia abajo en las superiores. Muchos de los que comienzan sus carreras laborales en el fondo de los niveles salariales, los aumentan, obviamente, con sus habilidades y experiencia. Más de la cuarta parte de los trabajadores norteamericanos cuyos salarios estaban en el 20% inferior en 1975, se encontraron en algún sitio del 40% superior en 1995.

Pero, como afirma Sowell, el virtuosismo verbal de los liberales ha transformado en una clase inamovible llamada “los pobres” a lo que realmente es un grupo transitorio de personas que pasa, a veces fugazmente, a través de una categoría estadística. ¿El objetivo liberal?: crear un “problema” de razas, de clases, de “injusticias sociales”, de las que el gobierno es el único homérico héroe y benefactor que los puede rescatar de su debacle. Pero el Estado no tiene dinero. ¿*Qué no lo tiene?* ¿Y para que existe el despojo?, llamado impuesto cuando el que lo ejecuta, y lo abusa al extremo, es el Estado.

Mayor perversidad es darle motivos sin motivo al pobre, y añadir monedas para torcerles el espíritu; decirles que el trabajar es superfluo, que se puede vivir como holgazán porque un Estado inconmensurable y muy bueno los mantendrá, arrebatándole posesiones a aquellos que los hayan despellejado; que lo propio, lo conveniente, es no casarse y tener hijo tras hijo sin matrimonio y sin padre: se multiplicarán dádivas con niños; hijos que lanzarán a las salvajes calles que forjan los delitos.

Con repartir los oros todo está hecho. Para trepar con oprobios al poder y cimentarse en él basta el engaño, la ficción, el enfrentar clases y razas; hacer un dios de la rapiña del tributo, del arancel, del criminal gravamen al esfuerzo del otro.

Robar es fechoría, y lo es más cuando el que despoja es el gobierno, el omnímodo Estado, el Robin Hood enorme y pavoroso, en aras de defender al pobrecillo. ¿Repartir, no crear? ¿Repartir sin crear, sin fondo el barrilillo? ¿Legal? Crimen inicuo.

¿Sería un acaso que el Cristo acusador juntara en su discurso, no una, tres veces, a las prostitutas y a los publicanos? ¿Por qué insiste en que precederán a muchos en el buscado reino?

Estados Unidos de Norteamérica

Un Pedazo de Hierro

"Porque cada futuro nace de una anticipación pasada, que puede ser anticipada de nuevo... el Superhombre nietzscheano bebe de la memoria más larga..."

Es triste ver el modo con el que puede encararse la tragedia humana. Triste ver cómo, ante el desgarré, el dolor y el sufrimiento humanos, pueden la estulticia, la maldad, volver la vista hacia el otro lado; o el vil propósito ideológico servirse de ello.

No es posible, sino con la mayor deshonestidad, sentar a un pedazo de hierro, vuelto arma de fuego, en el banquillo de los acusados. Idea, ésa, tan brillante como la de la llamada Ley Seca, que, junto a la Ley Volstead del "licor embriagador", llevó a la enmienda de la Constitución de los Estados Unidos, apoyada por numerosos activistas anti-alcohol -- ahora anti-armas-- que sólo consiguió la generación de mercados negros y dinero negro y el imperio del crimen organizado. Tras arrancar las armas del pueblo y dejarlas solamente en manos de los criminales --de esos es de quienes hay que arrancarlas--, habrá que continuar con los bates de béisbol, los machetes, y espadas, hachas y sogas, que sirven al mismo propósito con similares eficacias;

y no dejar ni rastro de ninguno; porque con uno solo, en cualquier lugar de cualquier poblado, basta.

No es el pedazo de hierro; es el que lo empuña, el que, diabólico, o enfermo acaso, dispara y mata. No es, como reza el aforismo campesino, el cabo del azadón; la dificultad está siempre en el contracabo. Es una sociedad desenfrenada; sumida en la violencia, atada al sexo, que Hollywood exhibe y entroniza y enseña las maneras: el personaje duro, desalmado y sin misericordia, para quien la vida del otro vale muy poco, y cuyos modos imitarán los flacos de alma. Es la escuela indefensa, desprotegida, inerme; abierta a todo el que quiera traspasarla, armado como le venga en ganas. Son los padres desentendidos de unos hijos que reclaman amor, preocupación, cuidado; algunos de ellos desesperadamente necesitados de asistencia mental: los destrozados hijos de las familias destrozadas a los que los padres les esconden sus miserias, ¡que tantas veces somos el real problema de los hijos! Es la droga, y la prostitución; y las relaciones de cualquier género y frontera, abiertas a todos los antojos, a todos los caprichos, bestiales, deshumanizadas. Es el precio que irremediabilmente cobra la naturaleza por los otros niños, aquellos a los que se les condena a no ser... seis años antes de que cumplan los seis años. Es el destierro de Dios, de la moral, y de toda decencia.

¿Son, por ser legales, menos desvergonzadas las desvergüenzas?

Y se acumulan en la memoria histórica, junto a la ley seca – enmendada después por otra enmienda!--, la guerra que tuvo que ser mundial para terminar con todas las guerras, o la ingenuidad con que se planteó aquella Paz de Versalles, que resultó una paz que acabó con todas las posibilidades de paz. O más recientemente, aquél grito de Castro el 8 de enero de 1959: "¿Armas para qué?". El cubano confiado, iluso, tonto, las entregó; y Castro se quedó, él solo, con todas ellas; y entonces, tarde, se conoció el para qué del para qué.

"Porque cada futuro nace de una anticipación pasada, que puede ser, de nuevo, anticipada..."

Toca fondo el dolor...

o acaso no...

No apto para menores, ni para canallas.

Un día como ayer, 50 años hace, exactamente, le arrancaron la vida a un gran amigo de mi alma: Aurelio Martínez Ferro.

Era de noche cuando salieron. Lo pusieron contra el paredón. Se oían, con nitidez dañina, las voces de mando que llegaban desde los fosos de la Fortaleza de la Cabaña, los disparos, el tiro de gracia, el arrojar su cuerpo traspasado sobre lo que imaginábamos un pequeño camión, que con andar cansino, triste, tristísimo, se alejaba entre las risas de unos invitados a lo que comunistas llamaban *fiesta*.

Llevaba en un bolsillo un pañuelo blanco con una menuda lista verde en todo su contorno. Habíamos conversado aquella mañana de su posible ejecución, de su comparecer ante el que Aurelio llamaba la *gran Psiquis*. En sus años mozos, cuando la idealizada juventud se dividía entre fascistas y comunistas, Aurelio había abrazado el trapo rojo. Después lo escupió. Eso no lo perdonan: traición ial Kremlin! Me preguntó si tenía un pañuelo que le regalase. Aquella línea verde era la ínfima esperanza que arrugábamos temblando. Después el juicio sumarísimo. Treinta, veinte años de condenas, la mía –una más-- entre el montón de ellas, a diestra y a siniestra, absurdas iniquidades.

Pena de muerte. La apelación allí mismo, la misma sala, el idéntico juez, aquella misma hora. Le pregunta a Aurelio si tenía algo que aclarar. "*Tendría tantísimas cosas que aclarar*". Fueron sus últimas palabras. El mismo juez ratifica su mismísima, oprobiosa sentencia. Era de noche.

No fue la primera noche. No sería la última. Se repetirían, incansablemente, fosos balas y fiestas. Al mundo le importaba un bledo.

Un día como aquél, se cumple solo un día de ese día, sin importar monstruosas montañas de indignidades, dos manos ensangrentadas hacen de nuevo fiesta. Una mano, negra, chorreando abortos. La otra, blanca y afeminada, se estrechan. Hablan, ambos de colonialismos... Hay gratitudes, envilecimientos, avenencias.

Un día, se cumple solo un día de ese día, he leído llamar ¡excelentísimo señor!, a uno de los dos canallas. A uno que no es hombre, que no es señor, y cuyas únicas, y también sangrantes, son sus execrables excrecencias.

Pobre, pobrísimo, despreciado, desharrapado, hueca su alma, mi pobre, idolatrado pueblo. ¡Ay de mi tierra!, ¡Ay de esa Cuba donde he dejado, arrinconados, a mis amados muertos! No te conozco. No los conozco. ¿Toca fondo el dolor?

Hace 50 años. Hace un día. Otras voces de mando, el mismo paredón, otro carrito, el mismo cuerpo. A unos les sangra la misma herida, nunca cerrada, lacerante, eterna. A otros, a los más, les sigue importando un bledo.

La delgada pincelada verde, ínfima, ajada, una vez más, se desvanece. ¿Toca fondo el dolor? ¡Yo sé que no, Aurelio!

Oprime y vencerás.

"Los Yankees han tardado 53 años en darle la razón a Fidel".
Cristina Fernández de Kirchner. Presidente de Argentina

Tiene razón Cristina, total y absoluta. Ése es el único mensaje al tirano, al tiranizado, al pueblo: Tirano: oprime, mata, lacera, desgarrar, envilece... y aguarda un tiempo... ¿Ves? ¡Tenías la razón! Y el infame, mentiroso cartel, lo clavarán en el mismo pecho del pueblo latinoamericano. Es la sinrazón que hacen flamear entre banderas rojas en Argentina, Bolivia, Ecuador, Venezuela, Nicaragua: en la desgarrada Colombia: justificativa de oprobiosas, indignantes charlas en La Habana, donde han comprendido que allá no ganan por la fuerza, y truecan al guerrillero en militante de un futuro partido político, dogal mañana. Al otro, a tiranuelo en ciernes le afirman ¡puedes! Inténtalo. No temas. Y al esclavo, al aherrojado, al que los grillos le corroen la carne: tú, ¡aguanta! 53 años de tiranía no son nada ¡los redoblamos! De negro teñimos esperanzas. Pero, a cambio, mira, atiende: ¿no ves que ya no tienen la excusa del embargo?; ¡se la hemos arrancado! Ahora, ¡pobre de ellos!, se tienen que inventar excusas nuevas, ya menos manoseadas. Todo lo hemos logrado para ti, amado campesino, idolatrado proletario.

¡Oh generación incrédula y perversa! ¿Hasta cuándo he de estar con vosotros? ¿Hasta cuándo os he de soportar? Mateo 17,17.

¿Coincidencia? Un día 17 se estrecharon las manos más allá de las mesas. ¿Será que a las generaciones perversas las marca el 17?

¡Protesto!: ninguno de los dos absurdos negociadores tienen derechos sobre mi pueblo. Dos viles se abrogan el derecho de trazar nuestro destino, ¡sin que nosotros le importemos! ¡Sin que contemos!, Negocian a espaldas nuestras, cuando la noche es más negra; no tanto como ellos. Duele el siniestro modo con el que reparten los despojos, remedadores de Potsdam y de Yalta. ¿Qué derecho tiene Barack Hussein a pactar en su arrogancia, con un tirano, tamaña infamia? Ninguno de los dos recuerda, no es conveniente -¡es cruel y bochornoso! la estela de horrores con la que han inmolado a mi querida patria. A ninguno de los dos les importa un pito: juegan sus cochinas políticas sobre mesa de huesos. ¡Y yo protesto! Centenares de miles protestamos: unimos indignaciones a las de los que ya no pueden gritar sus gritos tragados por el mar, o silenciados por los pelotones de fusilamiento, mientras Barack Hussein fumaba *con inhalación total* ("The Story", David Maraniss), o el hermanito escanciaba copa tras copa hasta caer al suelo que lo atrae ansioso de disputarle sus carroñas a la oscuras aves de tan rojizos cuellos.

¿Por qué ahora? ¿Por qué exactamente ahora, cuando el comunismo se asfixia en Cuba, cuando se retuercen al límite sus mismísimas entrañas? ¿Por qué no antes o seis meses después, cuando el precio del petróleo acabe por arrasarlo? Y si ahora, ¿por qué entregarle todo, todo, a cambio de la mismísima nada? ¿Por qué tachar las más elementales reclamaciones? ¿Derechos? ¿Elecciones? ¿Libertad de religión (no "libertad de culto" que es la única meaja que dejan caer de su abultada mesa de despojos)? Nunca se habló de ellos. ¿O sí? ¡Craso es el juicio que les hago! ¡Sí!; ¡Lo estipularon!: se dijo que no se podían mencionar: derechos, y la firmeza eterna del régimen comunista, serían intocables.

Cuba no necesita unos pocos frijoles mojados en casabe. ¡Su hambre es otra!:

*"Elecciones libres y respeto a los derechos humanos en Cuba fueron las exigencias de los **movimientos opositores cubanos** después del citado acuerdo entre EEUU y Cuba. "Que nadie hable por Cuba, la auténtica solidaridad se expresa reconociendo y apoyando que sean consultados todos los cubanos en un referendo libre que devuelva la soberanía al pueblo", expresó en una declaración el Movimiento*

Cristiano Liberación (MCL). El movimiento fundado por el fallecido -y presuntamente asesinado por la dictadura- Oswaldo Payá (en la imagen) lamentó "el reconocimiento de una tiranía de más de medio siglo por parte de un país que enarbola los valores democráticos como es Estados Unidos". Señaló Aciprensa.

Y continuó:

*"El acuerdo entre Cuba y EEUU ha llegado también a **Puerto Rico**, donde el Movimiento de Reunificación de Puerto Rico a España defiende que es el momento de que los puertorriqueños reclamen la anexión al territorio español."*

¿Le preguntaron a esos, a los cubanos de Cuba --no del exilio si no lo quieren--, a los que tienen las espaldas cruzadas de latigazos del sádico régimen castrista? ¿Se esperaban la natural reacción de puertorriqueños que huyen espantados?

Tomemos cada falacia, una por una, al menos unas cuantas, abrámosle la entraña.

"Más de cincuenta años de una política dura contra Cuba no ha logrado cambiar el opresivo régimen". Entonces deciden ir al otro, cómodo extremo: hagamos relaciones, idémosle todo! ¿A cambio?: nada. ¿Les damos el beneficio de la duda?: ¿Ensayar el opuesto extremo sería el acierto? Entonces, si fuese eso lo atinado, lo justo, aprenderíamos la lección, y la extrapolaríamos: ¡A abrir todas las cárceles!, destruyamos sus inútiles muros, eliminemos jueces; barramos con los abusadores policías, custodios, leyes, constituciones y decretos...: ¡miles de años de aplicar justicia no han logrado eliminar la criminalidad!

Entonces --hay más "*entonces*"--, intentemos algo más atrevido y novedoso. Hay una inicua ley de inhabilitación perpetua a los pedófilos convictos, que los excluye de cargos, empleos, oficios o profesiones ejercidos en ámbitos educacionales o que involucren una relación directa y habitual con personas menores de edad... ¡por qué actuar tan rudamente contra esos infelices seres esclavos de su vicio? En nuestro barrio hay un pedófilo. Le exigen que cuelgue un cartel en su casa, que se anuncie como tal. ¡Eso equivale a repudiarlo absurda, criminal, salvaje, brutalmente! ¡No se logra, no se ha logrado nunca nada con ello: ¡sigue siendo pedófilo! ¡Cunden más y más pedófilos por dondequiera! ¡Por qué no invitarle a nuestro hogar, dejarle que cuide a nuestros niños cuando vayamos al trabajo o de vacaciones.

¡Seguramente resultará!: el otro método ¿no había fallado? Será su reconquista. Y a los ladrones, ¿Cómo los redimiremos después de tantos siglos de latrocinio?: dejemos abiertas las puertas de los bancos, las cajas de seguridad al alcance de todos; y los

contrataremos como oficiales del banco y guardias de seguridad. Eso los curará, los convertirá en ciudadanos ejemplares. ¿Todo otro intento, no ha fracasado por millares de años? Ya sin excusas, ya sin barreras, pacerán leones con ovejas, la serpiente jugueteará con los infantes...

Tras años de acción unilateral, se ha fracasado. No se ha fracasado. Ni el propósito fue nunca derribar al Castro comunismo --no eran tan ingenuos lo que lo aplicaron--, ni fue acción unilateral, ni sus causas han cesado. El embargo ha logrado más de aquello para lo que fue diseñado. No fue acción; fue reacción. No fue una medida política de derrumbamiento de ningún régimen; fue económica. Fue sanción, no acción unilateral contra un infeliz, desvalido país inocente. Cuando alguien se roba algo, lo penan. Copio de la enciclopedia: "*El embargo comercial, económico y financiero de Estados Unidos en contra de Cuba (también conocido como el bloqueo) es un embargo impuesto en octubre de 1960, y que perdura hasta el día de hoy, como respuesta a las expropiaciones por parte del gobierno soberano de la República de Cuba de propiedades de ciudadanos y compañías estadounidenses en la isla tras la Revolución cubana.*" La medida no fue ideada con el tonto propósito de destruir la tiranía. Las medidas corrigen, reprueban, escarmientan, acusan, culpan, penan, reprenden... ¿Quiere alguien más verbos? Un martillo no está concebido, ni hecho, ni intentado, para demoler una gigantesca mole de aceros y concretos (en este caso de bayonetas). El pequeño martillo del embargo nunca se imaginó a sí mismo como una destructora bomba nuclear. Era una modesta, adecuada herramienta. Castro les había robado, descarada, cínicamente, sus propiedades a los norteamericanos. Fue Castro el que accionó unilateralmente. Estados Unidos reaccionó... recatada, casi simbólicamente --no iba a devolver el tirano sus pillajes--, en favor de sus ciudadanos despojados. No era el arma terrible que lo derrocaría, sino aviso para aleccionar en contra de despojos: no serían perpetrados sin consecuencias. Era sano. El resultado real del embargo es que Castro no puede adquirir préstamos que él no paga. Sólo a Rusia, que fue uno de los muchísimos a los que Cuba estafó, Castro dejó de pagarle --le cedo sitio a pluma ajena; calco el titular de uno de los muchos diarios que publicaron la noticia el miércoles 3 de diciembre del 2014--: "*Rusia perdona a Cuba el 90 por ciento de su deuda con la URSS. El país caribeño deberá abonar 2.600 millones de euros de los 25.895 que debía.*" ¡25,895 millones! ¿De qué bolsa sacaría esa increíble montaña de dinero la URSS? Los gobiernos no producen dinero, se lo arrebatan a sus pueblos. ¿A dónde fueron a parar esos miles de millones de euros? No al pueblo cubano que ha estado sumergido en la miseria por los 53 años que menciona Cristina:

parte de ellos la destinaron a subvencionar guerrillas, parte a poner y quitar presidentes; parte a espiar y subvertir, también en USA – prueba constitutiva son los flamantes héroes-espías-avispa-; y una tajada grande, y no la única, según cuenta la revista Fortune, está en arcas suizas: no en una cuenta a nombre de Liborio. *Forbes* calcula que en los últimos tres años la fortuna de Castro ha crecido en 790 millones de dólares. En la lista de tiranos y jefes de Estado con las mayores fortunas, Fidel Castro ocupa un honroso séptimo lugar. ¿Quién pagará cuando los Castro no devuelvan los préstamos salidos de USA gracias a Hussein Obama?: tú y yo. ¡Suiza feliz!

¿Criminal, unilateral, embargo? Voy a conceder al NY Times narrar el verdadero crimen, a punta de pluma y de fusil: Copio del nada sospechoso de inclinaciones trogloditas, el NY Times: *“Sucedió una mañana de un sábado cualquiera. Apenas habían transcurrido dos años desde la toma del poder en Cuba por Fidel Castro, cuando Lois y Roy Schechter fueron a revisar su granja de tabaco, situada a cien millas al oeste de su hogar en La Habana. La pareja norteamericana encontró soldados apostados alrededor de su propiedad. “Mi esposo y yo salimos de nuestro carro, intercambiamos unas palabras con los soldados, volvimos al carro, y nos alejamos”. Mrs. Schechter, de Saratoga Springs, New York, evocó aquel día de 1960. “La cosas se fueron volviendo más temibles, y no había nada más que pudiésemos hacer” Tras su familia haber permanecido en Cuba cerca de 60 años, los Schechter huyeron y nunca más retornarían. (...) La granja familiar en Pinar del Río fue una más de las casi 6,000 propiedades de ciudadanos y compañías norteamericanos que fueron confiscadas por el gobierno cubano. De un plumazo, o con un rifle, incontables granjas, refinerías de petróleo, casas, fábricas y negocios fueron nacionalizados –pérdidas que llevaron al gobierno norteamericano a prohibir el comercio con Cuba. (...) Propiedades perdidas cuyo valor actual se estima en la cercanía de los \$7 billones de dólares. (...) El producto domestico bruto de Cuba es de alrededor de \$68 billones”.*

El número de reclamaciones presentadas ante el *Foreign Claims Settlement Commission* de Estados Unidos fue, exactamente, de 5,913 La casa de los Schechter es ahora la embajada de China en La Habana.

Los Castro hablan de bloqueo. ¿Se referirán a bloqueo interno?

- En el 2013, 2.85 millones de personas visitaron una isla de 11 millones de personas (europeos, chinos, latinoamericanos, canadienses y norteamericanos), turistas e inversores, incluyendo un *brujón* –dirían en la Rioja-- de congresistas

norteamericanos. En los primeros seis meses del año 2014, visitaron Cuba 327,000 estadounidenses.

- La mayoría de los turistas son "confinados" a bien vigiladas jaulas de oro que los cubanos miran de lejos, como niño pobre a una vidriera repleta de golosinas.
- Los inversores extranjeros no pueden emplear, ellos, a nadie. Cuba los emplea, los quita y los pone, los lava, los exprime y los seca. El inversor tiene que entregarle a Cuba los sueldos en sólidos euros. Cuba se engulle la gran tajada. Le paga al cubano unos pocos esmirriados pesos cubanos. Si el extranjero viola estas regulaciones puede ser encarcelado. ¿Trabajo esclavo? ¿Explotación del hombre por el hombre? ¿El hombre lobo del hombre? *"Arriba los pobres del mundo / En pie los esclavos sin pan (...) Ni César, ni burgués, ni Dios / Que nosotros mismos haremos / Nuestra propia redención.*
- Hasta el momento actual, toda la proliferación de jineteras es de cubanas exclusivamente. Se desconoce si a raíz de estos acuerdos se permitirá la apertura de prostíbulos extranjeros.
- Antes de esta histórica coyuntura pactada entre Hussein y Raúl, ya Telefónica de México, Natcom de Vietnam, y la irlandesa Digicel entre otras muchas, operaban en Cuba...; pero su pequeña, insignificante dificultad, es que no pueden proveer internet a los hogares cubanos, porque está penalizado en la isla. En China, tomen cuidadosa nota, hay 33,000 policías cibernéticos. En honor a la verdad también es cierto que los cubanos pueden disfrutar de dos (y únicos) canales de televisión que, para protegerlos de malas influencias, son totalmente controlados por el Estado.
- Los turistas nunca han sido ni proselitistas ni políticos. Van a pasarla bien, no a dar lecciones de moralidad ni de civismo democrático.
- Pobre de mi patria si su libertad depende de que tengan que venir turistas a decirles que en Cuba hay una tiranía, sus orígenes, causas, y desastrosos efectos.
- El yugo seguirá ceñido. Ningún periodista o prensa crítica a la llamada revolución se le da autorización para ir a Cuba. ¿Se imaginan a Fox News con una agencia en la isla? Señores, por favor, esto es serio.

Cuba siempre exigió que toda negociación tuviese como condición indispensable el que se llevara a cabo en igualdad de condiciones. No había sido posible hasta ahora. Tuvieron que sucederse 11 presidentes en Estados Unidos, de Eisenhower a Obama, para encontrar uno que se igualase en condiciones morales --de igual a igual-- a los Castro.

Que no añadan que dos ultrajes puedan acercar a dos pueblos. Los pueblos nunca se han alejado. Dos administraciones monstruosas, han mezclado ruindades. Uno se lleva sus treinta moneditas cuando el otro le deja que le queme el rostro con un beso. Ya adquirirán con ellas el campo, precio de sangre, donde se entierren forasteros. Si un árbol malo no puede dar frutos buenos, lo pueden aún menos dos, ajados y sin verdor.

Ni Reagan negoció, ni lo hizo Clinton. ¡Mentira! Acaso les hayan tentado los avernos --es su trabajo--; pero vieron la inutilidad de las piedras como alimento,. Desde la cúspide del templo no puede tentarse al cielo. Con el comunismo, intrínsecamente perverso, no se puede pactar. A menos que se quiera, como ahora, hacerlo en situación de perdedor a triunfador. En cualquier papelucho estampan bajo juramento un garabato: puras patrañas.

Ya Cuba no pasará trabajos escondiendo y disfrazando espías, ni necesitará de otro Alan Ross para canjearlos. Mientras lanzan migajas al sufrido pueblo, ellos circularán por todos los Estados Unidos, en cada consulado. Caerá toda limitación, rondarán a sus anchas con flamantes inmunidades diplomáticas. Eso es obamacracia.

Se harta el ángel de las sandeces de Zacarías, y le enmudece. Es mejor que enmudezca al menos nueve meses. Hay muchos Zacarías. Algunos por ignorancia, a otros no les duele; habrá de aquellos que entre locuacidades tapen ruindades. Hay Zacarías nobles que dicen tonterías, *compañeros de ruta*. Otros no tanto. Sería bueno que alguien los callara, hasta que en doloroso parto irrumpa la voz que truene en el desierto clamando por el hacha puesta a la raíz del árbol que va a ser cortado y arrojado a la hoguera. Se limpiará la era, la misericordia habrá pasado. El aventador recogerá su trigo en el granero, y quemará la paja en implacable fuego.

No engañan estos fuegos estentóreos que lanzan dos pirotécnicos al regalar llamas a los vientos. Como en el arte un Brito, son un montón de colores, en marco negro.

Una última acotación. Hierve la sangre cuando se oye llamarle dictador a un cruel tirano. Es manchar la verdad, ofender la historia, mancillar el prístino vocablo. Dictador es la egregia figura que irrumpa en la Roma eterna: obediente, acude cuando el desgarrón de la patria es quien le invoca: cambia el arado por la espada, la esgrime en

redención, combate y salva. Luego quema en la forja los fieros hierros, vuelca la lanza en reja, torna al hogar para romper el suelo.

Sr. Obama, si hemos hecho o dicho algo mal, díganos qué; y si no, ¿por qué golpea?

"¡Ay de ti, Nínive, ciudad sanguinaria, llena de fraudes, de violencias, y de incesante pillaje!"

De Nineveh a New York... o Washington.

*- "Ay de ti, Nínive...
¡Escuchad el chasquido de los látigos, el estrépito de las ruedas, el galope de los caballos, la oleada de los carros!
¡Caballería que avanza, flamear de espadas, centellear de lanzas!
¡Multitud de heridos, montones de muertos, cadáveres por doquier, cadáveres con los que se tropieza! Arrojaré inmundicia sobre ti, te deshonoraré y te pondré como espectáculo".*

Massa (pesada suerte o destino) fue el vocablo empleado por los profetas para describir el mensaje profético contra un pueblo. En este caso la profecía se alza contra Nineveh, capital de Asiria. Cuando Nahúm la lanza, la ciudad, que había sido edificada por el rey Nimrod, bisnieto de Noé, con sus puertas flanqueadas por toros alados con cabeza humana, está en el apogeo de su poder. Los bajorrelieves que llenan los museos son testigos de esta civilización prestigiosa y violenta que hace temblar al mundo.

Nuestras ciudades no se yerguen en apogeo de poder; están en decadencia. Nos carcomen vulgaridades e indecencias. La chusma impera, grita, vocea, sacude, viola, saquea. Al que preside el país no podemos sentirlo, no es de los nuestros: alienta el enfrentamiento de

clases; hace cuanto puede por destruir nuestras instituciones, derriba la moral: Racista hasta los huesos, le dice a los negros que tienen que votar por él, porque él es negro, aunque en su mestizaje no lo sea; cuanto delincuente aparezca con largo historial de criminalidad, si no es blanco, lo proclamará su hijo. Divide y destroza. Ama el aborto, el homosexualismo repugnante; destruye, consecuente y tenazmente la familia, sustituye valores por *valores*. Autocrático, ejecuta y legisla: es presidente y es congreso. Endeuda, gasta a raudales, pública y privadamente, dineros que no le pertenecen. Tapa cada escandaloso escándalo con un escándalo más abominable; insiste en esconder cada mentira tras mentiras mayores...Y trescientos añadidos etcéteras que la prensa obsequiosa --de sus mismos usos, estilos y maneras-- defiende, aplaude. No son noticias nuevas; ese es su cambio, el anunciado: con esas credenciales fue elegido y re-elegido por el mismo pueblo, por los mismos o parecidos votos de mellizos votantes: el mismo presidente del mismo electorado repetido, incambiado. País con cáncer en la piel, el centro de los Estados Unidos, rojo, late plétorico de granjas, de campesinos nobles, conserva tradiciones y principios. A la piel, azul, de ciudades tediosas, ellas dominan, se la devora el cáncer.

Con tristeza busco bajorrelieves... ¡No hacemos temblar al mundo! A nuestras fuerzas armadas no las ha diezmado el enemigo, la ha decapitado la procaz administración *reinante* --literalmente--. Nuestros supuestos aliados no confían en nosotros, nuestros enemigos no nos temen; aparecemos ante unos y otros, ridículos, mentirosos, huidizos, cobardes... Sobran razones a unos y a los otros: Nineveh tenía alturas, nosotros mediocridades.

De la Jerusalén, altiva, tampoco quedaría piedra sobre piedra. Había el Cristo llorado gritado, suplicado, arengado. Lloraría luego sobre ella: iba a ser destruida. ¿Lograrán diez justos salvar ciudades? No consiguió, Abraham, hallarlos.

A lo lejos, la trepidante caballería, flamear de espadas, el centellear de lanzas. Existen el saco y la ceniza; o el estrépito de ruedas, el galopar de los caballos, la oleada de los carros, el chasquido aterrador del látigo. Ecos de historia se arrastran pesadamente, Massa inconclusa. Nahúm que se reitera, que se alza entre fraudes, violencias, e incesante pillaje. ¡Arrojaré inmundicias sobre ti! Ciudades sanguinarias.

El huevo de Obama (A retazos de historia)

*"Hay espíritus que enturbian sus aguas
para hacerlas parecer profundas"
Nietzsche.*

El comunismo es intrínsecamente perverso. Perverso sentarse a negociar con un perverso que pone como condición, sine qua non, el no ceder en sus perversidades.

Posee satanás dos características y sólo dos: su soberbia extrema, su mentira esencial. No puede pronunciar el diablo una sola verdad, no puede ceder un ápice en su arrogancia. Espíritu celeste, no es perezoso, ni glotón, la lujuria no cabe en él, no tiene por qué airarse; nada que envidiar: se estima totalmente superior; sólo a Dios pudiera envidiar, pero ¿no odia la bondad y el amor?

La historieta de Girolamo Benzoni lleva 450 años recorriendo el orbe: *"Estando Cristóbal Colón a la mesa con muchos nobles españoles, uno de ellos le dijo: 'Sr. Colón, incluso si vuestra merced no hubiera encontrado las Indias, no nos habría faltado una persona que hubiese emprendido una aventura similar a la suya, aquí, en España que es tierra pródiga en grandes hombres muy entendidos en cosmografía y literatura'. Colón no respondió a estas palabras pero, habiendo solicitado que le trajeran un huevo, lo colocó sobre la mesa y dijo: 'Señores, apuesto con cualquiera de ustedes a que no serán capaces de poner este huevo de pie como yo lo haré, desnudo y sin ayuda ninguna'. Todos lo intentaron sin éxito y cuando el huevo volvió a Colón éste al golpearlo contra la mesa, colocándolo sutilmente lo dejó de pie. Todos los presentes quedaron confundidos y entendieron lo que quería decirles: que después de hecha y vista la hazaña, cualquiera sabe cómo hacerla."*

¿Cómo logra un presidente de los Estados Unidos abrazarse al régimen comunista de Castro? Vista la hazaña... con soberbia y mentira. Con mentiras se escacha el huevo. Con insolencia se alza.

"Sesenta años de política en contra de Cuba han fracasado".
¡Mentira! Han sido todo un éxito. Copio trozos de la carta de Nikita Krushev a Kennedy:

"Está bien, señor presidente, que haya accedido usted a que nuestros representantes se reúnan e inicien conversaciones aparentemente bajo la mediación del secretario general de las Naciones Unidas, U Thant. Este funcionario internacional ha asumido el papel de mediador y nosotros le consideramos capacitado para llevar adelante esta misión de responsabilidad, dando por sentado, por supuesto, que cada una de las partes ha de demostrar buena voluntad para solucionar el conflicto.

Yo estimo que es posible poner fin rápidamente al conflicto y normalizar la situación de modo que los pueblos puedan respirar más fácilmente considerando que los hombres de estado responsables tienen buen sentido, plena consciencia de sus responsabilidades, capacidad suficiente para resolver cuestiones complicadas y no habrán de dejar que los acontecimientos desemboquen en la catástrofe de una guerra.

Por consiguiente, hago a usted esta proposición: nosotros accedemos a retirar de Cuba aquellos materiales que usted calificó de ofensivos, y podemos comprometer nos a ello en el seno de las Naciones Unidas. En reciprocidad, sus representantes harán una declaración en el sentido de que los Estados Unidos, considerando las dificultades y la ansiedad del Estado soviético, retirarán de Turquía similares materiales ofensivos.

El Gobierno de los Estados Unidos hará una declaración análoga, también ante el Consejo de Seguridad, en el

sentido de respetar a Cuba. Declarará que los Estados Unidos, impulsados por el respeto a la soberanía de Cuba y a la inviolabilidad de sus fronteras, se comprometen a no interferir en sus asuntos internos, a no invadir Cuba, a no hacer del territorio norteamericano una plataforma para tal invasión y a contener las intenciones de todas las personas que proyecten una agresión contra Cuba, tanto desde el territorio de los Estados Unidos como desde el territorio de los estados vecinos de la nación cubana (...) Estas son, pues, mis proposiciones, señor presidente. Suyo, respetuosamente, 26 de octubre de 1962, Nikita Krushev”

Y se completó el tratado.

¡Las dos naciones más poderosas de la tierra, acaso del universo si existiesen los extraterrestres, protegiendo a Castro por sesenta años!; persiguiendo a los cubanos, obstruyendo cada esfuerzo, no importa cuán insignificante pareciera... ¡Éxito total! No; la política de tantos años no ha fracasado.

Ahora, con Rusia, los Estados Unidos, China, Venezuela e Irán protegiendo a Cuba, pudiera suceder que quizás, tal vez, a lo mejor, acaso, alguna migaja caída de la mesa castrista favoreciese al pordiosero pueblo cubano. Lo que sí no puede dudarse es que se repletarán en lingotes de sólido oro las arcas de los generales del ejército cubano. Y es que sólo los militares podrían lograr el derrumbamiento, no la caída, del tiránico régimen cubano. No el pueblo, que seguirá hambriento, sino los que lucen estrellas en los hombros, y ahora se les atiborrarán unos bolsillos que estaban a punto de secarse, podrían hacerlo. Ahora estarán hartos, satisfechos, los únicos que pudieran cambiar los caminos de la desolada isleta.

No quiero continuar sin dejar bien asentado que no son las miserias materiales las que verdaderamente destrozan al pueblo cubano. Esas casi no importan. Con el comunismo

cada ciudadano (apelo al imposible, pero admitámoslo), si disfrutase de ostentosos autos y jamones, seguiría sufriendo sus miserias morales. No es la materialidad, es el garrote de la tiranía el que le retuerce el alma.

A los generales no les sería fácil tampoco cambiar de rumbos, pero sería lo factible: los Castro les temen a sus propios soldados porque son su Damocles acerado. En Cuba no hay uno, sino tres ejércitos distintos, identificablemente separados; no un peligroso mando de un solo ejército. Con nombres y apellidos: Onelio Aguilera Bermúdez - Jefe del Ejército Oriental. Raúl Rodríguez Lobaina - Jefe del Ejército Central. Lucio Morales Abad - Jefe del Ejército Occidental. Y en cada ejército, uno es el dueño de las balas, otro del combustible, otro de los tanques, otro de los cañones, otro de alimentarles sus profusos apetitos. Ellos los dividen, nosotros los unimos con los dólares fáciles.

Castro no puede permitirse el lujo de dar lujos al pueblo. El lujo primordial de un ocio que permite pensar, y alimenta ambiciones, y abre paso al conspirar, no puede dárseles. El ejército es la clave, y ahí apuntan las monedas miserables: que éste se sepa diferente, de más clase, superior a la plebe, a la chusma que puede un día tratar de devorarlo.

Pero volvamos la vista hacia nosotros, que tratan de desviarla hacia otra parte. El cerco de Troya duró diez años. Los griegos idearon una nueva treta, un gran caballo de madera hueco. No lo construyó Odiseo, sino Epeo, y se relleno de soldados griegos. Era pequeño comparado con la Troya gigantesca; era... nada... El resto de la armada griega fingió partir y un espía (¿o tres espías?) griego convenció a los troyanos de que el caballo era una ofrenda a Palas Atenea, idiosa de la guerra, civilización, sabiduría, estrategia, de las artes, de la justicia y de la habilidad! A pesar de las advertencias de Laocoonte y Casandra, los troyanos introdujeron el caballo en la ciudad e hicieron una gran celebración y, cuando los griegos salieron del caballo,

la ciudad entera estaba bajo el sueño de la bebida. Aquella pequeña milicia griega, brotada como por magia de las entrañas del caballo, abrió las puertas de la ciudad para permitir la entrada de las tropas, y Troya fue saqueada sin piedad alguna. ¿Qué tal unos pequeños consulados, unos caballos pequeñitos regados por todas partes, diseminados (como dicen los meteorólogos de los aguaceros) por todo el territorio? Hasta ahora los cubanos de la oficina de intereses estaban confinados a límites precisos, ¡ahora a hacer daño a barriga de caballo abierta! mientras la ciudad entera está bajo el sueño de la bebida. No importan en esta Troya gigantesca, son...nada.

Cincuenta y dos años después, aquella firma parece resurgir de nuevo, oprobiosamente: "*Estas son, pues, mis proposiciones, señor presidente. Suyo, respetuosamente, 26 de octubre de 1962. Nikita Krushev; digo, 17 de diciembre de 2014, Raúl Castro*". Y se completó el tratado.

¿Decirlo? Hay que vociferarlo, ¡hasta que traspase las conciencias y clame al cielo! Es orden a cumplir que da la patria:

*¿Del tirano? Del tirano
di todo, ¡di más!, y clava
con furia de mano esclava
sobre su oprobio al tirano.*

*¿Del error? Pues del error
di el antro, di las veredas
oscuras: di cuanto puedas
del tirano y del error.*

Oscuros, enturbian aguas.